

TOMO



FONDO
José Miguel
Alzola

S U M A R I O

David Fairchild

Buscando plantas en Canarias

J. de Viera y Clavijo

La flora de Canarias

Leoncio Rodríguez

Los árboles históricos y tradic
cionales de Canarias

(Se reseñan los ejemplares más importantes de las siete islas)

JOSE MIGUEL ALZOLA

IMPRESIONES DE VIAJE

Buscando plantas en las Canarias

POR

DAVID FAIRCHILD

(Del «National Geographic Magazine» de
Washington, EE. UU.)



SANTA CRUZ DE TENERIFE
Valentín Sanz, 15

-7788

¿A quién se le ocurriría ir a las Canarias en julio en busca de un clima fresco? Sabemos que se hallan tan al sur como San Agustín, Florida, y al este desde allí a través del Atlántico; pero, cuando en San Agustín el simple pensamiento de un jersey hace brotar gotas de sudor en nuestro cuerpo, la gente se está abotonando sus abrigos en las carreteras altas de Tenerife. La Villa de la Orotava tiene una temperatura media diaria en los meses de julio, agosto y septiembre de 73.° (Fahrenheit) y su máximo absoluto es sólo de 90.1° con un mínimo absoluto de 48.4.°, mientras en Monte de Izaña, en las cumbres, el máximo medio durante estos meses oscila entre los 57 y los 66 grados.

Y, sin embargo, a pesar de esta frialdad aparente del clima, las maravillosas te-

razas que cubren las laderas de las montañas están plantadas de millones de plátanos y las heladas sólo se producen en las regiones más altas.

Uno piensa en las Canarias como en un Archipiélago diminuto, pero, de hecho, es casi la mitad tan grande como el Archipiélago de Hawaii y tiene el doble de habitantes. Parece tan pequeño en el mapa que nos imaginamos poderlo explorar en una sola tarde de verano; pero cuando el yate «Utowana» se acercó a Tenerife, que casi es del tamaño de Rhode-Island, y pude alzar la vista hasta sus barrancos coronados de nubes, pronto me di cuenta de que podría pasar los días que me quedan de vida en las veredas de mulas de sus vertientes volcánicas sin empezar a ver todo su grandioso escenario ni a reunir la mayor parte de las interesantísimas plantas que cubren las paredes rocosas de sus barrancos.

Hay una fascinación especial en un archipiélago que no es aplicable a un área igual del continente, pues cada isla tiene su carácter propio, tanto en la vegetación como en los paisajes y habitantes. La falta de comunicaciones persiste aún en este archipiélago. La gran mayoría de los habitantes de una isla no

ha estado nunca en ninguna de las otras, por lo que cada una conserva sus costumbres propias. Pues, dígame lo que se quiera, para los que viven tierra adentro, un mar que ha de cruzarse en una pequeña embarcación representa una barrera casi infranqueable: la barrera del «mal de mer».

Coleccionistas de plantas y hormigas

Fué en un día de julio cuando doblamos el rompeolas de Santa Cruz los miembros de la Expedición Allison V. Armour, que íbamos en busca de plantas útiles. Recorrimos el muelle a pie hasta el interior de la población y tomamos un auto a través de la isla, hasta la Orotava.

Habíamos llegado de Casablanca, Marruecos, para ver si algunas de las 335 especies de plantas indígenas que todavía crecen silvestres en los barrancos, o algunas de aquellas que en el curso de los siglos han llegado a los jardines públicos y particulares de las Canarias, podían ser dignas de introducción en los jardines y campos de cultivo de nuestro gran Suroeste y Sur o escogidas como plantas de invernadero para popularizarlas.

No íbamos en busca de especies nuevas para la ciencia, puesto que las Canarias han gestionado a los botánicos desde hace mucho tiempo y sus visitas han dado por resultado floras más o menos completas.

Los invitados de Mr. Armour, que integraban la rama científica de la expedición, eran a la vez botánicos y entomólogos en sus aficiones. De ahí que este relato de las Canarias esté necesariamente influido por un punto de vista relacionado con las plantas y las hormigas: las plantas, porque yo estaba coleccionando semillas y tallos, y las hormigas, porque el doctor William M. Wheeler, de la Universidad de Harvard, tiene por costumbre coleccionarlas en todos los países por donde viaja. Mi hijo Graham nos ayudaba a ambos en nuestro trabajo.

En el Puerto de la Cruz

Cuando llegamos al extraño, pero confortable Hotel Martiánez, en el Puerto de la Cruz, con el aspecto de semi-abandono que lo hace tan atractivo, lo primero que nos impresionó fueron los grandes tamarindos cuyas hojas goteaban agua salada a modo de lluvia sobre la desolada y negra playa, y los enjambres de hormigas de la Argentina que subían y bajaban por los troncos de los viejos árboles que se elevaban en el patio del hotel.

la playa de arena negra

La playa de arena negra ejercía una curiosa sugestión sobre Wheeler, y todos los

días de nuestra estancia, a la caída de la tarde, solía descender a la costa a lo Gustavo Doré y alzando la vista contemplaba las cavernas prehistóricas en las faldas de la montaña donde moraron los guanches hace siglos, y hacia la cresta en que se alza la imponente Villa de La Paz, donde vivió, en 1814, Alejandro von Humboldt.

Puede decirse que existe todo un mundo de diferencia entre la brillante arena blanca y la arena negro-grisásea: la una eleva el espíritu, la otra lo deprime.

Pero si la playa en sí parecía árida, no sucedía lo mismo con las pendientes situadas más arriba, como vieron Wheeler y Graham cuando exploraron las cuevas donde los guanches, esos asombrosos habitantes primitivos de las islas, muchos de ellos casi gigantes por su estatura, hicieron un último esfuerzo de resistencia contra los conquistadores hispanos.

En la fina arena de estas cuevas encontraron, con gran regocijo por su parte, los diminutos cráteres de una rara especie de *Lampromya*, una arcaica larva díptera de cola prehensil, que asecha su presa como lo hace la llamada hormiga-león, tan conocida de nuestros chicos americanos.

El recuerdo de haber pasado por estos cráteres en miniatura el gran naturalista Humboldt, y que durante siglos una raza de hombres, ya extinguida, habitase las cuevas en cuyo dintel fueron encontradas las Lampromyas, hizo del hallazgo de estos extraños insectos un acontecimiento que obscureció para Wheeler cuanto vimos durante nuestra estancia en las Canarias.

Todos los días las larvas vivas en la caja de puros llena de polvo eran contempladas por nosotros, y nada deleitaba tanto a Wheeler como las fotografías que tomé de la ladera con sus cuevas, y de Villa de La Paz rodeada de palmeras en la cúspide.

Un jardín botánico de plantas deslumbrantes

Hay algo que desconcierta a la mayoría de las gentes en una colección de plantas tal como se encuentran en cualquier jardín botánico europeo. Las etiquetas en latín y los ejemplares amontonados nos confunden en demasía. En la Orotava, el Jardín de Aclimatación no es una excepción. Data de un tiempo en que prevalecía en los círculos científicos la opinión de que hasta las plantas tropicales, sensibles a las heladas, podían ser aclimatadas de modo que pudieran crecer en los fríos jardines de Europa con sólo llevarlas a ellos gradualmente y por etapas. Este jardín había de ser un importante eslabón en la cadena de jardines que llegaría desde los trópi-

cos hasta el Círculo Ártico; pero un siglo ha demostrado ser un período demasiado corto para que el proceso de aclimatación, como se entendía entonces, modificara la naturaleza de los árboles tropicales. Este sueño no se ha realizado.

El Jardín de Aclimatación de la Orotava está lleno de plantas notables traídas de las cinco partes del mundo, y representa los éxitos de miles de importaciones que las largas vidas de botánicos como Wildpret y otros de sus directores hicieron posibles, y, aunque pocas de las plantas introducidas pasaron al uso común en la isla, no es culpa de los encargados del jardín, sino del público, que no se da cuenta de que en este mundo variable se debe estar prevenido para cambios en el gusto de los consumidores de materias vegetales.

Hoy las grandes terrazas pétreas, construidas con una labor manual tan agotadora, que un peón americano se hubiera negado a soportar, están cubiertas por el plátano enano de China, con el que se surten los mercados europeos, rindiendo unas ganancias que asombrarían a los más expertos y adinerados cultivadores de tomates de nuestra Carolina meridional. Pero ¿qué pasaría si el gusto por el

plátano de Honduras suplantase al de las especies chinas en la mente de los europeos? Los dividendos de los cultivadores de bananas podrían desaparecer y los agricultores isleños tendrían que dedicarse a otros cultivos.

Sobre tales vicisitudes se basan las tragedias humanas. Es entonces cuando les llega su día a los jardines de plantas importadas, suministrando su conocimiento de lo que otras plantas producirán o no en el clima y los terrenos de la región.

Divagando sobre estos temas pasé varios días con don Juan Bolinaga, unas veces ante su admirable colección de plantas en la Orotava, otras en el viejo jardín construido por ese veterano médico español, don Jorge V. Pérez, con quien sostuve una correspondencia de muchos años antes de su muerte, sobre ciertas plantas forrajeras indígenas.

[Una higuera maravillosa del Himalaya

El árbol más notable del jardín de la Orotava es la higuera de Roxburgh («*Ficus roxburghii*») oriunda del Himalaya. Trátase, según puede comprobar, de una especie silvestre de las grandes selvas tropicales de Burma. Según parece se cultiva rara vez en otros jardines botánicos. Es un árbol expansivo y de

inmenso tamaño, y su tronco y grandes ramas están literalmente cubiertos de higos enormes: higos que tienen un diámetro de tres pulgadas antes de la fertilización y cuatro después de ella.

Diré de paso, que esta fertilización es muy curiosa. Se obtiene mediante la introducción de una astilla en el interior de cada fruto, procedimiento que parece irritar las flores internas del mismo modo que lo hace la avispa fertilizadora en su hogar nativo.

Este árbol de la Orotava ofrecía para mí un interés excepcional, pues en lejana ocasión había encontrado otro de la misma especie en un jardín particular de Miami, Florida, y recordaba haber visto en una obra popular de consulta, un grabado de idéntico árbol, con la siguiente descripción: «Los higos se dan en algunas partes de América, pero no con la perfección de los que se ven aquí, que se cultivan en Tenerife, Islas Canarias.»

Sin embargo, este higo no es, bajo ningún aspecto comparable al comercial, a pesar de que, según el señor Bolinaga, es muy sabroso, y se deberían realizar esfuerzos para domesticarlo en una forma práctica.

La manguera riega y, a la vez, desaloja los insectos

Deambulé horas enteras en este jardín de plantas importadas en la Orotava, donde hasta el mango tropical fructifica, y el aguacate se desarrolla bien y da frutos, y de cada especie de árbol o arbusto que era nueva para mí recogí semillas para distribuir las más tarde entre los jardineros y granjeros de California y Florida. Pero ¡ay!, como sucede con demasiada frecuencia, algunos de aquellos árboles que parecían más apropiados, no estaban en flor, tales como el bellísimo «Juniperus cedrus», que es oriundo de la isla de la Gomera; el soberbio pino canario, que gradualmente está desapareciendo de los barrancos, y la hermosísima Eremurus, «Orgullo de Tenerife», con su impresionante lanza de flores blancas de doce pies de alto.

Todas las tardes varios muchachos riegan el jardín, no por medio de los corrientes canales de riego, tan comunes en California, sino sirviéndose de una manguera de incendios que lanza un chorro de agua sobre el follaje con tal fuerza, que desaloja los millares de insectos e impide que se amontone el polvo sobre las hojas.

El Pico de Teide

Para quien se ha criado en las grandes llanuras es una revelación observar la reverencia y el cariño que los habitantes de una isla como Tenerife llegan a sentir por el gran pico volcánico que se yergue sobre ellos. Si está cubierto de nubes se lamentan de que usted no pueda verlo. Si se destaca en claras líneas sobre el azul del firmamento, están siempre señalándolo con orgullo. Es, a todas horas, tema de conversación, y yo diría que hay que ser insensible y duro de corazón para no inclinarse y orar ante un altar tan magnífico como el Pico de Teide.

Lo vimos luminoso y argentado, en las primeras horas de la mañana, desde una azotea de Icod, sirviendo de fondo a un drago gigantesco y antiquísimo; lo vimos de nuevo desde la Orotava, sobre las grandes extensiones de huertas plantadas de plátanos, escalonadas hasta el mar, y lo vimos a la caída de la tarde desde las maravillosas ondulaciones de la costa bordeada de blanca espuma, y lo vimos por último, desde Las Palmas, dominando los picos más bajos de la isla de Gran Canaria.

El Pico de Teide, o Pico de Tenerife, es

un volcán apagado, de 12.158 pies de altura, pero parece como si le molestase que se le llame así y pudiera en cualquier momento demostrar que está muy vivo.

IV

Los barrancos y la flora indígena

Cada vez que pienso en las Canarias, lo primero que recuerdo son los barrancos. Estos son grandes lechos de ríos secos, con precipicios en los costados y huertas escalonadas donde quiera que se pudieron construir. Son cortos «cañones» que van desde los picos de las montañas hasta el mar; pero, al contrario de los desiertos «canyons» de nuestro Suroeste, son viviendas de seres humanos que se ven continuamente caminando por las zigzagueantes veredas de mulas que los surcan en todas direcciones.

Apuestas mujeres, con el porte de «grandes damas», rectas y elegantes, con toda clase de cargas sobre la cabeza, circulan acompañadamente, por las estrechas sendas. Los

sombreros de los hombres y las siluetas en miniatura de sus mulos prestan al paisaje un aspecto hospitalario y placentero.

No se ve nunca un hombre con una carga sobre la cabeza; moda que parece tan universal como la de no llevar paquetes por las calles de Londres los caballeros ingleses.

Los barrancos son lugares deliciosos para el botánico, pues en las hendiduras rocosas de sus precipicios laterales pueden verse muchas raras e interesantes formas vegetales que no existen en ninguna otra parte del mundo. Las «Aeoniums», por ejemplo, que se asemejan a un plato verde lanzado contra las paredes y adherido a ellas, son notables características de la región cercana a San Juan de la Rambla.

Los dragos, supervivientes de los tiempos antidiluvianos

Las Canarias han sido célebres desde hace mucho tiempo en la literatura botánica como el hogar del árbol de la sangre de dragón. El más grande y famoso de estos árboles ex-

ccionales se dice que tenía 79 pies de circunferencia en su base y 70 pies de alto, y se calculaba que su antigüedad se remontaba a una época anterior a las grandes pirámides de Egipto, probablemente unos 10.000 años. Aunque este ejemplar fué destruído por un huracán en 1867, hay descendientes aún en pie cerca del pueblo de Icod, que dan una idea muy gráfica de estos árboles increíblemente antiguos.

Ya que los dragos están relacionados más de cerca con los lirios que con nuestros árboles de madera dura, las dificultades para calcular su edad son muy grandes. No tienen círculos anuales de crecimiento y su aspecto apenas ofrece la más remota semejanza con un roble, un pino o un eucalipto gigante. Nos recuerdan las grandes yucas del Desierto Mohave, aunque son más altos y arbóreos.

Al igual que las enormes y famosas tortugas de las islas Galápagos, parecen ser supervivientes de los tiempos antidiluvianos, y uno puede casi imaginarse a los colosales dinosaurios alimentándose de su follaje. Sus gruesas ramas, toscas y redondeadas, se elevan desde el tronco como los miembros rellenos de serrín de las muñecas antiguas. No

obstante, hay algo majestuoso en ellos también.

Los pinos canarios

Los pinos canarios tienen un atractivo «sui generis»; árboles hermosos y columnares de paisaje, cuando jóvenes lucen simétricas copas, y más tarde grandes troncos y ramas que les hacen tan pintorescos como los pinos del Japón.

Para ver estos pinos canarios hay que remontarse a las regiones más altas: escalar, a lomo de mulo, las estrechas sendas arcillosas que separan un barranco de otro; hasta que las nubes movedizas quedan a nuestros pies, descendiendo lentamente por los barrancos y formando un fondo gris para estos pinos gloriosos que, rectos como flechas, se elevan en las vertientes.

En estas soberbias soledades me entregaba a la evocación melancólica de los días en que los guanches habitaban las cuevas cuyas entradas podían verse en las superficies laterales de los barrancos y en los que es fama que las vastas selvas de pinos gigantes, centenarias palmas y dragos colosales, cubrían las montañas hasta el punto de casi obscurecer la luz solar. Desde en-

tonces, todas estas bellas cosas han sido barridas por las depredaciones del hombre.

Con el incremento de la humanidad ha llegado un mundo menos bello. El hombre ha devastado siempre en el pasado—y quizás continúe haciéndolo en el porvenir—los soberbios paisajes silvanos de la tierra.

VARIOS ASPECTOS TÍPICOS

Las mulas de Canarias

Creo que un mulo, o una mula de Canarias, es más de fiar que un conductor malo de automóviles; pero no es tan cómodo para nuestros huesos, y la mula le asusta a uno más a menudo, cuando con los remos rígidos, descende paso a paso por las vertiginosas laderas, pudiendo verse dónde se «podría aterrizar» en lo profundo de un barranco, mil pies más abajo.

¡Qué mulos! ¡Y qué orgullosos están de ellos sus propietarios! El mulo podría llamarse el coche Ford de las Canarias.

Pronto adquirimos cierto respeto por este animal híbrido cuando, compadeciéndonos de él y desmontándonos de sus lomos sudorosos,

tropezamos y resbalamos a cada momento en la senda enfangada. ¿Por qué razón, me pregunto, una amalgama de asno y caballo ha de ser más segura de pié que uno u otro de sus progenitores y por qué, también, tiene una inclinación tan acentuada hacia la testarudez? Que lo digan los peritos en cuestiones de herencia.

Estar solo con una mula y su arriero, escalando y descendiendo las vertientes de los barrancos de la isla de La Palma, es alejarse completamente de la civilización, y cuando la estrecha senda bordea un abismo de mil pies de profundidad y parece que el jinete está suspendido sobre él, hay que tener fuertes nervios para poder contemplar las huertas al otro lado sin experimentar una sensación de vértigo.

Campos de grano escondidos como nidos de golondrinas

¡Aquellas terrazas! Nos maravillan sin cesar. En estos días de agricultura mecanizada es conveniente pensar en estos huertecitos de trigo y cebada escondidos como nidos de golondrinas, muy arriba, en las faldas montañosas del mundo antiguo.

En nuestro Billings, estado de Montana, cinco hombres cortan y trillan a máquina 1.200 «bushels» de trigo en un día de 12 horas; lo bastante, si se apila en la plaza de San Francisco, de La Laguna, para dejar atónitos a estos cultivadores de trigo de La Palma, que tienen que viajar a pie o en mulo horas enteras, hasta el interior de La Caldera, el más profundo y extenso de los cráteres isleños, para llegar a sus diminutos huertos y traer a casa un saco o dos de granos.

Pero no se imagine por un momento que las terrazas de Canarias sólo producen cereales, o que sean cultivadas con pérdida, desde el punto de vista norteamericano. Nada de eso, pues donde quiera que hay agua para los riegos—y hay muchos millares de fanegadas en este caso—se obtienen ganancias increíbles en el cultivo del plátano chino enano, que se vende en los mercados de Europa.

Me había acostumbrado a precios elevadísimos de propiedades rústicas por mis experiencias en nuestra Florida meridional, pero cuando me enteré de que no se podrían comprar algunos de estos jardines escalonados de

plátanos a razón de 10.000 dólares la fanegada, mi aún por 15.000, y que estos habían rendido a sus propietarios una ganancia bruta de un diez por ciento sobre esta valuación, lo que significa un 7 u 8 por ciento de ganancia neta, llegué a la conclusión de que estaba contemplando una tierra de cultivo que jamás hubiese visto.

Cultivar con provecho una tierra que vale 15.000 dólares la fanegada pondría a prueba, en mi opinión, hasta el ingenio y los recursos del californiano. Millares de racimos de plátanos al año, a un precio de 2 a 4 dólares cada uno, que es lo que producían hace pocos años, dan a estas tierras un valor a veces fabuloso.

La cabra es indispensable para las Canarias

Un americano que sólo haya visto las cabras que, como gatos chamuscados, merodean en los montones de basura de algunas de nuestras ciudades no puede formarse una idea de la importancia de este animal productor de leche en la civilización mediterránea y de las Islas Canarias.

Existen áreas en nuestro propio país, representadas por las superficies casi perpendi-

culares de «cañones» y laderas, que son accesibles a las cabras, pero no al ganado vacuno. No sé si llegarán a usar en América algún día, en un país donde la distribución de la botella de leche se ha hecho tan universal. Para la civilización canaria y mediterránea es indispensable.

El tagasaste, el gacío y la tедера son las tres plantas principales de que se alimentan estos animales. Para estudiarlas hice varias excursiones a los barrancos de La Palma donde se encuentran muchos rebaños, dirigidos por las tremendas y agudas voces de pastores que controlan sus movimientos desde puestos dominantes en los valles.

Un olor a ratón atrae a las cabras

Una planta que parece atraer particularmente a las cabras es una especie de *Sonchus* («*sonchus leptcephalus*»), que crece en los lados secos y rocosos de los barrancos; tiene hojas finamente divididas y emite un fuerte olor a ratón. Parece haber algo especialmente atrayente en este olor para las cabras, al igual que lo hay para los chinos en cierta variedad de arroz que, una vez cocido, emite un olor ratonil semejante.

Todas estas plantas leguminosas enriquecen la tierra por la presencia de raíces-nódulos, y el «Sonchus» (¿hinojo?) que es un compuesto, se extiende a todas las hendiduras sin tierra de las rocas, donde parece imposible que pueda crecer.

Pasé una tarde en la ladera de una montaña de La Palma, conversando con un anciano campesino, de casi ochenta años de edad, cuyo deleite principal era su pira de gacio (o gasio) seco y su pajar de tagasaste. Como los hombres de las grandes soledades, en cualquier parte del mundo que se les encuentre, había meditado sobre muchas cosas, y, en particular, sobre la vida futura. Era un interlocutor tan interesante como muchos labradores americanos de hoy día, que están versados en los detalles periodísticos acerca del último proceso por asesinato.

VI

La colección de un amante de las plantas llega muy lejos

Hace muchos años, de vuelta del Africa del Sur, me había detenido en Gran Canaria y había pasado unos días deliciosos con un espíritu hermano, amante de las plantas y hombre simpatiquísimo, M. Delmard; un ex-aeróstata, propietario del hotel del Monté, que había reunido a su alrededor muchas clases de plantas traídas de todas las partes del mundo. Había muerto hacía años, y fui a ver qué se había hecho de las plantas que había cultivado alrededor de su hotel.

Recorrí el jardín, que estaba abandonado, reuniendo semillas de algunos árboles raros y viñas. Meses más tarde me fué muy grato ver en el sur de Florida estos recuerdos del jardín de Delmard preparados para su distribución entre los horticultores y jardineros de la región. A veces el introductor de plantas obtiene los resultados con prontitud, pero a menudo no sucede así.

VII

En la isla de Lanzarote

La isla de Lanzarote nos estaba aguardando. Habíamos oído extraños relatos sobre sus camellos, su clima de desierto y su agricultura de secano, y estábamos impacientes por verla.

El puerto de Lanzarote es Arrecife, y al fondear en él una mañana de verano, Wheeler y yo, contemplando sus laderas requemadas, apostamos que no podría encontrarse nada de interés agrícola o entomológico en las áridas vertientes.

Pero, como sucede con frecuencia, estábamos equivocados, pues detrás de las pardas montañas y a través de las llanuras arenosas había paisajes que diríase pertenecen a la luna más que a nuestra tierra bienhechora y cubierta de verdura.

Allí, al lado sur de la isla, a la sombra de la volcánica Montaña del Fuego, desde Uga hasta Yaiza, encontramos un trozo de territorio habitado que nos impresionó a todos. Parecía realmente que nos hallábamnos ante un paisaje lunar si las blancas casas, dispersas entre grandes bloques de lava, no nos hubiesen recordado que las habitaban seres humanos.

Nada tan sombrío y desolado. Y, sin embargo, cuando nos dimos cuenta de la labor realizada por los naturales del país en estos áridos parajes, la escena se hizo del más intenso interés.

Uvas cultivadas en fosos de cenizas

¿Era posible que hombres y mujeres hubieran hecho sus hogares en esta región volcánica e inhospitalaria siglos antes de que Colón visitara estas islas en ruta para el Nuevo Mundo? ¡Cuán rara vez abandona el hombre su morada una vez construída!

Hace un siglo o más la Montaña del Fuego cubrió el extremo sur de la isla con varias capas de ceniza. Hasta donde puede alcanzar la vista, desde Yaiza al horizonte, estas cenizas grisáceas oscuras cubren la región circundante.

Desparramados a distancias iguales en estas cenizas y llegando al suelo arcilloso en el fondo, profundos y anchos fosos han sido cavados por los vinateros. En cada foso han plantado una viña, y a veces al borde han construido una baja pared de bloques de lava, como protección contra el viento.

Cuando los vimos a la luz del crepúsculo vespertino, cada foso obscurecido casi hasta el negro completo por su propia sombra, los dos coincidimos en que no podía imaginarse una ocupación más extraña que la de cuidar de estas viñas en aquellos hoyos, que bien podían llamarse los «pozos de cenizas del infierno».

Es muy grato saber que las uvas cultivadas con tantos trabajos y cuidados, en circunstancias tan especiales, tienen fama de ser las más hermosas y sabrosas del Archipiélago.

Con gran cuidado los cultivadores de granos y legumbres de Lanzarote extienden abono animal sobre sus campos, y los cubren con seis pulgadas de «lapilli» (ceniza), plantando su maíz, judías o cebada bajo esta capa de cenizas. De la humedad que ha recogido del subsuelo, de lluvias anteriores, o de la que se precipita de las nubes que cada noche pa-

san a través de la isla, las plantas obtienen el agua suficiente para rendir su cosecha.

Nuestro anfitrión, don Rafael Hernández, nos acompañó hasta el yate, que en la bahía abierta arrastraba el ancla, y mientras las bajas nubes cubrían los montes y la luz crepuscular se extendía por sus vertientes, salimos del puerto, dejando atrás esta isla nebulosa y sin lluvias con sus viñedos entre las cenizas.

Este cuadro de Lanzarote, la más curiosa, aunque la menos bella, de las islas del archipiélago encantado, fué nuestra última visión de las Canarias, que, en invierno o en verano, ofrecen un clima templado y un soberbio paisaje a los turistas del mundo que buscan lugares nuevos y tranquilos que visitar..



DE BOTANICA

La flora de Canarias

Catálogo de las plantas peculiares
del país.

POR

JOSE DE VIERA Y CLAVIJO

Santa Cruz de Tenerife

Valentín Sanz, 15

He aquí uno de los pocos trabajos que quedaban inéditos entre los muchos que legó a la posteridad el gran historiador canario, Don José de Viera y Clavijo.

El manuscrito que sirvió para esta impresión fué fielmente copiado del original que existía en el Gabinete Científico de esta capital, escrito de puño y letra del autor.

Es un cuaderno en 4.º de 50 páginas, en cuya primera se lee: «Catálogo de los Géneros y Especies de Plantas singulares de las Islas Canarias, que acaso no se producen en otros climas de la Tierra, por lo qual las apellidan Plantas Canarias los autores botánicos en sus obras, reputándolas privativas del país.—Memoria leída en Junta de la Real Sociedad

Económica de los Amigos de Canaria, por su actual Director, quien las ha reconocido, clasificado, y procurado citar los Escritores que han hecho mención de ellas, remitiendo sus más puntuales descripciones al Indice Alfabético de los tres reinos de la Historia Natural de estas Islas, que ha trabaxado.— 1808.»



Catálogo de plantas de las Islas Canarias

Acebiño

Arbol, que ha abundado en los montes de Canaria, Tenerife, Palma, Hierro y Gomera. Es una especie de «acebo», que también se cría en la isla de la Madera, de donde parece le vino el nombre portugués y el que le dió el botánico Lamarck en su Diccionario, pues lo llama «*ilex maderensis*». Pertenece a la «*tetrandia tetragynia*».

Agerato

Planta, cuyo tallo parece suele ser de pie y medio de alto. La he cogido en Canaria; pero no he podido adquirir su nombre vulgar. Lineo la llama «*ageratum ciliare*». Es una especie peculiar de nuestras islas, la cual se diferencia de otros «ageratos», en que no tiene los tallos vellosos, sino lampiños. El

caballero Lamarck, en su Diccionario Botánico, confiesa no haber visto esta especie, diciendo que la juzgaba americana. Pertenece a la «syngenesiap olygamia aequalis»

Algaritopa

Llamada también «algaritofa» y en Canaria «ñota». Es una especie particular de «boca de dragón», o «dracocéfalo», por lo que Carlos Linneo le dió el nombre de «dracocephalum canariense» El botánico Morison, en la descripción de esta planta nuestra, año de 1690, le añadió el epíteto de «camphorisma», por tener una fragancia parecida a la del alcanfor. Se ha llevado a Francia y se cultiva con cuidado en el Jardín de las Plantas de París. Pertenece a la «didynamia gymnospernia».

Alhulaga

Arbusto de tallos de la altura de un codo, ahorquillados, enmarañados, ramosos, lisos, leñosos, de un verde blanquecino; en fin, bien común y bien conocido en estas islas. Yo había creído pudiera ser la planta que en Castilla llaman aulaga, o aliaga, y en Francia, «alhagi» y «algul»; pero habiéndola examina

do botánicamente, conocí que era de género muy distinto: porque la «aulaga» de España, y el «algul» de Francia, es una especie de retama de flores amariposadas, perteneciente a la «diadelphia decandria»; mientras nuestra alhulaga, llevando flores semiflosculosas amarillas, con mucho número de florcitos cada una, pertenece a la «syngenesia polygamia aequalis». De aquí es que la he reputado como una extraña especie de aquel género de planta que los botánicos llaman «hyoséride»; bien que con la notable diferencia de que sus hojas no son radicales, sino que nacen de los encuentros de los gajos; que no son recortadas profundamente, o pinatífidas, sino lineares, angostas, con solas dos orejillas en la base, una más arriba que la otra, a manera de hierro de lanza, o alabarda; por lo que he creído deber darle el nombre latino de «hyoeris hastata canariensis».

Alpiste

Planta gramínea, que nuestros aldeanos llaman comunmente «triguera», porque se cría entre los trigos. Carlos Lineo le da el nombre de «phalaris canariensis», así como los naturalistas el de «grano de Canarias». En efecto, es indígena de estas islas, de donde fué llevada a España y luego a Languedoc,

Toscana, Malta y otros países templados de Europa. Pertenece a la «triandria digynia».

Balo

Arbusto bien conocido y común en nuestro país, pues se cría en los matorrales incultos más cercanos al mar. No he hallado en ningún escritor botánico la puntual descripción de esta planta canaria, con ser así que corresponde, según su fructificación indica, al género que llaman «loranto», de la clase «lilácea». Lineo conoció hasta nueve especies; pero en ninguna se encuentra la traza ni los caracteres particulares de nuestro «balo». Tampoco convienen con ellos los de otras dos especies del Suplemento que publicó su hijo: así que debemos reputarlo por especie nueva y privativa de nuestras islas, dándole el nombre latino de «loranthus canariensis». Pertenece a la «hexandria monogynia».

Barbusano

Arbol, de la especie de «laurel», grande, robusto, frondoso, siempre verde, de excelente madera, y uno de los que han sido, por decirlo así, el honor y la vanidad de los montes de Canaria, Tenerife, Palma, Hierro y

Gomera. Es privativo de estas islas, por lo que el sabio botánico Augusto Broussonet le dió el nombre latino de «*laurus barbusana silvatica in Tenerife*», con el cual lo publicó el señor Cavanilles en los Anales de Ciencias Naturales de Madrid, haciendo su puntual descripción. Pertenece a la «enneandria monogynia».

Bicácaro

Planta que por ser indígena y privativa de nuestras Canarias, los botánicos Lineo, Tournefort, Pluknet, Miller, Lamarck y otros, le han dado el nombre latino de «*canarina*», o «*cam ánula canariensis*», formando de ella en la clase de las «hexandrias», un género particular. Su raíz es pulposa y cónica; sus tallos sarmentosos; sus hojas, blandas, lampiñas, de hechura de hierro de alabarda; sus flores, grandes, acampanilladas, de color naranjado con líneas purpúreas; y su fruto de figura de pera, con seis faces, formada por otros tantos lomillos, cuya pulpa es blanca, jugosa, llena de semillitas ovaladas y lisas. Créase espontáneamente en terrenos frescos e incultos; y es bien sabido que el «bicácaro» era la fruta silvestre que tuvieron y que más estimaron los primitivos habitantes de nues-

tras islas. Pertenece a la «hexandria monogynia».

Cardón

Nombre que damos a la especie de grande «euforbia», del género de los «titimalos» o «lechetreznas»; arbusto bien conocido y peculiar de nuestras Canarias, por lo que muchos botánicos con Lineo le han dado el nombre de «euphorbia canariensis». Ha sido común opinión que Juba, rey de la Mauritania (quien, como indica Plinio, adquirió noticias de las producciones naturales de estas islas Afortunadas), dió al «cardón» el nombre de «euphorbia» en obsequio de su médico «Euforbio», que había descubierto las virtudes de este vegetal. El viajero inglés Bruce asegura, que en la Abisinia, donde llaman a los «euphorbios» «ko-quall», se sirven de su leche para el curtimiento de pieles. Pertenece a la «dodecandria trigynia».

Cerraja arborea

Llamada en Tenerife «alfife». Es un árbol de mediana estatura y robusto tronco, copa ramosa, hojas de un verde oscuro, y de un jeme de largo, compuestas de doce o trece recortes o tiras unidas por sus bases; flores

De floroncitos amarillos, como la cerraja, formando panojas o ramilletes. El botánico inglés Francisco Masson, que reconoció este árbol extraño, lo calificó por una nueva especie del género «*prenanthes* de Lineo, dándole el nombre latino de «*prenanthes pinnata canariensis*», con el cual lo publicó el hijo del mismo Lineo. Pertenece a la «*syngenesia polygamia aequalis*».

Chrisocoma

El ya citado inglés Francisco Masson, herborizando en Tenerife, año de 1778, entre otros descubrimientos que hizo de algunas plantas raras, encontró dos especies del género «*chrysocoma*» y de la clase de las semiflosculosas. Dió a la una el nombre de «*chrysocoma dichótoma*», y a la otra el de «*chrysocoma sericea*». con que las publicó Lineo el hijo. La primera es un arbustillo de florecitas amarillas, en ramilletes, sobre los extremos de los ramos, los cuales, por nacer todos pareados, se llaman «dicótomos». El tallo es lampiño, y las hojas, lineares, serradas y menudamente berrugosas. La segunda especie mereció el renombre de «*chrysocoma sericea*» porque sus ramas, hojas y pedúnculos están todos cubiertos como de una

seda muy blanca. Sus flores forman también ramilletes, y como es acre y punzante su sabor, se suelen mascar para calmar el dolor de muelas. El nombre de «chrysocoma» quiere decir cabellos de oro. Pertenece a la «syngenesia polygamia aequalis».

Cornical

Arbusto conocido y peculiar de nuestras islas, que se cría en matorrales entre cardones. El célebre botánico inglés Pluknet, en sus Plantas exóticas, lo dió a conocer en Europa a últimos del siglo XVI; y por ser una nueva especie del género de los «apocinos» (planta que en España se llama «matacán») le dió el nombre de «apocinum canariense», imitándolo en esto Tournefort. Como sus flores dan por fruto dos vainas apareadas de tres pulgadas de largo, angostas, negruzcas, pegadas por sus bases, con las puntas un poco retorcidas a un lado y a otro, a manera de los cuernecillos de una cabra, le han conocido nuestros paisanos con el nombre de «cornical» o «cuerpo de cabra»; bien que en Castilla la cornicabra es el terebinto común, y parece que allá se llamó «matacán» el «apocino» porque se creía antiguamente que su

jugo lechoso hacía morir los perros. Pertenece a la «pentandria digynia».

Corona de la Reina

Arbustillo bien conocido en Tenerife por sus flores de un bello color amarillo dorado, aparasoladas y en ramilletes espesos, ordenados muy compasadamente. Es una especie particular del género de las «atanasias», que no se halla en Lineo, por lo que le corresponde el título de «athanasia nivariensis». En la isla de la Palma se llama «faro». Pertenece a la «syngenesia polygamia superflua».

Correhuela de montaña

Arbustillo que se cría en la montaña de Doramas de Canaria, en las peñas de los barrancos de Tenerife, y en los de la Palma, donde lo apellidan «neveda». Su tronco suele tener el grueso de un brazo, y sus ramos se enredan en los de los árboles vecinos. Las flores le nacen en ramilletes, y son acampañilladas de color morado y blanco. Lineo le dió el nombre de «convolvulus canariensis»; y Francisco Masson el de «convolvulus fruticosus». Pertenece a la «pentandria monogynia».

Dedalera

O vulgarmente «pie de gallo»; arbusto pri-

vativo de nuestras islas, especie del género «digitalis», que se llama en castellano alegría, y «ajonjolí». Créase en matorrales, y sólo se levanta a la altura de dos o tres pies. Sus flores de color de ladrillo, con vetas amarillas, forman en los extremos de los ramos unas espigas de seis a siete pulgadas, muy vistosas. Lineo le dió el nombre de «digitalis canariensis». Pertenece a la «didynamia angiospermia».

Drago

Arbol famoso de Canaria, Tenerife, Palma y Hierro, que es el «dracaena draco» de Lineo, y el «draco palma canariensis» de Tournefort. Su resina, llamada sangre de drago, pasó algún tiempo por sangre de un verdadero dragón. Conociéronla los romanos, dábanle el nombre de «crinabaris», y la sacaban, según Plinio citado por Vosio «In Pomponium Mela», de nuestras islas Fortunadas. Sus palabras son estas: «Ex iis quoque insulis crinabaris Romam advehebatur». «Sané hodie etiam num frequens est in insulis Fortunatis arbor illa quoe crinabarim gignit, vulgo sanguinem draconis appellant». (Plin. Hist. Nat. lib. 6, c. 37).

Escobón

Arbusto bien conocido, de cuatro o cinco varas de alto, cuyas flores nacen de los encuentros de las hojas en manojillos de cinco en cinco, y son blancas, amariposadas. Reconociólo en Tenerife el botánico inglés Francisco Masson, año de 1778, y lo publicó en 1781 el hijo de Lineo en el suplemento al «Systema Plantarum» de su ilustre padre, con el nombre de «*Cytisus proliferus canariensis*». Efectivamente, el escobón es una bella especie de cytiso, privativo de nuestras islas, género que se diferencia muy poco de la retama en su fructificación. Pertenece a la «*diadelphia decandria*».

Gilbarbera

Arbusto sarmentoso de tallos largos, delgados, redondos, lampiños, verdes, flexibles, que se enredan como los de la yedra en los árboles. Lleva las flores en medio del envés, o en el borde lateral de las hojas, pues son aladas. Como es planta privativa de nuestras islas, le dió Lineo el nombre de «*Ruscus androgynus canariensis*». En efecto, la gilbarbera es una especie del género «*Ruscus*» o «*brusco*», que algunos botánicos llaman tam-

bién laurel de Alejandría. Los ruscos llevan las flores masculinas en un pie, y las femeninas en otro, por lo cual es planta «dioecia»; pero la singularidad de este «rusco-gilbarbera» consiste en que, aunque tiene también separados los sexos, se hallan ambos en un mismo pie, y así se le ha apellidado con razón «rusco andrógyno».

Globularia

Planta que llaman en Castilla «rocha», o «siempre-enjutà», y en Tenerife, vulgar o impropiamente «lentisco». Es uno de los arbustos privativos de las Canarias. Su altura llega a poco más de tres pies, con ramos bien vestidos de hojas parecidas a las del sauce, por lo que el caballero Lamarck le dió en su Diccionario el nombre de «globularia, salicina»; Sus flores, que nacen de los sobacos de los ramos, forman unos globecitos aplastados de color azul claro, compuesto cada uno de muchos floroncitos. El citado autor dice que se cultivaba esta nueva globularia en el Jardín de las Plantas de París, llevada de estas islas; y Augusto Broussonet, habiéndola reconocido en terrenos estériles de Tenerife, cerca del Realejo, remitió un ejemplar al señor Cavanilles, quien

hizo la descripción de él en el periódico de Ciencias Naturales de Madrid. Pertenece a la «tetrandia mongynia».

Guaidín

«Guaidil», o «Guáibin», arbusto de dos o tres varas de lato, que se cria en matorrales y entre cardones, con hojas angostas, cumplidas, algo vellosas y apiñadas, cuyas flores blancas acampanilladas están dispuestas en grandes ramilletes. Han hecho mención de esta planta Carlos Lineo, su hijo, Pluknet, Masson y otros botánicos, dándole el nombre de «convolvulus fruticosus, floridus canariensis». En efecto, es una especie de «convólulo» o «correhuela», particular de nuestras islas, como lo es el arbusto llamado «leña-noel», con cuya leña la han solido mezclar fraudulentamente los comerciantes. Pertenece a la «pentandria monogynia».

Haya

Arbol, que conocido generalmente en nuestras islas con este nombre, no es de ninguna manera la verdadera «haya», llamada «fagus» en latín, pues su carácter botánico, hojas, fructificación, etc., es muy diferente de nuestra pretendida haya. Y ¿cómo no ha de ser

diferente, si nuestra haya es una especie de «acebo» peculiar de las Canarias y de la isla de la Madera? Reconocióla el caballero Lamarck en su Diccionario y le dió el título de «*ilex canariensis*»; bien que lo calificó de arbusto y no de árbol, engañado por un individuo que, llevado de por acá al Jardín de las Plantas de París, se guardaba en un invernáculo. Pertenece a la «tetandria tetragynia».

Hediondo

Arbusto, privativo de nuestras Canarias, al cual dió Pluknet el título de «*arbuscula baccifera canariensis*»; y Lineo, «*bosea yerbamora, quae habitat in Canaris Insulis*». Este apellido castellano de «yerbamora», que también otros botánicos dan a esta planta, provendría sin duda del equivocado nombre con que la oyó llamar el que primero la conoció en el país; pues la «yerbamora» es el «*solanum nigrum*», planta muy diferente del «hediondo». Este arbusto parece que se ha llamado así a causa de su olor fuerte y desagradable. Créase en terrenos frescos e incultos. Suele tener la estatura de un hombre, con hojas ovaladas de tres pulgadas, flores que forman racimitos, y frutos reducidos a una baya en-

carnada en su madurez, y llena de un jugo gelatinoso. El gran Lineo hizo de nuestro «hediondo» un nuevo género en la clase de los «pentandrias digynias», y le dió el nombre «bosea», porque llevada de estas islas se cultivaba en el huerto Bosiano. El caballero Lamarck dice en su Diccionario, que también se cultivaba en el Jardín de Plantas de París.

Helecha

«Helechilla», «batatita», «cochinita», nombres todos que se dan entre nosotros a una planta filiculosa, bastante conocida. Lineo la coloca en el género llamado «trichomanes», o «polytrico» en la clase «cryptogamia»; y por ser privativa de nuestras islas, la apellidó «trichomanes canariense»; y Pluknet, «filix ramosa canariensis». Como produce todos los años muchos tallos, y va perdiendo los que tenía, quedan sus vestigios en la raíz; por lo que parece escamosa, como nudosa, y con igual aspecto a la calaguala de Indias, que quizá es una helecha poco diversa de la nuestra.

Joriada

Arbusto, privativo de nuestras islas, que reconoció en la de Tenerife el botánico Francisco Masson, y publicó Lineo, el hijo, con el

nombre de «*bupthalmum sericeum canariense*», porque efectivamente pertenece al género de los «ojos de buey». Su tallo es ramoso, con gajos leñosos, espesos, cicatrizados, hojas de figura de paleta, muy juntas y cubiertas de una pelusa blanca suave como la seda; y flores, en los extremos de las varas, grandes, amarillas, radiadas, con cáliz velludo, áspero, compuesto de escamas lineares. Pertenece a la «*eyngenesia polygamia superflua*».

Junco globífero

Su caña suele ser de dos varas, llena de una médula blanca fungosa, toda muy verde, menos cerca de la raíz, donde tiene una membranita en forma de vaina. Lleva la flor en el remate, y se compone de muchos pedúnculos largos, coronados de unos globecitos, y compuestos de una espesura de espiguitas resequidas: cerca de la base de ellos salen otros pedúnculos más cortos, también globosos, y éstos vuelven a subdividirse en otros más pequeños: de suerte que todo este conjunto presenta una panoja, formada de parasolitos agraciados. Reconoció esta especie de junco, privativa de nuestro país, y diferente de los juntos y junquillos pinchudos de flores laterales el botánico Francisco Masson,

y la publicó el hijo de Linneo con el nombre de «scirpus gobiferus canariensis». Pertenece a la clase «triandria monogynia».

Leña buena

Arbusto de la estatura de un hombre, cuyos ramos, hojas y corteza, todo cubierto de una pelusa blanca, rasa y deslustrada, le dan el aspecto blanquizco de los ajenjos. Es una especie de «acebo», privativa de nuestras islas. El caballero Lamarck hizo en su Diccionario Botánico la descripción, dándole el nombre de «ilex angustifolia», y dice que había visto esta singular especie de acebo en el Jardín de Trianon, cerca de París, donde la tenían por originaria de la América Septentrional. Pertenece a la «tetrandia tetragynia».

Leñoel

Corrupción de la voz «ligno aloés», arbusto famoso de nuestras Canarias con el cual se ha hecho un buen comercio, porque de sus raíces y troncos se extrae un aceite, cuya fragancia, asimilándose a la de la esencia de rosa, ha dado motivo para que se le dé también el nombre de «lygnum rhodium». Es una peregrina especie de convólculo o correhuela endémica y privativa del país. Carlos

Lineo la llama «*convolvulus canariensis*»; su hijo, «*convolvulus scoparius fruticosus erectus*»: los autores, de la materia médica, «*aspolathum*». Sus tallos son lisos, sus ramos sencillos, sus hojas lineares, un poco vellosas; sus flores en las extremidades, forman ramilletes de tres en tres con corolas blancas, acampanilladas, algo felpudas por la parte exterior. Pertenece a la «pentandria manogynia».

Magarza

Planta viva, privativa de nuestras islas, especie de margarita, manzanilla, camomila o piretro; con flores blancas radiadas en la circunferencia, y floroncitos amarillos en el centro. Lineo le da el nombre de «*chamoemelum canariense*». Pluknet, «*bupthalmum canariense*»; Bai, «*bellis canariensis frutescens*»; Walther, «*lecanthenum canariense*»; Cavanilles, «*pyrethrum frutescens*». Pertenece a la «engenesia poligamia superflua».

Maljurada

Que otros pronuncian «almajurada», nombre que se da en Tenerife y en Canaria a una bella especie de granadillo, corazoncillo, flor de cruz o hipericón, planta privativa de nues-

tras Canarias: así Lineo le da el nombre de «*hypericum canariense*»; Pluknet, «*hypericum androsoemum magnum canariense*»; Commelin, «*hypericum frutescens canariense multiflorum*». Es, como sabemos, un arbusto con tallos de cuatro a cinco palmos, de color rojizo; hojas de hechura de hierro de lanza, en cruz; flores amarillas en ramilletes, con ovario acorazonado, de donde le viene el nombre de «corazoncillo». El de «maljurada», me parece que tuvo su origen de una mala traducción de la voz «millepertuis», con que conocen al hipericón los franceses, pues quiere decir «mil agujeros», o «mil veces agujerada», en alusión a los innumerables poros o puntitos transparentes con que las hojas de las plantas de esta especie se distinguen. Por esto, en lugar de decir «milagujerada», se vino a decir «maljurada». Pertenece a la «*polyadelphia polyandria*».

Marmolán

«Mirmulano» o «murmurán», nombres todos que se dan entre nosotros al árbol hermoso que, siendo una especie de laurel, es indígena y privativa de Tenerife, Canaria y Hierro. Celebrólo mucho en sus viajes el famoso capitán Cook, dándole el nombre de «*laurus*

grandifolia canariensis». En efecto, sus hojas son largas, de una tercia algunas, y tres pulgadas de ancho, apergaminadas, resequidas, lampiñas, nervosas, de un bello verde. Nacen sus flores de dos en dos, en los sobacos de las dichas hojas, hacia el remate de los gajos; siendo su fruto una baya esférica, de color violado por fuera y anaranjada por dentro, con una semilla, envuelta en una fungosidad blanquecina. Hay fundamento para opinar que el admirable árbol destilador de la isla del Hierro, era un frondosísimo marmolán. Allí llaman a estos árboles «codernos» Pertenece a la «enneandria monogynia».

Mocanera.

Arbol, privativo también de nuestras Canarias, que era las delicias de sus antiguos moradores, por un fruto que llamaban «toya», y la melaza que de él hacían, y llamaban «chacerquen». Valmont de Bomare, en su Diccionario de Historia Natural, hace memoria de esta miel y de la fruta, llamándola «mozan» y añadiendo que la usaban «los habitantes de la montaña del Pico de Tenerife». Mas el botánico que primero dió a conocer en forma nuestra mocanera a la Europa, fue el inglés Francisco Masson, quien comunicó

su observación al hijo de Carlos Lineo, para que la publicase en el Suplemento a los géneros y especies de su ilustre padre. Masson, pues, formó en el sistema de las plantas, y en la clase «dodecandria trigynia», un nuevo género de nuestra mocanera, dándole el nombre de «mocanera visnea canariensis»; y la apellidó «visnea» en obsequio del señor Visne, residente en Portugal, a quien califica de amante y conocedor de las plantas. Este árbol es de los siempre verdes, con hojas alternas de figura de hierro de lanza, de una pulgada de largo y media de ancho, orladas de diente-cillos. Sus flores son embudadas, blancas con cinco puntas, y doce o quince estambres; un ovario peloso sin puntero pero con tres estigmas, o clavillos llenos de aristas. Su fruto viene a ser una baya o aceitunilla, con un hueso en el centro, del tamaño de un garbanzo oblongo, primero verde, después rojo, y en el término de su madurez, negro, cuyo jugo es muy dulce, con cierto dejo ríspido. Pero un árbol tan peregrino, tan estimable, y, por decirlo así, tan nuestro, va a desaparecer del país por un efecto de la incuria y de la ignorancia.

Nevadilla

Pequeño arbusto de tallos leñosos, delgada

Hos y rastros, que, por la gallardía de sus flores, es digno de atención. Estas se presentan muy espesas, en los remates de todos los ramos, dispuestas en figura de borlas, o cabezuelas casi globosas, divergentes, y copiosamente cargada de brácteas, cálices y hojuelas resequidas, con cierto lustre y color de plata, matizado de verde. Es planta privativa de nuestras islas. Bauhino la apellidó «*polygala repens nivea*», de donde parece que provino el nombre de «nevadilla», que se conserva entre nosotros. Francisco Masson, según Lineo el hijo, la llamó «*illecebrum canariense*»; y el caballero Lamarck «*polycarpoea Tenerife*». En efecto, habiéndola encontrado Augusto Broussonet en diversos parajes de la dicha isla, la remitió al señor Cavanilles, quien hizo su descripción bajo el mismo título de «*polycarpoea Tenerife*», publicándola en el periódico de Ciencias Naturales de Madrid. También la llaman en Tenerife unos «bretana» y otros «pata de perro».

Orchilla

Yerba musgosa que se cría en las peñas marítimas de nuestras Canarias. Ella es una especie famosa de líquen, muy estimada de las naciones industriales para sus tintes. Li-

neo le dió el nombre de «lichen roccella, quae habitat in Insulis Canariis ad rupes maritimas». Tournefort la llama «lichen polipoides tinctorius saxatiles». Bauhino, «fucus marinus, roccella tinctorum»; Petiver, «muscus canariensis orchiorllesa» y «roccella»; los historiadores del conquistador Juan de Bethencourt, unas veces «orsolle» y otras «oursolle»; y el antiguo viajero Cadamosto, «oriócola».

Oreja de Abad

Especie del género de planta, llamada botánicamente «siempre viva», y que siendo indígena y privativa de nuestras islas, le dió Lineo el título de «serpenvivum canariense»; Commerson, el de «sedum majus canarium». Es bastante parecida a la «yerbapuntera», mas con la diferencia que esta última tiene solamente cinco pétalos y cinco ovarios en la flor, mientras la «siempre viva» suele llevar hasta quince pétalos, treinta estambres y quince ovarios. Las hojas de la «oreja de abad» son grandes y pulposas; nacen unas dentro de otras y, extendiéndose por el suelo, forman como un pastel de muchas ojaldas, por lo que en Tenerife la llaman «yerba pastelera». De su centro se levanta un tallo de dos pies, en cuya extremidad se desarrolla una

elegante panoja o ramillete compuesto de muchos ramillos alternos, poblados de botones y flores amarillas, que miran hacia un mismo lado. Esta planta se cría con preferencia en riscos, paredones y tejados húmedos, cuales son los de la ciudad de La Laguna, en donde le dan vulgarmente el nombre de «verode de techo». Consérvase muchos meses fresca y lozana, aún después de arrancada, por lo cual le sienta muy bien el epíteto de «siempre viva». Pertenece a la «dodecandria dodecagynia».

Ortigón

Arbolito indígena y privativo de nuestras islas, que en la de Canaria llaman «barbas de moro». Reconociólo en los montes de Tenerife el botánico Francisco Masson, quien le dió el nombre latino de «urtica canariensis», con el cual lo publicó el hijo de Lineo. El tronco de esta ortiga arbórea es leñoso; su corteza, de color de moho de hierro, llena de berruguitas; su copa, gallarda, con hojas elípticas puntiagudas, lampiñas, de tres pulgadas de largo y una y media de ancho; sus flores, pequeñas, naciendo de los sobacos de las hojas, forman panojas o ramilletes inclinados, compuestos de muchas espiguillas delgadas,

de tres a cuatro pulgadas de cumplido, cuyos cálices permanentes y de color rubio ofrecen la idea de unas barbas de pelos cortos y erizados. Pertenece a la «monoecia triandria».

Palo blanco

Otro bello árbol indígena y privativo de los principales montes de nuestras Canarias. Celebrólo el capitán Cook, en el tomo segundo de sus Viajes, y le dió el nombre de «*laurus leucadendron canariensis*», añadiendo que había envidiado el verdor hermoso de su perenne copa, para adorno de los jardines ingleses. Su tronco es robusto, y sus ramos, que nacen a trechos pareados, y de cuatro en cuatro, se muestran revestidos de una corteza blanquecina, cargada de tubérculos muy menudos, a manera de cicatrices. Las hojas son ovales en punta, largas de tres pulgadas, densas, lustrosas, de un bello verde sus flores, y sus hayas son de la clase de laureles, a cuyo género pertenece, esto es, a «enneandria monogynia».

Patilla

Planta particular de nuestras islas, que se ería espontáneamente en terrenos incultos, inmediatos al mar. Lineo le da el nombre de «*aisoon canariense*», y Pluknet, el de «*kaliai-*

rovidea canariensis, procumbens). De sus raíces brotan diversos tallos, extendidos y corrillos contra la tierra, por lo que se le ha llamado «pata» o «patilla». Estos tallos son ramosos, redondos, un poco velludos, en parte pálidos y en parte rojizos, con hojas de figura de cuña, largas, de una pulgada. Sus flores nacen sin peciolos de todos los encuentros de las hojas, unas sueltas y otras enracimadas, cuyos cálices son perennes, de una sola pieza con cinco ángulos. Carecen de corola o roseta: pero tienen muchos estambres, y un ovario con cinco pistilos, siendo su fruto una caja pequeña de cinco esquinas, a semejanza de una quesadillita, con tapa de color purpúreo, y muchas semillas menudas. Esta planta contiene una «sal alkali-mineral», o «sosa» de particular aprecio, por lo que se quema como el cofecofe y la barrilla. Pertenece a la «*icosandria poniagynia*».

Perejil de la mar

Planta litoral del género que llaman en otros países hinojo marino, y que es una especie privativa de nuestras Canarias. Reconocióla el botánico Francisco Masson, en las rocas de la ribera de Tenerife, y le dió el nombre de «*crithmum latifolium canariense*».

con el cual lo publicó el hijo de Lineo. Sus tallos son largos, rectos, delgados, lampiños, finamente estriados, tiernos y ramosos, con hojas aternas, compuesta cada una de dos o tres pares de hojuelas, de largos peciolos, que se extienden y escurren por la margen exterior del palillo. Sus flores tienen cinco pétalos amarillos, y están dispuestas, como en el perejil ordinario, en parasolitos con gorguera y fruto de dos semillas, parecidas a las del hinojo. Sabida es la estimación de esta planta escabechada. Pertenece a la «pentandria digynia».

Retama blanca

Precioso arbusto, privativo de las islas de la Palma y de Tenerife, donde se produce naturalmente, no en la cima del Teide, como dice el caballero Lamarck en su Diccionario, sino en las cumbres de sus faldas. El mismo autor le llama «*Cytisus fragrans canariensis*», pero Francisco Masson, que lo reconoció, y Lineo el hijo, que lo anunció en Europa, le dan el nombre de «*spartium supranubium canariense*». Su tronco suele ser muy robusto y poblado de gran número de vástagos ramosos, con hojas compuestas de tres cabillos lineares, pareciendo de ellas en la parte su-

perior de los gajos, donde sólo se revisten de espesos ramilletes de florecitas amariposadas, blancas, con matices rojos, cuya grata fragancia se extiende a distancias considerables. Su fruto es una vainita aplastada y lisa, que se pone negra al secarse. Pertenece a la «diadelphia decandria».

Retama de cumbre

Otro arbusto privativo de las cumbres de Canaria, Tenerife y la Palma. Lineo le llama «genista canariensis, foliis ternatis»; Commerson, «cytistus canariensis semper virens, et incanus»; Vaillant, «cytistus canariensis flore citrino»; Pluknet, «cytistus canariensis microphyllus, angustifolius, prorsus incanus». Sus tallos están cubiertos de un vello blanquecino; y sus hojas muy pequeñas, nacen de tres en tres, juntas e igualmente blanquizcas y canas. Sus flores son amarillitas y amariposadas, las que forman espesos ramilletes, siendo su fruto una vaina aplastada, cubierta de pelusa blanca, con las semillas. Florece en los primeros días de primavera, y pertenece a la «diadelphia decandria».

Romero marino

Arbustillo privativo de nuestras islas. Reconociólo en el barranco del puerto de Santa

Cruz de Tenerife, el botánico Francisco Mas-son, y yo lo he tenido cogido en los riscos cercanos a los Bañaderos de Canaria. Dióle el nombre de «*eranthemum salsoloides*», con que lo publicó Lineo el hijo, por ser una especie nueva del género erantemo, perteneciente a la clase «*diandria monogynia*». Crece poco más de una vara, y sus tallos son leñosos, llenos de las cicatrices que van dejando las hojas al caerse. Estas son lineares, pulposas de un verde oscuro, parecidas a la barrilla de Alicante, y sólo se conservan espesas en el remate de las ramas más delgadas. Sus flores, embudadas y purpúreas, forman ramilletitos, cuyo fruto es una coca, o casilla muy lisa, aovada, un poco comprimida, con dos celditas donde están las cimientes. El gran Lineo confesaba, en su «*Génera Plantarum*», que sólo había conocido una especie de erantemo, y que no habiendo podido señalar su fructificación, dejaba para otros este examen; y aunque su hijo, año de 1781, publicó en el Suplemento a la dicha obra, la existencia de este nuestro erantemo canario, tampoco en su descripción señaló el fruto.

Ruda salvaje

Planta de las privativas de nuestras islas,

la cual se cría en algunas peñas de sus costas marítimas. Reconocióla el botánico Masson, y la publicó Lineo el hijo, llamándola «ruta pinnata canariensis». Sus tallos son como los de la ruda común hortense; pero se distinguen sus hojas por componerse cada una de tres partes iguales de hojuelas, alanzadas y salpicadas de puntitos, con una impar, cuyo remate es aserrado. Los pétalos de sus flores son planos, y grandes las cajas de sus semillas. Pertenece a la «decandria monogynia».

Salvia de Canaria

Arbusto privativo de sola esta isla de Canaria, y especie de salvia que se cría espontánea y copiosamente en terrenos incultos. Lineo le dió el nombre de «salvia canariensis, foliis hastato triangularibus oblongis»; y Morison, el de «horminum canariense tomentosum hastato folio». Sus tallos cuadrangulares, vellosos y ramosos. Sus hojas, que nacen apareadas sobre peciolo laguminoso, son triangulares, de hechura de saeta, y de una cuarta de cumplido, almenadas por el contorno, un poco vellosas, de color verde celadón. Sus flores, labiadas, aromáticas y purpúreas, se presentan en los remates de los gajos formando unas largas espigas, ramifi-

cadadas en rodajuelas, de cinco en cinco, cuyos cálices, embudados, estriados y ásperos, tienen tres puntas obtusas, de las cuales la superior es la mayor. Pertenece a la «diandria monogynia».

Sideritida

Arbusto privativo de nuestras Canarias, por lo que Lineo le dió el nombre de «sideritis canariensis» y Tournefort, el de «stachys canariensis». Es de la familia de las flores labiadas. Su tallo se levanta a la altura de tres o cuatro pies, con ramos erguidos, abiertos, y frondosos en la parte superior, siendo sus hojas grandes, acorazonadas, almenadas por el contorno, algodonosas, y de un blanco pálido por el envés. Las flores, que son blancas, nacen de seis a doce juntas, en rodajuelas distantes, ciñendo los tallos con sus brácteas, y formando unas espigas que se inclinan al suelo. Su fruto son cuatro granillos aovados en el fondo del cáliz. La sideritida común se llama en España «sopera», y en Francia «cra-paudine». Pertenece a la «didynamia gimnospermia».

Taginaste

Nombre que damos a tres arbustos diferen-

tes, todos indígenas y privativos de nuestras islas, cuyas tres especies son congéneres de aquella planta anual llamada en latín «*echium*» y en España «vivorera». En Tenerife se la denomina «sonaja», en Canaria «palomina», y en Francia «viparina». Reconoció nuestros taginastes el botánico Francisco Masson, y los publicó el hijo de Laneo con los epítetos de: 1.º «*echium giganteum canariense*. 2.º *echium strictum canariense*. 3.º *echium candidum canariense*». El Sr. Cavanilles, en los «Anales de Ciencias Naturales» de Madrid, hizo la descripción del «taginaste giganteo», guiado por un esqueleto que el sabio francés Broussonet le remitió de Tenerife: Yo la haré aquí abreviada por el que he tenido a la vista. Es un arbusto alto, de tronco rollizo, ramoso, de corteza blanquecina, señalada con las cicatrices que van dejando las hojas al caerse. Estas hojas que tienen un jeme de largo y un dedo de ancho, son puntiagudas, disminuídas hacia el tallo. por cuyos lados se escurren venosas por el envés, orladas de espinitas sutiles; de color verdegay, pergaminosas, grasientas, salpicadas de puntitos callosos. En las extremidades de los ramos son estas hojas más pequeñas y más espesas. Del medio de ellas se levanta una panoja o rami-

llete piramidal, compuesto de muchos pedúnculos alternos, con flores pequeñas, acampanilladas, blancas, con cinco líneas azules, vueltas todas a un mismo lado, cuyo fruto se reduce a cuatro semillas redondas. El taginaste, «*echium strictum*», sólo se diferencia en tener el tallo más rígido, cubierto de un vello inclinado a la raíz; las hojas, algún tanto elípticas, blanquecinas y ásperas; y las flores, en los encuentros de las hojas, de color azulado, formando espiguitas, de tres en tres, que se reúnen en cabezuelas. El taginaste «*echium candidum*» es de tallo más blanco y más veloso; sus hojas todavía más ásperas, y de un verde blanquecino; y sus flores en figura de ramilletes, compuestos de muchas espigas con pedúnculos espinosos, etc. Pertenece a la «pentandria monogynia».

Te de Canarias

Nombre que se ha dado en nuestras islas a una planta privativa de ellas, pero que no es el verdadero te, sino una especie de «sida» o «abutilon», y de la familia de las malváceas. Créase en algunos terrenos frescos, señaladamente en las márgenes de los arroyos, fuera de las puertas de la ciudad de Canaria. Es, pues, un arbustillo elegante de tres

a cuatro pies de alto, tallo leñoso, redondo, lampiño, rojizo, ramoso, con varas muy flexibles. Son sus hojas alternas, casi de figura romboide, aserradas menudamente por el contorno superior, de pulgada y media de largo, lisas, de un verde oscuro por dentro y más claro por el envés. Las flores brotan solitarias de los encuentros de las hojas, sobre pedúnculos de una pulgada de cumplido; y consta cada una de un cáliz hemisférico, rojizo, anguloso con cinco puntas; corola de cinco pétalos amarillos; muchos estambres reunidos por sus bases; un ovario redondo, aplastado, con un pico en el centro, cuyo fruto es una caja de muchas celdillas colocadas en rueda, armadas cada cual de un cuernecito, donde se contienen las semillas. Pertenece a la «monadelphia polyandria». Yo había remitido a Francia, al señor Cavanilles, un ejemplar de nuestra planta, quien, en su segunda disertación «De Sida», impresa en París, año de 1786, dió noticia de ella, colocándola en la especie de «sida alba canariensis». Envióme dicha disertación; pero noté al punto que nuestro «te» de Canarias no podía ser la «sida alba» de Lineo, ya que por sus semillas no tienen dos cuernecillos, sino uno; ya por lo romboide de sus hojas, y ya, en fin,

por no ser una yerba añal, sino un arbustillo perenne. Así, el mismo escritor tuvo a bien enmendar la equivocación en los «Anales de Ciencias Naturales» de Madrid, no dando a nuestro te otro nombre característico que el de «sida canariensis». Véase aquí el texto latino de su disertación en París (pág. 48, n. 45): «Sida alba, fruticulus est vulgarissimus in insulis Canariis, semperque virens ibi biennis et ultra. The vulgo nominator, ex eo scilicet quod nonnulli, in dictis insulis ejus foliis utuntur loco the orientalis. Exemplar canariense communicavit D. Joseph Viera et Clavijo.»

Teucrio

Arbolito privativo de nuestras islas, especie del género de los teucrios, que los botánicos franceses llaman «germandre». El caballero Lamarck dió al nuestro el epíteto de «teucrium canariense»; y Plukenet, «mellisophyllum citratum ex insulis Fortunatis, lingova dictum». Parece que este término «lingova» quiere decir «lengua de oveja»; bien que en Tenerife, donde este arbolito es más conocido, no se le dá tal nombre sino el de «jara», error del vulgo, pues la «jara» es el «cistus», planta de muy diferente clase. El

tronco de nuestro teucro llega a dos varas de alto, es ramoso en la parte superior, y sus ramos son redondos y blancos por el vello algodónoso que los cubre. Las hojas pareadas son ovales, de una pulgada, suaves, algodónosas y de un verde azulado. De los encuentros de las hojas brotan las flores, inclinadas sobre un corto pedúnculo, formando ramilletes; y cada flor consta de un cáliz blanquecino, campanudo, estriado, con cinco puntas desiguales; una roseta encarnada, un poco afelpada, con sólo un labio cóncavo; cuatro estambres y un ovario que lleva cuatro semillas redondas. Se cultiva en el Jardín de las Plantas de París. Otro teucro, también peculiar de nuestras islas, observó en Tenerife Augusto Broussonet, y lo publicó el señor Cavanilles con el nombre de «teucrum glomeratum», a causa de su florecencia en cabezuelas amontonadas. Este arbusto tiene pie y medio de alto, cubiertos sus ramos de borra blanca; con hojas elípticas, afestonadas, blanquecinas, afelpadas, y flores de color de rosa, con un único labio, cáliz de cinco dientes, igualmente borroso, etc. Pertenece a la «didymia gymnospermia».

TII

Nombre que damos a aquel bello árbol

siempre verde que ha sido el ornamento y el orgullo de nuestros montes, por su majestuosa elevación de más de noventa pies, su robusto tronco, que sostiene una frondosa copa, y su recia madera de color pardo. Mas, ¿por qué se le ha llamado «til»? El til o tilo es un vegetal de una clase muy diferente, porque es de estatura mediana, de copa piramidal, de un verdor muy claro, de flores muy fragantes y muy vistosas; mientras nuestro til es una especie de laurel, privativo de nuestras Canarias y de la isla de la Madera. El caballero Lamark, que sólo conocía un ejemplar, llevado a Francia de la isla de la Madera, le intituló en su Diccionario, «*laurus maderensis*»: pero el señor Cavanilles, a vista del que le remitió a Madrid desde Tenerife Augusto Broussonet, le dió, en los «Anales de Ciencias Naturales» el nombre de «*laurus magnoliaefolia*, in silvis Tenerife vulgo til»: hallando que sus hojas son parecidas a las de un árbol de la América Septentrional llamado por los botánicos «*magnolia*». El tronco, pues, de nuestro til, lleva una corteza llena de grietas, con ramos espesos, alternos; hojas casi elípticas, con puntas terminal e inferior, lampiñas, lustrosas, enteras, de un verde oscuro, nervosas por el envés, y de siete pulgadas de

largo por dos de ancho; flores en panojas, con cáliz campanudo como el de la encina, seis pétalos, nueve estambres, un germen aovado con estilo, o puntero, rollizo y corto, y su estigma en cabezuela. La drupa o baya es del tamaño de una avellana, y dos terceras partes suyas quedan encajadas en el dicho cáliz, el cual es de figura de una copita, áspera, correosa y negruzca. Pertenece a la «enneandria monogynia».

Vaquita

Nuestros paisanos de Canaria conocen vulgarmente con este nombre una especie de «hipocisto» indígena de ella. La raíz de este género de plantas es de las que se llaman parasíticas, esto es, que se nutren de goma, y a expensa de lo que chupan a otras. Nuestra vaquita, en efecto, se cría siempre prendida y asida a los juagarzos, tanto que se creía no ser sino un pimpollo tierno, que, hermoñado de colores amarillos y rojos, brotaban en la Primavera. Pero habiendo tenido yo proporción de examinar este pretendido pimpollo, al punto eché de ver que era una planta muy diferente del juagarzo, porque era un verdadero «hipocisto», de especie nueva, que no se halla entre las que había

conocido Carlos Lineo. Indícalo así el nombre griego «hipocistis» que Tournefort y otros botánicos dieron a esta planta, pues quiere decir «bajo de los cistos», que son las jaras, y el juagarzo es una jara, como luego veremos. La raíz de la vaquita es como de tres pulgadas de largo, delgada y sin hojas. De ella salen cuatro o cinco grupos de flores, cuyos pedúnculos, tiernos y viscosos, se hallan vestidos de brácteas, u hojuelas apiñadas, largas, obtusas, amarillas por sus bases, y muy encarnadas hacia los extremos. Sobre estos pedúnculos hay unos ramilletes de flores con botoncitos amarillos, semejantes, en punto menor, a los del azahar. Dichas flores carecen de pétalos, y sólo constan de un cáliz permanente, acampanillado, un poco correoso, amarillo, dividido por el borde en cuatro porciones; doce estambres; un ovario cilíndrico, que, rayado con nueve surcos, forman por arriba una estrella; y por fruto una cajita correosa de nueve celdas, cargadas de semillas. El hipocisto que conoció Lineo sólo tiene seis surcos y ocho celdillas; fuera de que los ramilletes de nuestra vaquita canaria son más vistosos, y ofrecen no sé qué idea de las flores de los granados. Sabido es cuán astringente es el extracto del hipocisto, y

que entra en composición de la «*triacca*». Pertenece a la «*dodecandria monogynia*».

Verode o Verol

Dos distintas especies del género «*cacalia*», ambas indígenas y privativas de nuestro país. La una es aquella que llama Carlos Lineo «*cacalia kleinia quae habitat in Canariis*»; y la otra, la «*cacalia appendiculata*», que reconoció Francisco Masson en Tenerife. La primera se cría abundantemente en dehesas y terrenos incultos. Sabemos que el tallo de este arbusto crece de cinco a siete palmos; que se dividen en seis gajos iguales, formando parasol; que cada uno de ellos se subdivide en otros cinco más cortos, los cuales se vuelven a subdividir en otros tres, que, coronados de las hojas, componen una copa horizontal. Del centro de sus pimpollos brotan muchos pedúnculos que, ramificados de tres en tres, rematan en garzotas de flores blancas, flosculosas, cuyo cáliz permanente se divide en cinco porciones y lleva de cinco a diez floroncitos, y sus semillas se ostentan guarnecidas de vilanos de pelusa blanca, como pinceles. El verode «*cacalia appendiculata*», que en Tenerife llaman «hoja blanca». Créase en sitios húmedos y sombríos, y su

tallo acanalado se cubre de una borra blanca muy corta. Las hojas son acorazonadas, con seis ángulos y dientecillos por el borde, verdes por arriba, afelpadas y blanquecinas por el envés. Sus flores forman paniculas terminales, y su cáliz consta de diez escamas lineares, con corola amarilla, dos veces más larga, y vilano peloso en las semillas. Los verodes o cacalias pertenecen a la «syngenesia polygamia aequalis».

Vinagrera

Arbusto privativo de nuestras islas, al cual Lineo dió el nombre de «rumex lunaria canariensis»; Pluknet, el de «acetosa arborescens»; Cavanilles, el de «rumex polygamus». Su tallo es estriado, lampiño, ramoso, con hojas alternas, aovadas en punta, lisas, pulposas, de un bello verde, con largos peciolo. Las flores forman panojas en el remate de los gajos, y, de ellas, unas son hermafroditas, y otras solamente masculinas, brotando con alternativa, de cuatro en cuatro, sobre cortos pedúnculos. Consta cada flor de un cáliz dividido en tres porciones cóncavas; de una corola de tres pétalos verdosos, unidos por sus bases, de doce estambres pequeñitos en las masculinas, y seis en las hermafrodi-

tas; y de un germen triangular, cuyo fruto se encierra dentro de los mismos pétalos de la corola. El señor Cavanilles publicó, año de 1791, en sus «*Icones plantarum*», una estampa muy elegante de nuestra vinagrera, diseñada por un pie que se cultivaba en el jardín real de Madrid. Pertenece a la «*hexandria trigynia*».

Viñátigo

Llamado también «viñático», árbol hermoso, de cuya producción podrían envanecerse las islas de Canaria, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro. En esta última lo apellidan «carisco». Lo hay en la isla de la Madera. Algunos viajeros han celebrado nuestro viñátigo, especialmente Wallis en la relación de su viaje alrededor del mundo (tomo 2, pág. 220). Lo han llevado a Europa, y se ha procurado cultivar con el mayor cuidado. Un pie que se radicó en un jardín de Roma, llamado «Farnesio», pasó a los principios por un árbol de la canela bastardo (*Encyclop. verb. Laurrier*). Augusto Broussonet le remitió un ejemplar al señor Cavanilles, quien publicó su descripción en los «*Anales de Ciencias Naturales*», de Madrid, con el epíteto de «*laurus indica arbor excelsa in silvis Tenerife*».

Su tronco se levanta a la altura de treinta o cuarenta pies. Las hojas de sus ramas son alanzadas, de ocho pulgadas de largo y media de ancho, correosas, con venas transversales, que con la edad se ponen rojas. Sus flores son blancas sobre pedúnculos largos; los cálices tienen seis recortes; en cada flor hay nueve estambres, y un germen aovado, cuyo fruto es una baya con una almendra amarga. Ya se sabe que la madera de viñátigo no tiene que envidiar a la de caoba de América, antes bien se le aventaja en el color, por lo que la estiman mucho los ebanistas ingleses, que la sacan de la isla de la Madera, y la conocen bajo el nombre de «mahogan». Pertenece a la «enneandria monogynia».

Xuagarzo

Arbusto del género de las jaras, y especie particular de nuestras islas, por lo que el sabio botánico austriaco Nicolás Jacquin, a quien conocí y traté en Viena, en el año de 1781, le dió en su «Hortus Vindobonensis» el título de «cistus canariensis». Habiéndome conducido este célebre profesor, el día en que recorrí aquel Jardín Imperial, a uno de sus varios invernáculos, me mostró, no sin sorpresa y mucha complacencia mía, una colec-

ción de solas plantas canarias, todas vivas, que le había remitido el citado inglés Francisco Masson, y entre ellas el «xuagarzón». Su tallo es leñoso, rollizo, velludo, pardo, ramoso. Las hojas nacen una enfrente de otra, estrechas, alanzadas, sin peciolo, rugosas y lustrosas por dentro, y señaiadas como de unas mallas finas, con tres nervieillos velludos de alto a bajo por fuera. Sus flores se presentan en ramilletes sobre los remates de los gajos, y consta cada una de un cáliz permanente, velludo, de cinco hojuelas y aovadas en punta, dos de ellas más cortas; una corola o roseta que de blanca pasa a amarilla, con cinco pétalos casi redondos bien abiertos; un crecido número de estambres, y un germen, cuyo fruto es una caja cubierta del mismo cáliz, llena de granillas. En los tallos de estos xuagarzos se crían y alimentan los hipocistos que se llaman «vaquitas». Pertenece a la «polyandria monogynia».

Yerba buena arbórea

Arbusto indígena y privativo de nuestras islas, el cual es una especie de menta, hortelana, o «yerba de huerto» común. Hacen memoria de él Lineo, dándole el nombre de «*mentha frutescens canariensis*», lo mismo

que Pluknet, Miller y otros botánicos. Su tallo es alto, cuadrangular, acanalado y velloso; con hojas ovales, acorazonadas, almenadas por el contorno, cubiertas de un vello blanco, claro y reluciente. Las flores se presentan juntas en cabezuelas y brotan de los encuentros de las hojas de dos en dos, sobre pedúnculos largos. Consta cada flor de un cáliz de cinco puntas cerdosas; de una roseta rojiza de dos labios, teniendo el superior tres recortes, mientras el inferior es entero y redondo; de cuatro estambres fértiles, y cuatro semillas. Pertenece a la «didynamia gymnospermia».

Yerba buena plumosa

Otro arbusto particular del género de menta, hortelana, o yerba de huerto, que reconoció Francisco Masson en algunas quebradas húmedas de Tenerife y publicó el hijo de Lineo con el título de «*mentha plumosa*, caule fruticoso, quae habitat in Tenerife, circa Puerto de la Orotava». También lo reconoció Augusto Broussonet, y lo publicó el señor Cavanilles, añadiendo que se le daba vulgarmente el renombre de «flor de perro». A ambos pareció especie diferente de la «yerba buena arbórea», porque, aunque muy semejante

en tallo y hojas, advirtieron que el vello de la «plumosa» es mucho más blanco; que las panojas de las flores son efectivamente plumosas; y que éstas no sólo brotan en el remate de los tallos, sino por todo el largo de ellos, saliendo de los encuentros de las hojas; con otras observaciones botánicas del caso.

Yerba de risco

Mata del género del espliego, o alhucema, especie indígena y privativa de estas islas, por lo que Miller, en su Diccionario, le dió el título de «lavandula canariensis», y Pluknet, el de «lavandula canariensis maritima, spica multiplici coerulea». Créase espontáneamente en los terrenos enriscados. Sus tallos suelen tener tres palmos, y son delgados, redondos, lampiños, jugosos y ramosos. Las hojas, que nacen apareadas, son aplastadas, de un buen color verde, algún tanto vellosas, compuestas de otras hojuelas o recortes profundos, que también vuelven a recortarse. Sus flores se presentan en los remates de los ramos, sobre pedúnculos cuadrangulares cumplidos, de tres en tres, en forma de espigas delgadas de una pulgada. Cada flor se compone de un cáliz permanente, apoyado a una bráctea, u hojuela floral; una corola azul

labiada, cuyo labio superior está partido en dos mitades, y el inferior en tres; cuatro estambres, dos de ellos más cortos; y un ovario con cuatro semillas desnudas. Pertenece a la «didynamia gymnospermia».



Cómo vió y estudió Viera la flora canaria

El trabajo que damos a conocer en las anteriores páginas fué presentado por su autor a la Real Sociedad Económica de Amigos de Canaria en el año 1808, y aunque contiene algunos errores propios de la época, culpa del deficiente sistema de clasificación linneano, mereció grandes elogios del botánico Webb, quien, en unión de Mr. Sabin Berthelot, lanzó a la luz pública, al finalizar el siglo XIX, un maravilloso tratado sobre botánica canaria, su *Fitografía Canariensis*, obra clásica en el estudio de nuestra flora. Webb, en honor de Viera, da su nombre a todo un género de la familia de las compuestas, que está representado en nuestro país por una planta indígena llamada «*Vierea laevigata*».

Aficionado al estudio de la Botánica desde su viaje a París, donde tuvo por maestros a Valmont de Bomare y Palau Verdera, al re-

greñar Viera a Canarias se dedicó a recorrer diversas zonas de las islas y estableció un curso de Historia Natural en su residencia de Las Palmas.

Fruto de este amor y de esta vocación son las bellas páginas del prólogo del Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, magistral disertación sobre la producción vegetal autóctona de nuestros campos.

«Yo viajo—dice entre otras cosas—y me acompaña un caballero de Madrid que acaba de llegar a estas islas. El extiende la vista por nuestros campos; se para y atónito me dice: «Hállome en un país donde todavía conozco muy poco la gente, pero conozco mucho menos las plantas. Todo es para mí nuevo. ¿Cómo se llaman estos árboles que me rodean? No los he visto nunca...»

«Aquél—le digo—es un drago, cuyo jugo purpúreo es una sangre, una resina preciosa. La otra es una palma descollada y longeva, cuyos frutos son dulces dátiles. Estos son los plátanos, musas o bananos que, erguidos y admirables por la amplitud de sus hojas, no menos que por lo tierno de sus troncos, dan grandes racimos de una fruta que se suele llamar conserva del cielo. El otro árbol,

siempre frondoso, es el mocán, cuyas melosas frutillas eran el principal regalo de los antiguos isleños. El que ha brotado aquel otro vástago, oriado de gajos a la manera de los mecheros de una araña de luz, cuyas arandelas son de flores liliáceas, que liban las abejas, es una pitera, especie de áloe o agave americana. Los extraños arbustos que están vistiendo aquellos riscos, vienen a ser cardones, tuneras, guaidines, aliagas (vulgo alhulagas), leñanoeles, taginastes, verodes. Este empinado peñasco está cubierto de yerba orchilla, cuyo tinte es tan estimado.»

«Entretanto viene a encontrarnos un extranjero. Es el botánico, y me dice: «Canario, ustedes poseen en sus islas un citiso muy particular, que llaman escobón; otro citiso no menos singular, que llamáis retama blanca, una retama amarilla de cumbre, que no se conoce en ningún país... Lo mismo os digo de un hipérico que llamáis maljurada; de un kali aizoides que llamáis patilla; de una campánula que llamáis bicácaro; de un digital que llamáis ajonjolí; de un loranthus que llamáis balo; de una rumex acetosa que llamáis vinagrera; de un convolvulus fructicosus que llamáis guaidín; de un palo de rosa que llamáis leñanoel; de una bosea yerbamo-

ra que llamáis hediondo; de un dracocéfalo que llamáis algaritopa; de una siempreviva que llamáis oreja de abad... ¿Y acaso pensáis que vuestro mocán, vuestro marmolán, vuestro barbusano, vuestro palo blanco, vuestra haya, vuestros acebiños, son producciones de otros terrenos que los vuestros? Abrid los ojos y conoced vuestras singularidades.»

Así vió y examinó Viera nuestra flora, con todo el cariño, con todo el interés que se desprende de estas líneas que acabamos de transcribir. Así fué estudiándola y agrupándola según el antiguo sistema sexual de Linneo, tomando por guías a este sabio y a Tournefort, con la base de las investigaciones que en estas islas hizo Masson, describiendo minuciosamente, especie por especie, empleando un lenguaje ameno, huyendo de aquellas áridas descripciones de los autores de su época y, recopilándolas en diversos cuadernos, iba reuniendo material para lo que más tarde había de ser el ya mencionado «Diccionario de Historia Natural», obra que no vió publicada, que no ha llegado completa hasta nosotros, pero que así y todo constituye, junto con las «Noticias», las cumbres de sus producciones.

Muy pronto, dada la campaña llevada a ca-

bo por Viera, cundió en las islas la afición a la botánica. Muchos fueron los próceres de nuestra sociedad de entonces que se dedicaron al estudio de esta ciencia, acudiendo constantemente en consulta al ilustre polígrafo; así vemos en una carta dirigida por Viera a don Lope de la Guerra, regidor perpetuo de Tenerife, fechada en Canaria el 9 de agosto de 1788, un curioso párrafo que transcribimos: «Ultimamente recibí la muy apreciable carta de usted del 18 de julio, con el catálogo de las plantas indígenas de nuestras islas, cuya descripción botánica solicita de mí con particular empeño nuestro marqués de San Andrés. Aprovechando los instantes, he formado, por darle gusto, la clasificación del viñático, Madroño, Brezo, Escobón, Codeso, Cardón, Sabugo, Sauce, Guayabo, Lentisto, Til, Aceviño, Follado, Aderno, Mocanera, Leña Negra, Palo Blanco, Mamey, Sabina, Barbuzano, Ginja, Granadillo, Carminero, Vicácaró (sic), Tasaygo, Guaibil, Leña Noel, Tabaiba, Salado, Orchilla, Dragos, Gibalbera, Tártago, etc., cuya noticia remito a usted bajo el seguro de estar arreglada al sistema de Linneo y principios de esta ciencia de moda, con averiguaciones nuevas sobre

Los dichos vegetales y descubrimientos que nuestros paisanos nos habían hecho.»

Mucho ayudó a Viera en sus investigaciones su amigo y antiguo contertulio de La Laguna don José Llarena y Mesa, a quien pudiéramos señalar como su corresponsal en Tenerife para estas cuestiones científicas. En carta fechada en La Orotava el 7 de agosto de 1798, dice el arcediano lo siguiente: «Al punto que recibí la de 30 de abril pasé al Jardín Botánico (el de la Orotava, fundado por aquellos años) a consultar con el inglés que lo tiene a su cuidado. Mostréle la descripción de la Joriada con la mayor individualidad y sin vacilar ni un instante me dijo: Esa se llama Hortensia Gloriosa Lig-nose, añadiendo que la había en el barranco del Realexo y que él había mandado unas ramas a Francisco Mason, ofreciendo facilitármelas, cuyo obsequio acepté, bien que muy desconfiado de sus promesas y, por lo mismo, me valí de distintos amigos que tengo en los Realexos, comunicándoles la descripción. A excepción de uno, todos me respondieron que no descubrían semejante planta, ni en el barranco de los Realexos, ni en los inmediatos. El uno, que es clérigo un poco naturalista, se figuró que era la que conocemos con el

nombre de Maljurada o Malparada, de que usan para teñir de amarillo, de que dió muestra; y que, a mi entender, se parece a la Jorida (sic) como el huevo a la castaña. Distintos de ellos me enviaron ramos de la Cerrajuda, que no es otra que la Zarza-parrilla, asegurándome que en el callejón de Tígaiga no se encuentra otra planta que con ella tenga semejanza». Dedúzcase de aquí lo que eran capaces de revolver y enredar don José de Viera y su corresponsal Llarena, para lograr la identificación de una especie.



Los árboles históricos y tradicionales de Canarias

PUBLICACIONES DE "LA PRENSA"

LOS ARBOLES HISTÓRICOS
TRADICIONALES DE CANARIAS

(CRÓNICAS DE DIVULGACIÓN)

POR

LEONCIO RODRÍGUEZ

SANTA CRUZ DE TENERIFE

(ISLAS CANARIAS)

La magestad con que un robusto árbol levanta su copa a los cielos, le da un aspecto halagüeño y le imprime un aire de grandeza que ningún ser viviente suele tener. ¡Qué género de conmoción no se experimenta a la vista de un alto pino o de un copudo castaño, de un descollado tilo o de una eminente palma! ¡Quién será el que al penetrar en un bosque no sienta en su interior no sé qué extraña impresión que no es posible encarecer! La dulce calma, el grato olor, la media luz vista por entre el templado verdor, el silencio, lo erguido de los troncos, lo dilatado de la perspectiva, todo convida al placer de meditar. Por el contrario, ¡qué desnudez más triste la de un terreno sin árboles!

Así, después de haber bajado de la cima del pico de Teide de Tenerife, por medio de lavas de volcanes y páramos de piedra pómez, los primeros arbustos que yo encuentro son los escobones o "citisos prolíferos", y aquellas retamas de flor blanca que regalan mi olfato y que recrean mis ojos.

Más abajo se me presenta una selva de pinos gigantescos, entre los cuales se distinguen algunos cedros del Líbano. Luego el monte verde poblado de brezos, tilos, avernos, palos blancos, viñátigos, acebiños, xinjas, laureles, barbusanos, follados, hayas, lentiscos, saúcos, acebuches, hortigones, madroños, sauces, etc. Y, por último, los predios de castaños, nogales y otros frutales especiosos.

Sabemos que todavía a principios del siglo XVII se iba desde la villa de la Grotava al puerto de Garachico, que son casi cinco millas de camino, por debajo de una floresta continuada de laureles, acebuches, palmas, dragos, cipreses, etc., cuyo olor perfumaba el contorno. (Viaje de Purchass, tomo 5, cap. 11).

Si por otra parte me acerco a la célebre montaña de Doramas, en Canaria, el peristilo de acebiños y laureles por el cual entro, desde luego me anuncia que voy a penetrar a paraje más intrincado, donde los mayores ár-

boles descuellan. Llego, en efecto, al sitio llamado las "Madres de Moya", y unos excelsos tilos con eminentes bóvedas que las espesas ramas tejieron, me presentan un templo augusto, imagen de la Catedral, cuyo nombre lleva. Sentado a su benigna sombra mi pecho se dilata; respiro un aura suave; oigo el canto de los pájaros canarios, capirotes y mirlos, y el susurro de las aguas que corren, frías, diáfanas y delgadas. Miro hacia arriba, y por los claros de las aberturas de las ramas alcanzo a ver las inmediatas cumbres de los altos peñascos que rodean aquel ameno valle, y pendientes en ellos algunas cabras y la manada de ovejas que guía un pastorcillo vestido con capote de lana blanca con aguadera.

Pero pasemos del placer que los árboles nos ocasionan a los bienes innumerables que les debemos. Aquel fuego que la leña mantiene para las necesidades de la vida; aquel arado que surca la tierra; aquella fragua, aquella barca, aquel torno, aquel techo, en suma, todas aquellas artes en que se emplean las maderas, ¿podrán existir sin los árboles, por ventura? Mas antes que ellos caigan víctimas del hacha, ¿con cuántos ricos presentes no nos favorecen? De sus ramas bajan a echarse a nuestros pies la castaña, la

aceituna, la nuez, la almendra; y se ponen en nuestras manos la naranja, la granada, la ciruela, la pera, el plátano, el limón... Corre el aceite de la oliva, y el vino de la parra. El moral nos da seda y el algodouero su preciosa pelusa. Suda el drago su sangre, el almácigo su resina, el pino su brea, el cardón y la tabaiba su leche...

¿Y por qué aquellas lomas se han descarnado, y perdido su antigua feracidad? ¡Ah! Priváronlas de los árboles que con sus raíces entrelazadas sostenían la tierra. ¿Y por qué el otro cerro se reviste ahora todos los años de nuevos céspedes y de lozanas yerbas? Porque las hojas de los árboles y arbustos inmediatos, habiéndose deshecho y podrido, le ofrecen sin cesar una admirable tierra hortense.

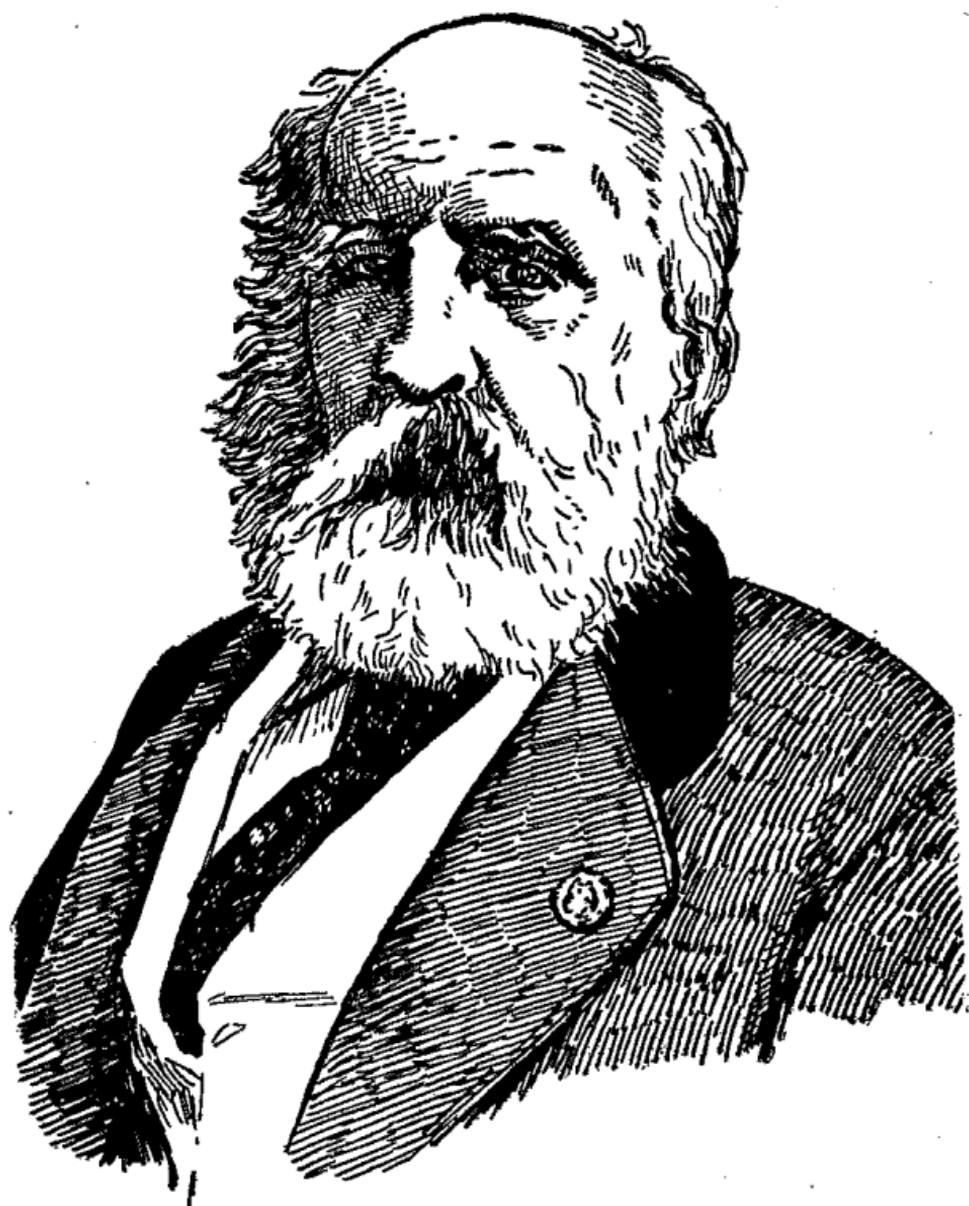
Además de esto, nadie puede ignorar que la espesura de los montes es una de las cosas que más atraen las benéficas lluvias, y que contribuyen, por consiguiente, a enriquecer los manantiales de agua viva. Por tanto, no cortes jamás un árbol sin haber plantado antes diez. Catón, en su Libro de la Vida Rústica, decía: "Cuando se trata de edificar, delibéralo largo tiempo; mas cuando se trata de plantar, el deliberar sería un absurdo: no te detengas, planta sin dilación; esta es una ocu-

pación digna de un honrado vecino, es un obsequio debido a la naturaleza, y fácil de practicar." Pero, al contrario, tropezamos a cada paso unos hombres que tienen la osadía de destruir en pocos instantes la bella obra de los siglos, y el patrimonio de la posteridad, mientras no han hecho en toda su vida nada útil ni dejarán en los campos vestigios de su existencia.

¡Qué placer se puede igualar al de extender la vista por la campiña que uno ha vestido de árboles, y decir: ¡Dios crió las especies; yo las he multiplicado! ¡La posteridad bendecirá mis cuidados, cuando eche de ver que yo he tenido la generosidad de trabajar para ella; la Patria me tributará elogios, porque he aumentado sus verdaderos bienes...! Gratas reflexiones que deberían animar a todos los canarios, amenazados de la temible situación de carecer de árboles de montaña.

JOSE DE VIERA Y CLAVIJO.

(Del "Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias")



El ilustre naturalista e inolvidable benefactor del árbol en Canarias, M. Sabino Berthelot

¡Bárbaros!

¿Será o no cierto que los árboles sienten y sufren, que hay en ellos un principio oscuro de personalidad? Por lo menos la imaginación se la atribuye; esa imaginación eterna, creadora, que en los tiempos primitivos urdió los mitos pintorescos y caprichosos, y que en nuestra época, como antes, como siempre, fabrica visiones sobre los hechos reales, engendra ideas sobre las formas sensibles... Sustituta y complementaria de la realidad, la fantasía prosigue su trabajo de todas las edades, concediendo voz a las cosas inanimadas, sensibilidad y volición a las cosas inertes.

En este sentido, los salvajes, constructores de ídolos, adoradores de fe-

tiches, tienden un cable imaginativo hasta la zona tenebrosa de la ante historia. Reproducen en barro grosero, sin prevenciones estéticas ni vislumbres artísticos la luminosa mitología griega. Más lejos aún, en el mundo de Homero, en las viejas teogonías asiáticas, están los precedentes de los feos idolillos polinésicos...

Astarté y Baal, ¿no reaparecen bajo mil apariencias distintas en nuestro propio mundo civilizado?

“Nihil novum”...

Pero tornemos a los árboles y a la fantasía, que puede todo lo que quiere.

Los árboles, para mí, soñador sempiterno, viven... Viven y padecen. La vegetación es el primer grado de la vida orgánica. Dentro de lo confuso de este concepto, cabe desplegar el irisado abanico de la imaginación que se abre y se desarrolla.

La savia es sangre, las ramas son brazos multiformes, infinitos, entrecruzados; las grietas de la corteza, arrugas ahondadas por los años; los frutos, cosecha genésica; los zumos, la resina, la goma, condensación de lágrimas... ¡Todo un misterioso vivir que remeda al nuestro!

¿Por qué no han de llorar y plañirse también los árboles? Cuando el invier-

no los desnuda, envejeciéndolos, el frío los estremece; cuando la primavera los viste, remozándolos, el júbilo los transporta. Cuando el salvajismo criminal del hombre los hiere y los derriba, se quejan.

Y hacen más todavía. Quieren morir matando, cual si fueran hasta en eso humanos, hasta en la capacidad del valor.

Pero les falta el sentido de la vista, y suele suceder que no matan a sus enemigos, sino algunas veces a pobres inocentes e indiferentes, como cuando caen en las carreteras tronchados por el viento, lo que prueba que los árboles "no ven bien"...

Si vieran, si además pudieran moverse y cobrar venganza, sería tan difícil tomar un bosque como una plaza fuertemente guarnecida y con bravura defendida.

Es lo único que les falta. Porque yo aseguro que oigo sus ayes cuando los hieren y sus gritos de agonía cuando los tumban.

Y oigo asimismo la rabia y el desprecio con que claman: ¡Bárbaros!

Francisco González Díaz.

Las palmas de Santa María de Betancuria

Pueblo nómada por naturaleza, la sobriedad fué siempre la característica de Fuerteventura, la antigua Erbania, de nombres tan dispares a través de su pasado histórico. "Fortuite", Planaria, Lagartaria, Pintuaría, Capraria, Casperia, San Buenaventura... Nombres, casi todos ellos, que no parecían responder a ninguna razón o causa definidas. Porque ni el suelo, casi siempre árido y seco de la Isla, justificaba el título de Erbania, ni están contestes los distintos autores en el origen y significado de los otros títulos.

Lo cierto es que todo resulta contradictorio y paradójico en cuanto se ha escrito sobre la más africana de nuestras islas. Ya lo dice una vieja copla

majorera: “Ni en Puerto Cabras hay cabras,—ni en la Oliva hay un olivo,—ni hay pájaros en la Pájara,—ni en la Antigua hay nada antiguo”...

Pueblo, además, sin historia propia, de espíritu y hábitos pastoriles—druidico en sus primitivas prácticas religiosas—todo en sus costumbres y modalidades llevaba un sello especial de pobreza y morigeración, que le diferenciaba de los demás pueblos canarios. Sobrio en el indumento: una zamarra, los hombres, que les colgaba hasta los tobillos, unos “maxos” a modo de calzado, y una hopalanda, las mujeres, más honestas, que les cubría hasta los pies.

Sobrios también en la alimentación: carne seca y gofio de cebada cuando aun no habían llegado de la Berbería las primeras simientes de trigo que trajeron las naves de Diego de Herrera, su Rey y Señor: aquel trigo moreno y menudo (“morisquillo”), tan prolífico, que cada fanega de sementera producía más de cien de cosecha.

Sobrio, por último, el paisaje: montañas chatas y rojizas, extensos “lajares” y grandes llanuras calcinadas por el sol...

Hasta el pastoreo se practicaba de la manera más rudimentaria y primitiva. El ganado vagaba suelto por

los campos desiertos, y cuando los pastos escaseaban, repartíanselo los dueños mediante "apañadas" o "gambuesas" y procedían a sacrificarlo. Sistema de colectivismo pecuario a que les obligaba, sobre todo, la falta de corrales para tan inmensa cantidad de cuadrúpedos como dicen que había en la Isla, pues de camelios se contaban varios millares, y de asnos salvajes era tal la abundancia, que según refiere Abreu y Galindo, "hubo que organizar una montería por el mucho daño que hacían a la tierra, empleándose numerosos lebreles y gente a caballo, y matándose más de 1.500 asnos, que fueron manjar de cuervos y guirres, de que también había mucha abundancia."

Otra característica era la de su condición guerrera. Profesaban gran estimación a los valientes o "altahayes", y sentían especiales aficiones por las correrías del mar. Las inmediatas costas de África, de las que les separaban corta distancia, eran, generalmente, el teatro de sus aventuras, y en ellas pagaron muchas veces con sus vidas aquel incontenible impulso trashumante de la raza...

X

A tono con el paisaje, la vegetación de la Isla era igualmente sobria y es-

casa. Euforbias y “yerbages”; algodones, “tarhais” o tarajales, que destilaban una goma a manera de sal blanca y hermosa, y entre las especies arbóreas más abundantes, acebuches, lentiscos y palmas de exquisitos dátiles.

Existía también una planta, que fué objeto de gran tráfico comercial: la “barrilla”, de gruesas hojas, de las que se extraían considerables cantidades de soda. El precio de este producto— cuenta el doctor Verneau—llegó a alcanzar proporciones enormes, pero los isleños, si bien poco ingeniosos para la industria, bastante diestros para la falsificación, mezclaban con piedras oscuras los residuos de la “barrilla” y de esta forma los falsificadores mataron una rica industria indígena.

Pero los árboles que realmente dieron nombre a la Isla fueron las famosas palmeras de Valtarajal—después Villa de Santa María de Betancuria— que por sus legendarias tradiciones merecen capítulo aparte.

×

¡Santa María de Betancuria!... Al centro mismo de la Isla, en el punto de unión de las dos paredes que servían de línea divisoria a las rivalidades de los reyezuelos indígenas, Valtarajal o Baltarhayz, en el regazo de un pequeño

valle, era como un oasis en medio de las calizas llanuras que se extendían hasta la punta de Jandía, al Sur, y el puerto de Corralejo, al Norte. En este sitio, y entre la espesura de un bosque de palmas y tarajales que cubrían todo el valle, establecieron su campamento las huestes de Juan de Bethencourt. Sin estruendo guerrero, con alegres músicas, habían llegado hasta el mismo corazón de la Isla en momentos en que las disensiones internas favorecían sus planes de conquista. Conquista que, más que aventura guerrera, fué un episodio de romance. Porque apenas habían sentado sus reales las huestes invasoras, acudían a Valtarajal los dos reyes de Erbania, portando ofrendas de conchas marinas, sangre de drago y frutas del país. En tanto, las dos pitonisas de la Isla—una madre y una hija, de gran predicamento entre los suyos,—derramaban sus gánigos de leche en señal de júbilo por el venturoso suceso. Ya lo anunciaban ellas. ¡Por el mar habían de venir los que trajesen la paz!

Desde aquel día comenzaron a afluir al campamento de Valtarajal centenares de gentiles, con sus hijos para recibir las aguas bautismales en una capilla que el Señor de Bethencourt hizo edificar con el nombre de "Notre

Dame de Bethencourt”, y una vez terminada su misión, partió de Erbania el caballero normando, llevándose tres isleños y una isleña para que conociesen las costumbres del reino de Francia. Y cuenta un cronista de la expedición que los que en la Isla quedaron lloraban por su partida, mostrando más aflicción que los mismos europeos, por la benignidad y dulzura con que los había tratado aquel gran Señor, que es fama tuvo siempre por norma de conducta esta honrosa divisa: “No hacer mal, cuando se puede hacer bien; ser prudente, y cuidar del honor más que del provecho.”.

×

Tras los conquistadores normandos y castellanos vinieron los propagadores de la fe,—entre ellos dos grandes figuras de la mística española: fray Diego de Alcalá y fray Juan de San Torcaz—, y fundaron aquel “respetable conventico, con modesta iglesia y triste casa”, que llevó el nombre de San Buena-ventura.

Ellos mismos portaron los árboles para fabricar la humilde casa, y junto a las tapias del convento plantó San Diego una palma, que a los pocos años erguíase airosa, alta y bella como una columna salomónica. Bajo la verde co-

pa elevaba el santo su pensamiento hacia el azul del cielo, en gratos deliquios espirituales. Escala peregrina por donde ascendían también sus preces al Dios de las alturas.

X

He ahí, en síntesis, los comienzos históricos de Santa María de Betancuria, capital de la Isla durante tres siglos, y una de las villas de más tradicional relieve en todo el Archipiélago. Pueblo que ha conservado hasta nuestros días el carácter gótico de su fundación, y que se ufana de guardar entre sus reliquias el arca con los restos y los libros de San Torcaz, y en su vieja iglesia el sepulcro de aquel ilustre Señor y Dueño de la Isla, don Diego de Herrera, del que dice el epitafio grabado en tosca lápida:

“Aquí reposa el que fué noveno rey de Tenerife y décimo de la Gran Canaria, que pasó a Berbería con sus flotas, redujo un gran número de moros a la esclavitud, hizo la guerra a tres naciones, los gentiles, los moros y los portugueses, y obtuvo la victoria sin la ayuda de ningún rey.”

Todavía, en el fondo del barranco, y entre las basálticas paredés, pulidas por las aguas, donde se hallaba la gruta de la Virgen de la Peña, la pequeña

imagen de piedra blanca, con los ojos cerrados, quedan algunos vestigios del espeso palmar en que hicieron alto los conquistadores normandos. Arboleda famosa, en la que se podían contar más de 800 palmas en grupos de a cien, todas cargadas de grandes racimos, y tan altas como mástiles de navíos...

X

Del pequeño bosque procedía la palma del convento de Santa María de Betancuria; aquella que cargó sobre sus hombros San Diego de Alcalá. Palma célebre, que tenía el don milagroso, según la leyenda, de producir los dátiles sin hueso desde un día en que el santo, al probar la fruta, se quebró un diente... Y cuentan que, a partir de entonces, pudo San Diego saborear los dátiles de su palma, mondos de todo hueso, sin temor a nuevos desaguizados...

La tradición perduró hasta nuestra época. Y Santa María de Betancuria, notable por su historia de cinco siglos, tuvo como emblema de gracia la palma de San Diego de Alcalá. ¡La de los dátiles sin hueso!

La palma de la Torre del Conde

¡Torre del conde Hernán Peraza, a orillas de la playa de San Sebastián! Baluarte famoso, de incommovibles sillares y gruesos muros, quemados de sol y comidos de salitre, con sus troneras escalonadas detrás de las viejas palmas—brotes de aquellas otras que antaño las ocultaban a la vista y el acecho de los piratas del mar—, toda su historia fué un engranaje de truculentos episodios, de aventuras y gestas guerreras. Y también de infamantes sucesos y tristes recuerdos.

Albergue un día de huéspedes gloriosos,—descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo—más tarde de misioneros de Indias y custodios de los tesoros que portaban los galeones de

América, y luego de aquellos próceres castellanos—los Hurtados de Mendoza, los Ayalas, los Cabezas de Vaca, etc.—, invitados por los moradores de la torre, los ilustres Condes de la Gomera, a sus grandes cacerías de ciervos... todo era júbilo y ambiente cordial en el tranquilo reducto, saturado de auras marinas

Vigía y llave de la Gomera—“aquella isla pequeña, frondosa, fértil, de agradable temperie, de bellas aguas y dotada del mejor puerto del Archipiélago”—resistió valerosamente las acometidas de hugonotes y corsarios, y aunque varias veces fué desmantelada, otras tantas fueron rehechas y fortalecidas sus defensas. Así pudo considerarse segura ante la amenaza que representaban aquellas setenta velas holandesas desplegadas en el horizonte y aquellos diez mil arcabuceros que luego intentarían apoderarse de la Villa, sufriendo humillante derrota y la pérdida de su nave capitana... Con este historial heroico bien sabía el rey Don Felipe II que los caudales que conducían sus flotas de Indias, tan ambicionados por los buques piratas, se hallaban a buen recaudo en los fosos de la torre de Hernán Peraza...

X

Pero no todos fueron timbres glorio-

sos en los anales de la célebre fortaleza gomera. Tiene, también, una tradición sombría: el triste recuerdo del Poder feudal que se albergaba entre sus muros y que tantas veces ensangrentó sus mazmorras. ¡Cuántas luchas por derrocar la tiranía de los Condes! ¡Cuánto odio concentrado en la plebe, cansada de ultrajes! ¡Y qué difícil aquel empeño de rebeldía contra un despotismo escudado en las sombras, seguro de su impunidad!

Había de salir de su torre, seducido por cierta aventura amorosa, el Conde Don Hernán Peraza, para que cayera en las redes de una traición tramada por sus vasallos. El episodio, según versión histórica, fué como sigue: “No contento el Conde con lo que en su casa tenía, trató amores con una gomera hermosa, llamada Iballa, que habitaba unas cuevas del término de Aguahedun, donde poseía sus tierras, y con achaque de que las iba a sembrar, se fué allá, que era por Noviembre, con sólo un escudero y un paje. Era Don Hernán valiente, animoso y atrevido. Aconsejóle su escudero no fuese donde la gomera le llamaba, pero insistió el Conde en sus deseos, y se apresuró a entrar en la cueva donde la hermosa Iballa le aguardaba con una vieja. Ya dentro, la gomera, que estaba en el secreto de la

conjura, sintió ruido, y dijo al Conde se vistiese presto, que lo venían a prender sus enemigos. Vistióse entonces una saya, y, al tiempo que salía, la vieja, que era de la conjura, gritó a los suyos: “¡Prendedle, que ese que sale es!”

Al ver la gente que le estaba esperando, tornó el Conde a la cueva diciendo que lo habían de prender o matar en hábito de hombre y no de mujer, y poniéndose las corazas y abrazando la adarga y su espada, se puso a la puerta de la cueva. Estaba encima de ésta Pedro Hautacuperche, con una asta que tenía un dardo de hierro de dos palmos, y arrojándola sobre el Conde se la clavó por entre las corazas y el pescuezo, que lo pasó de arriba a abajo, hiriéndole de muerte, así como al paje que había acudido en defensa de su señor”.

El suceso, por lo resonante y la calidad del protagonista, produjo general conmoción en la isla. Nadie había podido imaginarse que fuera la hermosa Iballa, flor silvestre de las tierras de Aguahedun, la que clavara sus espinas en el corazón del Conde. ¡Ya la tiranía, creyeron los oprimidos, estaba vencida! ¡Ya la esclavitud había terminado!

Mas, ¡vana ilusión! Las antiguas contiendas, lejos de encalmarse, cobraban nuevos impulsos y mayor virulencia. Enardecida y envalentonada la plebe,

con más ahinco que nunca, volvió a intentar el asalto a la fortaleza, y otra vez tuvo que desistir del empeño, perdiendo en la refriega a su caudillo, un bravo montañés, asaeteado desde las almenas de la torre. Y como epílogo de este nuevo episodio, la intervención brutal de aquel funesto gobernador de Gran Canaria, Pedro de Vera, que había acudido en auxilio de los sitiados de la torre, y que, después de viles engaños y falsas promesas de perdón, dió rienda suelta a sus feroces instintos, “llenando las horcas y empalizadas de cuerpos de hombres, echando a muchos a la mar con pesas al cuello; repartiendo los niños, como esclavos, a quien los quería, o mandándolos a vender para gastos de guerra.”

×

Ya doña Beatriz de Bobadilla, la dueña y señora de la torre, antigua y famosa doncella de la reina doña Isabel, genio violento, de arrestos varoniles, de impetuosas pasiones, había asegurado el dominio de sus súbditos y la paz de su condado. Ya, libre de zozobras, podía reanudar su historia de aventuras románticas, que tanto habían dado que decir en la Corte. Y la ocasión se la brindó una visita insospechada: la del Adelantado de Tenerife, don Alonso

Fernández de Lugo, que acudía a solicitar la mano de doña Inés, hija del difunto Conde, para su primogénito y sucesor, don Pedro.

La visita de personaje de tanta calidad había de producir necesariamente la natural extrañeza, y como se prolongara la estancia del Adelantado en la residencia de la ilustre viuda, comenzó a difundirse el rumor de los futuros esponsales de Doña Beatriz con el prócer emisario, bizarro aún para los menesteres galantes.

Del pueblo había surgido la especie, y en el pueblo buscó la irascible señora la voz plebeya y atrevida que divulgara la noticia. Y el osado murmurador, un tal Ruiz de Castañeda, sujeto de pacíficos antecedentes, personaje inofensivo e incógnito hasta entonces, tuvo que pagar con su vida el enojo de doña Beatriz por tamaña imprudencia. ¡Y al siguiente día, a la lívida luz del amanecer, cuando aún no se habían disipado las sombras en el horizonte teñido de cárdeno, el cadáver de Ruiz de Castañeda apareció colgado de una de las palmas de la torre!...

×

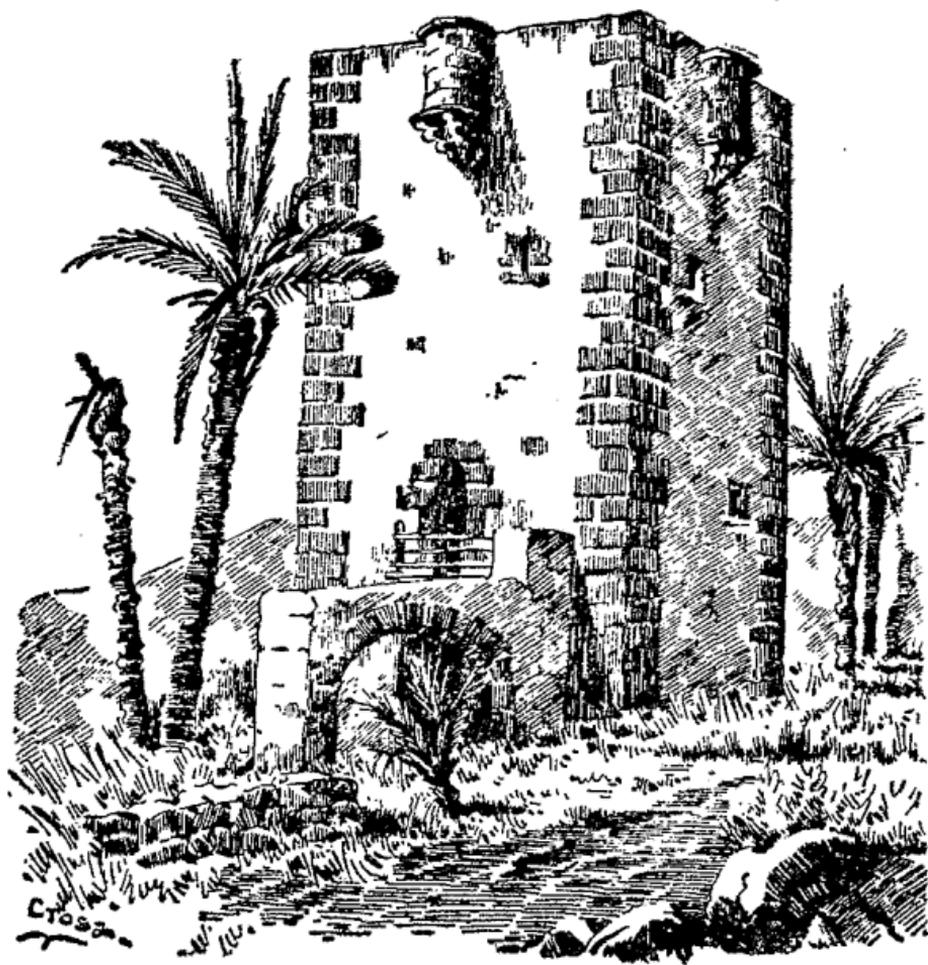
Desde aquella mañana, una tétrica leyenda comenzó a cernirse sobre el

viejo árbol, convertido en instrumento fatal de expiación y castigo. Las gentes, atemorizadas y supersticiosas, rehuían acercarse a la palma siniestra. Caían al suelo, sobre el lecho de arena de la explanada, sus tamaras dulces, de fruta en sazón, y nadie osaba llevarlas a la boca, porque decíase que tenían sabor de sangre... Hasta que comenzaron a amustiarse sus hojas y a doblarse su tronco, como si una tormenta hubiese fulminado un rayo de maldición sobre ella.

Al poco tiempo, quedaba únicamente su tallo seco, castrado por el sol, como un muñón sangrante y sin vida. Pero sus renuevos, con rápida lozanía, volvieron a reconstituir la legendaria estampa: la torre, con sus palmeras alrededor; el cinturón de espumas de la playa, al frente, y arriba, en lo alto del risco, una cruz recordando las matanzas de Pedro de Vera...

×

¡Torre de Hernán Peraza, en la playa de San Sebastián!... Todo en ella, —silueta, piedras, contornos, ¡hasta sus palmas de los suplicios!—es tradición y recuerdo histórico. ¡Estampa muda y trágica del pasado, enmarcada por las tranquilas aguas que surcaron las naves de Colón!



La Torre del Conde Hernán Peraza, en San Sebastián de la Gomera.

Los tilos de Moya

Tierra fértil, de suaves temperies y copiosos manantiales, la isla de Gran Canaria tuvo fama en el Archipiélago por la frondosidad y exuberancia de sus selvas. Extensos bosques de pinos, abetos, dragos y palmeras cubrían sus montañas, y un gran acopio de árboles frutales proporcionaba bienestar y riqueza a sus habitantes. Una feliz coincidencia contribuyó a aumentar estos bienes, prodigando aun más el árbol en el suelo canario, ya bien colmado de dones por la Naturaleza: el casual arribo a la Isla, allá por la mitad del siglo catorce, de unos expedicionarios mallorquines, que traían consigo una gran variedad de simientes. Al poco tiempo los campos se enriquecían con numerosas especies, par-

ticularmente de fecundas higueras, y los naturales del país, además de un nuevo sustento, se encontraron con una industria floreciente, la de los higos, que conservaban después de curados al sol, prensándolos en espuestas de palma.

X

Entre todos los bosques de la Isla, ninguno tan nombrado como el de la Montaña de Doramas, del que sólo quedan como vestigios los tilos de Moya. Bosque de secular arboleda, caudalosos arroyos y floridos senderos, tapizados de hierbas aromáticas, del que decía el Padre de la Cámara el año 1634, "que era una de las más grandiosas cosas de España por su variedad de árboles, que mirados a lo alto casi se perdían de vista, y en cuyo recinto, lleno de nacimientos de frescas aguas, estaban los árboles tan acopados, que el mayor sol no bajaba a la tierra".

Por su parte, el historiador Viera y Clavijo, que en 1780 visitó el bosque, decía: "El canto de los pájaros y el continuado vuelo de las aves, que allí habitan en infinitas tropas, dan un aspecto delicioso a toda la selva. Los paseos dilatados y planos, parecen un esmero de arte, y agradan más porque no lo son. Hay un sitio, que los paisancs llaman "La Catedral", que a

la verdad representa una gran pieza de arquitectura, decorada de columnas, arcos y bóvedas. Si los bosques afortunados de los Campos Elíseos no tuvieran en nuestras islas su asiento, esta montaña es una buena prueba de que le debieron tener”.

Tal era el bosque de Doramas, el de los altos tilos y las poéticas umbrías, donde, según el autor del “Templo Militante”, “Apolo sustentaba sus laureles”, “Mercurio las antiguas hierbas”, y “Los altos tilos, verdes capiteles, con mil diversos árboles, Diana”.

X

En la bella selva, que tenía unas seis millas de extensión, estableció su morada el joven guanarteme que dió nombre y fama a la histórica montaña. Su recuerdo va unido a una de las gestas más heroicas de los defensores de la Gran Canaria, que acaudillaba el valeroso Doramas.

El trágico fin del “último canario”, como se le llamaba, recuerda el de aquel otro guerrero indígena de Tenerife, caído en la ladera de San Roque. Testigo de sus proezas, el capellán y cronista Gómez Escudero, legó a la posteridad, para gloria del héroe, un interesante relato del dramático final de Doramas. “Subíamos—dice—por las

lomas que van hacia Arucas, cuando nos vinieron al encuentro las huestes del guanarteme. Al frente de ellas aparecía Doramas, con su espada de palo tan fuerte como una partesana, tan grande que un español después no podía jugarla con dos brazos, mientras él la volvía y revolvía en forma de rueda que nadie le podía entrar ni aun con lanza, porque desharretaba los caballos y así se guardaban de él. Fué Dios servido de que no perecieran aquí los cristianos, porque realmente hubiéramos perecido si Vera y todos los suyos no arremetieran a una contra Doramas, enriestrándole las lanzas y cercándole hasta darle muerte. El gobernador hizo entonces que se le cortara la cabeza y traerla puesta en una lanza para ponerla en la plaza del Real, que era la de San Antón”.

X

Otra versión histórica, que difiere bastante de la de Gómez-Escudero, dice que el Conquistador quiso llevar consigo a Doramas para que adornase su entrada en el Real de Las Palmas, pero que al llegar a la cuesta de Arucas se halló el prisionero tan débil y extenuado por la falta de sangre, que comenzó a denotar señales de agonía.

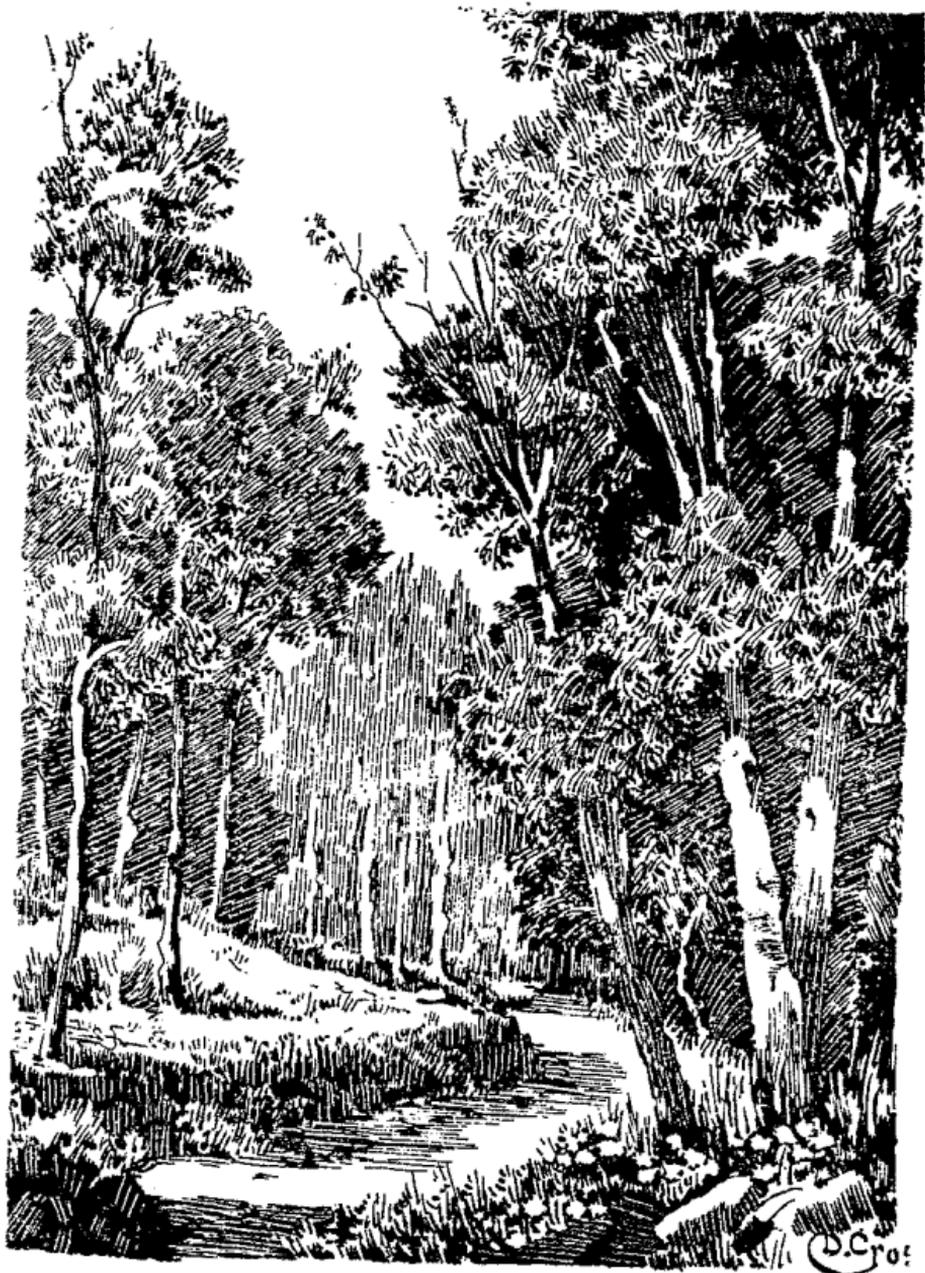
Dispuso entonces Vera que se le diese el bautismo; se trajo el agua den-

tro de un casco de acero, y el mismo general se brindó para servir de padrino.

A los pocos momentos dejaba de existir el desventurado guanarteme, y su cadáver, acompañado de gran pompa guerrera y de muchos isleños que prefirieron el cautiverio a tener que separarse para siempre de su caudillo, fué conducido a la montaña que llevaba su nombre y sepultado en una cueva del barranco de la Virgen. Un cerco de piedra, con una cruz al centro, recordaba a las futuras generaciones que allí estaba sepultado el indómito defensor de la montaña, el bravo Doramas.

Del primitivo bosque, que sirvió de morada el "guaire" célebre, sólo quedan en pie los tilos de las "Madres de Moya", "verdes capiteles" del que fué palacio umbroso, de tan altas y tupidas bóvedas, que jamás el sol pudo penetrar en sus senderos. ¡Tilos centenarios, que velan el sueño del rey Doramas! Tilos consagrados por la Historia y loados por la Poesía en las viejas estrofas de Cairasco de Figueroa:

"Y aquestos son los árboles
que frisan ya con los del Monte Lí-
[bano."



Los tilos de Moya, en Gran Canaria.

Los dragos gemelos de Las Breñas

Con legítimos títulos pudo gloriarse siempre la isla de La Palma de su espléndida riqueza forestal.

Aun hoy, a pesar de las frecuentes devastaciones de sus montes, el paisaje sigue mostrando las galas de una fecunda vegetación que tamiza de verde desde las cresterías de las montañas hasta las hondonadas de los valles, verdaderos oasis de floridos almendros, de palmeras y naranjos.

Mucha de la vegetación de los primitivos montes la han sustituido en gran parte los tilos y castaños, pero siguen dominando en las cumbres los pinos canarios, y, en menos profusión, los mocanes, aceviños y barbusanos de la antigua flora indígena; en las regiones medias, los laureles y palmeras,

y en las zonas del litoral los euforbios, tan característicos del paisaje isleño, que se prodigan en todo el archipiélago como obligado elemento decorativo de la tierra.

Existen, además, especies sólo aclimatadas en esta Isla, como la llamada por los botánicos "Pindiriana", de flores azules, y de ocho a diez metros de altura, y ejemplares muy notables de viñátigos, particularmente en las cimas del "Cubo de la Galga". Y sobresalía igualmente por su corpulencia un tilo situado en el lugar de "Acaime", cuyo tronco medía más de catorce pies de circunferencia.

Pero el verdadero "museo" de la flora canaria puede decirse que radicaba, —y de él quedan todavía vestigios de inapreciable valor—, en la famosa "Caldera de Taburiente", considerada como el mayor cráter del mundo (28.000 metros de contorno, 9.800 de diámetro y 707 de profundidad), en cuyo centro se conserva aún un enorme monolito, que los primitivos indígenas llamaban "Idafe", especie de altar donde rendían su culto idolátrico al Dios "Abora".

La extensa Caldera, conocida antiguamente por "Eceró", con su llanura de veinticuatro "yugadas", sus laderas cubiertas de dragos, palmas, pinos, lau-

reles, retamas y “leña-noel”, y las diversas fuentes diseminadas entre las rocas del inmenso receptáculo, que juntaban todas sus aguas, en caudaloso arroyo, por la torrencera de “Axerjo”, constituyó siempre uno de los espectáculos más soberbios, acaso el más maravilloso, de cuantos ha prodigado la Naturaleza en nuestra tierra.

El sabio naturalista señor Berthelot, refiriendo una visita que hizo con su colega Mr. Webb, al citado lugar, decía en 1829: “En presencia de estos vegetales seculares, ocultos en las profundidades de aquel valle volcánico, da uno por bien empleadas las fatigas y los peligros que ha sido necesario vencer para llegar a este antiguo cráter. Sorprendidos desde luego con la mescolanza de aquella vegetación salvaje que ha echado raíces sobre aquellas rocas basálticas, no lo fuimos menos al hallarnos ante un gran “Almácigo” (“*Pistacia atlántica*”), cuyo tronco tenía más de siete pies de diámetro, y de un pino de igual dimensión, confundido entre los laureles, hayas y brezos. En los bordes del torrente que atravesara la “Caldera”, admiraba yo otro pino, cuyas robustas ramas sombreaban un espacio inmenso y formaban una bóveda de verdura que hubiera podido guarecer a un gran rebaño.

Este árbol imponente era quizás contemporáneo de las últimas revoluciones que habían trastornado todo este recinto. En frente se elevaban rocas amenazadoras, montañas sobre montañas, y precipicios que desde las crestas culminantes de la isla caían a pico en el fondo del abismo.”

×

No podía faltar en una región donde tan acentuada característica indígena ofrece aún su vegetación, la especie más genuinamente isleña: el dragón milenario, nuestro árbol simbólico, de fama legendaria, de varonil e inconfundible silueta, erguido en nuestros campos como un monumento de perpetua recordación a la raza aborigen.

Principal ornato de la campiña palmera, raro era el lugar que no contaba con uno de estos “magnates” de la flora indígena, y en algunos sitios, como en la llamada “Punta de los Dragos”, se alineaban como gigantes a las orillas del mar, alzando sus brazos de titanes sobre los acantilados de la Isla.

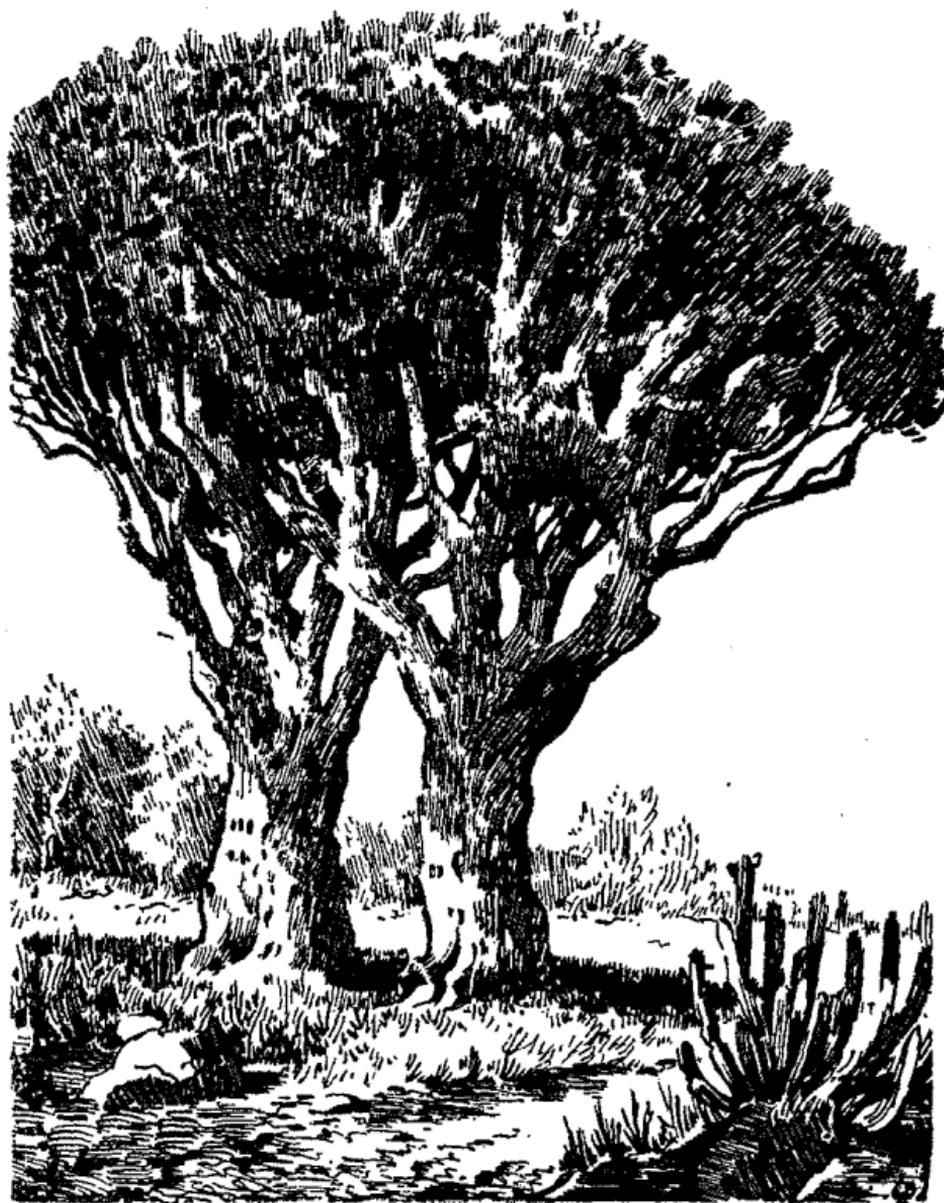
Muchos desaparecieron, pero aun quedan algunos, incommovibles en sus recios cimientos, que pregonan el vigor y longevidad de la especie.

Entre estos ejemplares, ningunos de tan original atractivo como los dos

dragos de Las Breñas, en el pintoresco valle de su nombre. Arrimados el uno al otro, en fraterna unión, parece como si se hubieran juntado para preservarse de un mismo peligro y vivir juntos, en estrecha coyunda, sus recuerdos de varios siglos.

“Los Gemelos” les dicen en La Palma, y como a tantos otros árboles seculares de las islas, la fantasía popular les ha consagrado su leyenda. Si vais alguna vez a Las Breñas, y os detenéis a contemplar los dragos gemelos, no faltará una vieja campesina, encorvada al peso de los años, que os cuente la desventura de dos jóvenes hermanos, hechizados por una misma doncella, y el trágico fin de sus vidas atormentadas de celos. Y os referirá también cómo expió su culpa la cortejada moza, plantando estos dragos, pequeños brotes de otros que había en el barranco de Las Angustias, y que todas las mañanas regaba con el agua fresca de su cántaro. Lo que quería decir que el mismo amor y la misma compasión sentía por el uno que por el otro amante...

Y así, al calor de la tierra y del recuerdo, fueron creciendo estos dragos gemelos, que según la conseja contienen en sus troncos sangre de los dos hermanos hechizados por la misma doncella.



Los dragos gemelos de Las Breñas, en la Palma.

El “Garoé” o el árbol-fuente

¡El Garoé!... ¿Quién no oyó hablar del árbol-fuente que proveía de agua a la sedienta isla del Hierro? Por una serie de circunstancias, y más que nada por la calidad de sus panegiristas, —grandes científicos, escritores y poetas como Ercilla, Cairasco y Viana— y también por los contradictores que tuvo, algunos de tanta categoría como Corneille y el P. Feijóo, el tradicional árbol contribuyó a dar a la tierra herreña tanta o más nombradía que la de su célebre meridiano, que desde los tiempos de Ptolomeo extendió su nombre por todo el globo.

Después de todo, bien merecía esta compensación el pueblo que tantas adversidades y reveses padeció en sus co-

mienzos históricos. Pueblo de sosegadas costumbres y hábitos patriarcales, que jamás tuvo un baluarte, ni un castillo, ni armas algunas para su defensa, puesto que se creía invulnerable en la fragosidad de sus montañas y seguro en la hidalguía y nobleza de sus habitantes, más duchos en artes y ocupaciones pastoriles que en achaques y empeños guerreros. Vida de Arcadia, sencilla y honesta, sin ambiciones ni luchas intestinas. Industriosas las mujeres, de manos hábiles para la confección de hilados rústicos, alforjas, mantas y "cordoncillos"; frugales los hombres, habituados a las inclemencias y a la escasez de los años duros y calamitosos, cuando sus ganados tenían que alimentarse con raíces de helechos y ellos con frutas silvestres a falta de la otra sabrosa de sus higuerales, comidos de cuervos y langostas... Y, sin embargo, a despecho de privaciones y calamidades tantas, resignados con su suerte adversa, jamás perdieron aquella propensión sentimental y amorosa,—hoy se diría romántica— que se reflejaba en sus primitivos romances, de sabor tan melancólico: "¿Qué importa la leche—el agua y el pan—si Agarfa no quiere mirarme?"

X

Por lo demás, toda esta primera fase

de la historia herreña, acentuadamente bucólica, puede resumirse en estos términos. Un poder patriarcal encarnado en Armiche, su rey, blando, tolerante con sus súbditos, a excepción de aquellos que menoscababan la propiedad ajena, tan duramente castigados, que es fama que el ladrón había de perder un ojo por el primer robo que hiciere, y por el segundo los dos ojos...

Un falso profeta (Yoñe), que había pronosticado que por el mar vendrían, "en casas blancas", los dioses que habrían de tutelar la Isla, cuando los que vinieron eran las aves siniestras de los conquistadores normandos y flamencos, más dañinas que aquellas otras que ya asolaban sus campos. Una montaña sagrada (Bentaica), donde los indígenas rendían culto a "Moreiba", su diosa, la Virgen de sus adoraciones paganas. Un caudillo, (Ferinto), el último "bimbache", despeñado por un barranco para no caer en manos de los invasores. Y un nombre, una roca, que recuerda el valeroso gesto. ¡"El Salto del Guanche"!

Con tales episodios, los viejos cronistas urdieron su historia del Hierro en tan breves capítulos, que parece hecha a medida de las pequeñas dimensiones geográficas de la Isla. Ha sido necesario que en nuestros tiempos

un herreño ilustre, Darias Padrón, tan familiarizado con los archivos canarios, se impusiera la meritoria labor de completar la historia de su país, para que se la conozca en todos sus aspectos y en su interesante y emotiva psicología.

X

De todas las referencias que se han dado sobre el "Garóé" herreño, la más fidedigna parece ser la del P. Abreu y Galindo, uno de los autores más versados en antigüedades canarias, que tuvo ocasión, además, de comprobar personalmente las extrañas circunstancias que concurrían en el árbol isleño.

Estaba de la mar, según decía, como a legua y media de distancia, ignorándose qué especie era, aunque todas sus características eran las de un tilo.

El tronco tenía un grosor de doce palmos y cuarenta de alto, y en sus contornos crecían algunas hayas, zarzas y brezos. Su copa era frondosa y siempre verde, y sus frutos, parecidos a bellotas, gustosos de comer y aromáticos. Todos los días, las nieblas que venían de la mar, impelidas por los vientos del Sur, posábanse sobre la copa del árbol y éste recogía el agua que luego destilaba en forma de lluvia sobre una alberca situada alrededor de su tron-

co. Con esta agua sustentábanse las mil personas que entonces formaban la población de la Isla y aún sobraba para dar de beber a los ganados.

Algunos suponen que eran las raíces del árbol las que atraían la humedad que destilaba, y consideraban esta hipótesis la más segura, porque no siempre había nubes en el "Garoé", "pero sí siempre agua medicinal, que era recomendada para heridas". Y el cronista isleño, Quintana, añade el detalle de que el árbol se hallaba en un cerro árido y estéril, y que no le inmutaba el tiempo, pues ni el estio secaba sus hojas ni la primavera hacía brotar renuevos ni pimpollos. El estanque que le cercaba, de 500 toneladas, según cálculos, rodeábalo una cerca de arena blanca que llamaban "heres", de donde provenía el antiguo nombre de "Hero" de la Isla. Y confirma que de esta agua se sustentaba todo el vecindario, aparte de la que solían recoger en las "pozaz" de arena de los barrancos o en los cóncavos que practicaban en las ramas de los pinos y otros árboles con el fin de conservar el agua de las lluvias, que a tales artilugios tenían que recurrir ante la escasez del preciado elemento.

X

Justificábase, pues, que los herreños

procurasen sustraer a la codicia de los extraños el árbol que en tal forma acorria sus necesidades. Y mayor era este empeño al abrigar la esperanza de que, acosados por la sed, tuviesen los ingratos huéspedes que desistir de sus planes de dominación de la Isla, privándoles de todo sustento. A este fin, idearon una estratagema, tan bien urdida como desdichadamente fracasada por un inesperado revés. Cubrieron el "Garoé" con cañas y ramas, de forma que nadie pudiese descubrir fácilmente el sitio donde se hallaba, y amenazaron con pena de horca a quien osase revelar el riguroso secreto.

Mas no contaban los guardadores del árbol—aquí surge la leyenda, cuento o episodio auténtico—que el corazón de la mujer fué siempre frágil a los impulsos del amor. Y, en efecto, hubo, a lo que parece, cierta moza cortejada por un soldado de la tropa, que poco precavida del mal que iba a hacer a los suyos, imprudentemente orientó al enemigo hacia una cañada que iba por un valle arriba hasta las faldas del risco de "Tigulahe", donde la fuente providencial, el viejo "Garoé" herreño, se ocultaba a la ambición de los extraños... ¡Fatal imprudencia, loca temeridad que hubo de pagar con su vida la atolondrada moza, después de pasar

por la afrenta de su traición a la patria!

X

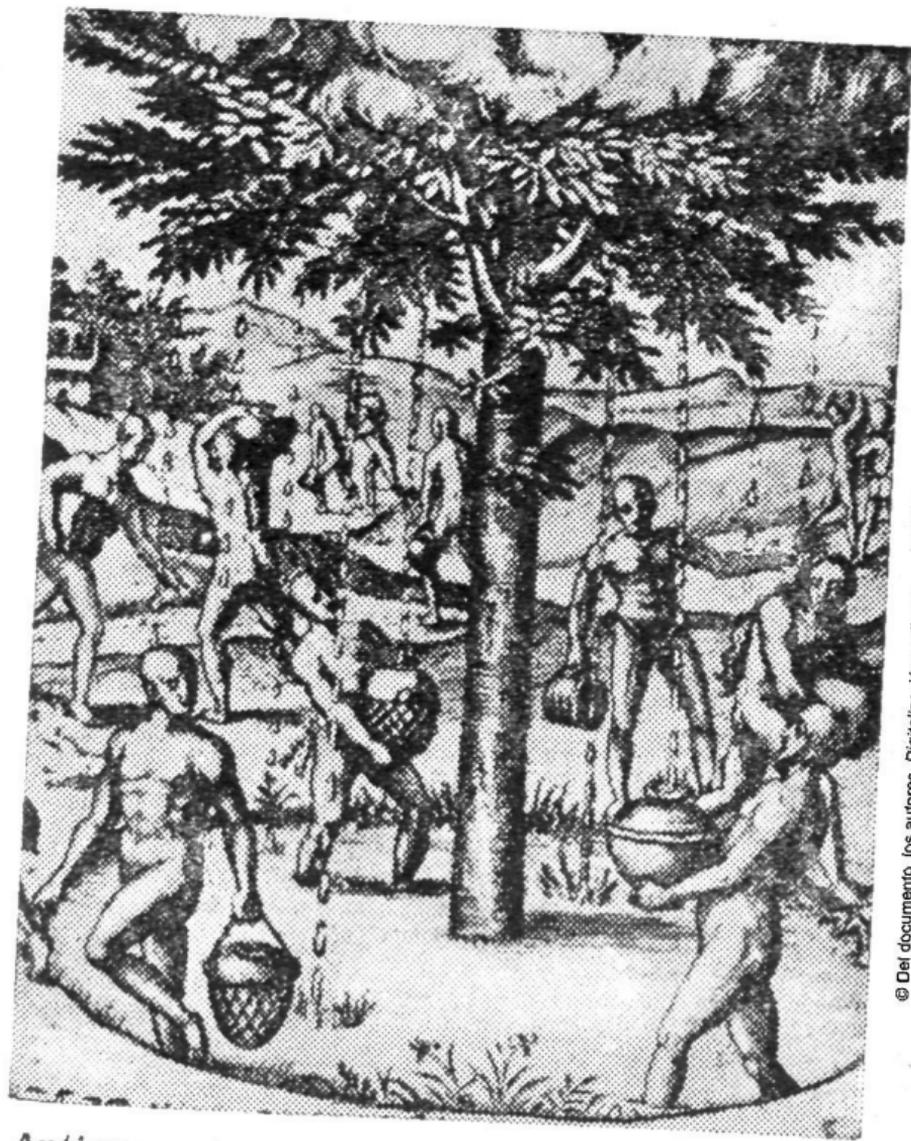
Aquel episodio de leyenda, que comenzó por un simple lance de amor, fué el inicio de graves sucesos y trágicas perturbaciones, que habian de dejar una huella sangrienta en la apacible vida de la pequeña isla. Dueños los invasores del árbol-fuente, en posesión ya de todos sus bienes, de sus dehesas y ganados, extendieron sus correrías en tal forma, con tales vejámenes y atropellos, que el sufrido pueblo tuvo que alzarse en airada y unánime rebeldía. Eran momentos que no admitían esperas ni vacilaciones. Porque cautivo el príncipe Augerón, llevados en rehenes los primates de la Isla y víctima de una traidora celada el rey Armiche, retenido a bordo de una barca en el puerto de Naos; viendo, además, sus hogares violados, sus mujeres escarnecidas y sus hombres reclutados en redadas para venderlos como esclavos, los pocos que en la tierra quedaban habían de sucumbir o rebelarse. Y optaron por luchar contra los opresores. Y del escarnecido pueblo surgió una mano joven y vigorosa, que clavó su daga en el corazón del tirano, el capitán Lázaro Vizcaino, jefe de las pandillas invasoras del conquistador nor-

mando. Y la Isla, al fin, pudo verse libre de la ominosa tiranía que aun recuerdan los herreños al pasar por el sitio donde dicen sucumbió el odiado gobernador.

Un nombre, bien significativo, lo ha grabado para siempre en la memoria del pueblo: "El corral del capitán Lázaro."

X

Desgraciadamente, pocos años pudieron seguir disfrutando los herreños de los beneficios del árbol-fuente, motivo de tantos afanes. Un violento huracán, desencadenado sobre la Isla el año 1610, destruyó el "Garocé" famoso, "maravilla del mundo." Desapareció el árbol-prodigio, "el de las aguas suaves, templadas y transparentes", pero quedó viva su tradición, compendio de toda una historia de gratas remembranzas y episodios dramáticos a la vez. Tradición que evoca el recuerdo de aquel feliz patriarcado herreño con su rey Armiche, sus adivinos y sus "Moreibas" sagradas, y el de aquella moza incauta, ciega de amor, que, por descubrir el secreto del árbol-fuente, pagó con la vida, en infamante castigo, su traición a la patria...



Antigua estampa del célebre árbol herreño,
El Garoé

“Este es el árbol, amigo“...

También la Gomera, la antigua Junonia, frondosa y bien poblada desde los tiempos del príncipe Amalahuige, tuvo sus árboles de abolengo histórico, de los que ya sólo se conserva su fama en algún viejo manuscrito.

Entre ellos ha perdurado el recuerdo de la llamada "Palmera de la Conquista", que cayó, como tantos otros notables ejemplares de nuestra flora, inmolada por la zafia codicia de los destructores y profanadores de las bellezas forestales de la tierra.

De gran celebridad fué también el "Aceviño de la Fuente", en el camino de Agulo al monte, donde había un pequeño manantial de aguas salobres, conocido por "Fuente de Melchor Gó-

mez". Este árbol producía cierto fruto todo el año y su copa, de hojas encarnadas y negras, brindaba grata sombra a los caminantes. En su visita pastoral a la Gomera, el obispo don Félix Bernui, se detuvo a contemplar el notable aceviño, y "tal fué el fresco y gusto que le dió", que hubo de bendecirlo. Desde entonces se estableció pena de multa para todo aquel que tocara una rama del árbol bendito.

Por lo demás, en todos los lugares de la Isla se brindaban al estudio de los botánicos las más curiosas especies, aparte de los innumerables atractivos y contrastes del suelo gomero, en el que destacaban por sus bellezas panorámicas: Benchijigua, (antigua "Corte del Señor Conde"), con su roque de Agando, sus palmerales y castaños; Alajeró, con sus almendros y morales, y sus quince fuentes de cristalinas linfas; Chipude, con su despeñadero de aguas del Obispo y su barranco de Tagaluche, lleno de sauces, palmas y naranjos; Valle de Santiago, con sus pomares de Imada y Palmarejo, su montaña del Calvario, antigua atalaya en tiempos de las incursiones de los piratas, y su barranco bordeado de ñameras, juncos y cañaverales; Alajeró, con su arroyo de Epina; Vallehermoso, con su barranco de Moncayo y sus molindas de azú-

car; Agulo, con su playa de "Las Sepulturas", por donde se embarcaban las maderas de barbusano y palo-blanco para los ingenios de Adeje; Hermigua, con su arroyo de Monforte, su arboleda de Los Alamos, sus ocho molinos, y sus montes de Ansosa, poblados de ciervos y de rumorosas fuentes...

El ilustre escritor isleño, doctor Bethencourt Alfonso, que visitó la Isla, recorriendo sus abruptas cumbres y sus fértiles valles, en acopio de datos para los estudios históricos y etnográficos que tanto le desvelaban, decía en unas interesantes impresiones de viaje, "que no era posible describir los frondosos bosques de viñáticos, con sus robustos troncos de muchos metros de circunferencia, de aceviños, hayas, brezos y laureles que coronaban sus cumbres, y de orijamas, sabinas, barbusanos y mocaneras que cubrían sus costas, todos de exuberante vegetación y vitalidad tropical; conjunto de atractivos sin cuento para los hombres amantes del estudio y de las bellezas de la naturaleza."

Suelo fértil y pródigo, de tan rica y varia botánica, que hubo de deslumbrar a aquel andariego poeta extremeño, Vasco Díaz Tanco, que a fines del siglo XV escribía en su "Triunfo Gome-ro":

“Bosque más fructífero
el orbe no lo crió,
ni pays más abundoso
que aqueste jamás se vió.”

×

En este marco, de tan vigorosos relieves, surgió el espíritu bravío de la raza, tenaz en la lucha, ágil y diestro en sus acometidas. Aficionados los primitivos gomeros a los ejercicios físicos, refieren los historiadores que apenas sus hijos podían mantenerse sobre los pies, los hacían apostar a cierta distancia y les arrojaban unas pelotas de barro para obligarles a que se resguardasen. Cuando ya eran mayores y estaban más prácticos, les disparaban piedras. Después, dardos sin puntas, y, por último, con puntas agudísimas. Y todo esto, tan impetuosamente como si disparasen con un arma de fuego.

Pues, ¿y su destreza en el manejo de la lanza? Eran casi todas de resistentes maderas de sabelina o acebuche, endurecidas al fuego, y rematadas en ambos extremos por regatones de hierro, con agudas puntas, que clavaban indistintamente en el suelo para salvar los escollos del camino o saltar de una peña a otra. En esta habilidad, los aguerridos gomeros superaban a sus congéneres, los guanches de Tenerife,

de los que es fama que, “con una lanza de nueve a diez pies, y apoyados sobre ella, saltaban desde un cerro a otro, rompiendo los terrones y guijarrales que se oponían a su paso, dejándose rodar suavemente y fijando los pies en partes que no tenían seis pulgadas de ancho.”

La lanza no sólo era cayado para el pastor sino instrumento guerrero para los nobles, como aquella del infortunado conde don Guillén, víctima de sus bélicas aventuras, a que aludía la conocida endecha:

¡Guillén Peraza!,
¿do está tu escudo?,
¿do está tu lanza?
Todo lo acaba
la malandanza...

Y una lanza, también, fué el arma fatal que motivó la trágica muerte de aquel pastor de la leyenda, caído al pie de un viejo mocán en las solitarias cumbres de Alajeró.

¿Cuento? ¿Sucedido histórico? Nada se sabe. Sólo ha quedado, como testimonio auténtico y fehaciente de la tradición, el viejo dístico gomero:

“Este es el árbol, amigo,
donde el muerto mató al vivo”.

Lo demás lo ha suplido la fantasía

rústica con ese su peculiar estilo para amedrentar a las crédulas imaginaciones. Un pastor en la soledad de la cumbre, sin más compañía que la de su lanza y su perro, guardián del rebaño aposentado en la inmediata ladera. Otro pastor que llega, enfurecido, ciego de cólera, porque el rebaño se ha internado en sus predios. La disputa airada, y, de pronto, las lanzas que se cruzan en terrible y dramático duelo. Un mocetón tendido en tierra, chorreando sangre, y unas manos aturridas que al pie del árbol socavan con la lanza el hoyo que ha de ocultar los despojos de la víctima, para evitar el castigo de la justicia. ¡Y, al final de la trágica faena, al tirar de la lanza aprisionada entre las raíces del árbol, la aguda punta que se clava en el pecho del matador, hiriéndole de muerte!

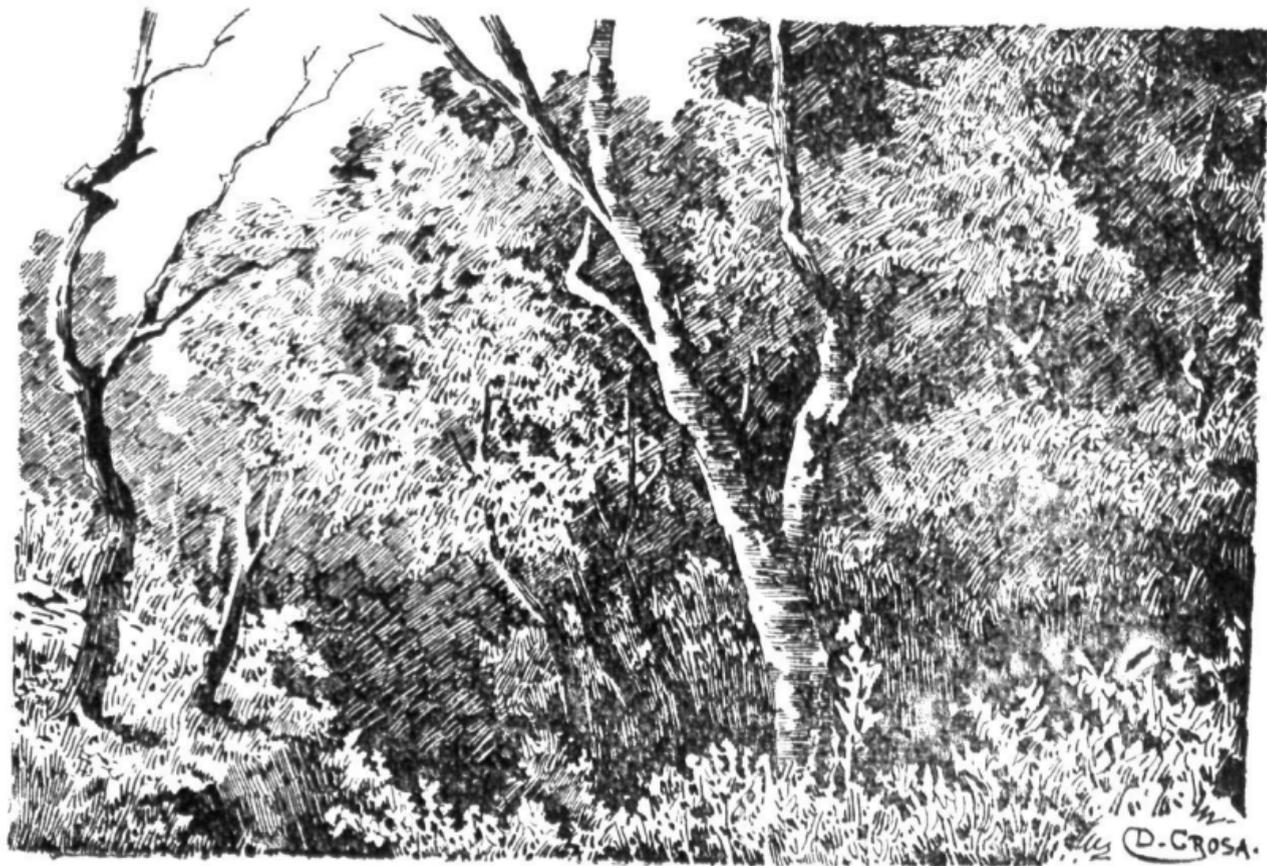
Después, algún testigo oculto entre los matorrales del monte, que corre a dar la siniestra noticia. La caravana de campesinos que se dirige a la cumbre, atraída por la novedad del suceso; el horror de la tragedia; la versión distinta, y la mudez escalofriante del viejo mocán, envuelto desde entonces en un ambiente de medrosa leyenda. "Este es el árbol, amigo..."

¿Cuento? ¿Sucedido histórico? Nadie lo sabe. Lo único cierto es que en el

mismo lugar donde parece se hallaba el famoso árbol, se erigió una Cruz que continuó evocando, a través de los siglos, el dramático suceso.

Y los caminantes de la cumbre de Alajeró, al pasar frente a la Cruz, ya no exclamaban como antaño: “Este es el árbol, amigo...” Ahora decían:

“Cata aquí la Cruz, hermano,
donde el muerto mató al sano...”



“Este es el árbol, amigo, donde el muerto mató al vivo”...

Los pinos “gordos”

¡Pinos canarios!... Arbol isleño por excelencia, único de su especie en el mundo; el más útil, el más sobrio y resistente de nuestra flora. Arbol de los mitos indígenas, de las tradiciones religiosas, de las ofrendas votivas. Arbol con justos títulos llamado "canariensi", de nombre tan socorrido entre las mujeres isleñas, tan bello y sonoro: ¡Pino!... Su historia está llena de vicisitudes y heroísmos. Porque ningunos de nuestros árboles fueron tan codiciados y perseguidos, ni supieron resistir como ellos, tan obstinadamente, la saña enemiga.

Todavía en los albores de la Conquista, apenas profanada la virgini-

dad de nuestras selvas, ya comenzaban su acoso y su exterminio. Una guerra implacable, sin tregua ni cuartel, que les obligó a buscar cobijo en las quebradas y las cimas de las montañas, en las márgenes de los barrancos, o entre las escorias volcánicas, procurando un asidero y un refugio contra la cruzada tenaz de sus insaciables enemigos.

De poco sirvieron aquellas enérgicas medidas y prevenciones del primer Cabildo de la Isla, convertidas en ley y mandato para todos los pueblos. "Que en las licencias que se dieren para cortar pinos se exprese siempre que sea obligado el que lleve la tal licencia, a mondar diez pinos pequeños por cada un pino. Que no se corten de menos frente de grueso de dos palmos, so la pena en que caen los que corten madera de pino sin tener licencia para ello. Y que ninguna persona sea osada de cortar pinos para hacer pez, pena de mil maravedís por cada un pino, y de perdimiento de la pez."

Las dilatadas áreas que abarcaban los pinares de la Isla, y que en algunas zonas extendíanse hasta las costas, quedaron bien pronto reducidas a núcleos aislados en los filos y vertientes de las cordilleras centrales. Y aun en ellas sufrieron el asedio de los que

se disputaban el botín ubérrimo de sus resinas y maderas. Maderas veneradas, "del árbol inmortal", para los indígenas, "que no se pudrían jamás ni encima ni debajo de la tierra ni dentro del agua." Maderas sagradas, que sirvieron de sarcófagos para sus reyes y de escudos y lanzas para sus guerreros. Maderas que fueron después techo, lumbre y ornato de los hogares canarios; balcón, postigo y celosía de nuestras mujeres; vigas para nuestros lagares y molinos; aperos para nuestra labranza; canalones para nuestras albercas y antorchas para nuestros pescadores... ¡Maderas privilegiadas, de acres aromas, nudosas y fuertes, resistentes y duras como las rocas isleñas!

×

De la exuberancia de nuestros pinares hiciéronse lenguas todos los historiadores. Viejos cronistas refieren que a principios del siglo XV, sólo en la isla del Hierro existían más de cien mil pinos, muchos de ellos tan gruesos, que dos hombres no podían abarcarlos. En Tenerife abundaban los ejemplares corpulentos en Los Realejos, donde las continuas talas y un voraz incendio ocurrido en 1731, que duró varios días, destruyeron totalmente sus bosques.

Fama tuvo también por sus pinos gigantes la región forestal que se extendía al norte de la Villa de la Orotava hasta los límites de las Cañadas. En esta zona, y poco antes de llegar a la antigua Cruz de la Solera, en el Monte Verde, descollaban por su altura el pino llamado del “Dornajito”, del que perdían, a modo de cabellera, grandes festones de plantas parásitas, el “Pino de las Meriendas” y el de “La Caravela”, en lo alto de la escarpada colina de su nombre. A través de estos grandes árboles, observó el ilustre viajero inglés, Mr. Edens, visitante de Tenerife a principios del siglo XVIII, cómo se incendiaban en el aire, a modo de cohetes, algunas materias sulfúreas.

Ninguno de estos pinos seculares existe ya. Todos sucumbieron como aquellos “viejos del bosque”, los “viejos de alma grande”, evocados en su “Tarde en la Selva”, por nuestro poeta Tomás Morales:

“Heridas por la muerte las savias
[vigorosas,
ved cómo el triste extiende sus ramas
[bienhechoras”.

×

Mejor suerte corrieron los pinos “gordos” en la región del Sur, sin duda por-

que la distancia y lo abrupto del lugar contribuían a resguardarlos en parte del odio y la barbarie de los perseguidores del árbol. Así han podido prolongar su existencia hasta nuestros días ejemplares tan notables como el pino de Tágara, en Guía de Isora, de brávido e imponente aspecto, y los más conocidos de Vilaflor, que el vulgo ha bautizado con el gráfico nombre de "pinos gordos".

En uno de los escenarios más bellos de la Isla, al abrigo de la pequeña cuenca coronada por las alturas de San Roque, El Sombrerito y El Guajara, a lo lejos, estos colosos de la selva son como símbolo viviente del vigor de la raza. Uno de ellos, producto de una gemelización, mide más de sesenta metros de altura y ocho de circunferencia del tronco, y cuenta en su viejo historial con el honroso título de haber sido proclamado "campeón" en un concurso nacional organizado por la Revista de Montes para premiar el ejemplar de mayor desarrollo entre todos los de las regiones españolas. Y no le va en zaga en corpulencia y majestuosidad otro existente en el sitio conocido por la Madre del Agua, de 65 metros de altura y 7.75 de circunferencia, que compite en altivez y belleza con su congénere del Monte de Agua Agria.

Todo es grato y sugeridor en el ámbito que rodea a estas imponentes moles vegetales: luz diáfana, de cielo alegre y sereno, rumor de fuentes cantarinas, aromas suaves de ardisias y codesos, y aires tonificantes y asépticos, de fama universal.

Pinos venerables, que sirvieron de baluarte a las huestes del rey Adjoña y presenciaron los arrobos místicos de aquel joven lugareño, Pedro de Bethencourt, soñador de aventuras en Indias, más tarde misionero ilustre, fundador de los betlemitas en Guatemala.

Pregoneros de la leyenda; venerables vestigios de la antigua Mirafior, célebre por sus bosques y sus fuentes, y también

“por el alto renombre que de bella tuvo una guancha en ella celebrada”.

¡Quién sabe si, a la sombra de estos ingentes pinos de Mirafior, halló su asiento la tradición famosa de las dos fuentes de las Islas Afortunadas: la de las aguas agriás que hacían llorar y la de las aguas dulces que hacían reír!... Por lo que no se podía beber de la una sin buscar el remedio y el consuelo de la otra...



Los pinos "gordos", de Vilaflor.

El pino de Buen - Paso

**¡Adiós, pino de Buen-Paso,
adiós, Santa Catalina,
adiós, San Juan de la Rambla,
ya se va quien te quería!...**

(Copla popular)

Camino del Norte. Todo él era una bóveda de follaje. Un manto de verdura prendido de las altas cumbres de Tgaiga, que se extendía por las vertientes de las montañas y los cuencos de los barrancos hasta los acantilados de la costa. Caminando de la Orotava para Garachico—decían los cronistas, allá por el año de 1600—pasábase en medio de un bosque lleno de cedros, cipreses, laureles, acebuches, lentiscos, sabinas, palmas y pinos, cuyo

agradable perfume transportaba el aire a las cercanas comarcas. Y tal era la abundancia de estos árboles que los toneles para el vino se fabricaban con sus maderas.

Los Realejos, San Juan de la Rambla, Icod, Garachico, todas eran zonas de pinares bordeando las huertas de viñedos, escalonadas a lo largo del camino, desde las lindes de los montes hasta las orillas del mar. Entre estos pinares sobresalían los de la vertiente oriental de Icod de los Vinos, en los que abundaban las "pinetas" (¿Pinos hembras?), diferentes de los demás por su copa redonda. Estos pinares llegaban hasta el barrio de Buen-Paso, distante unos cinco kilómetros de la industriosa Villa, tan reputada por sus cepas y lagares como por sus manufacturas de sedas, encajes, tafetanes y terciopelos.

En este barrio de Buen-Paso, de tierras fértiles, cubiertas de pámpanos en su mayoría, destacaban por su extensión y el ornato de árboles—manzanos, perales y naranjos—las del Mayorazgo del Hoyo, Marqueses de San Andrés; fincas que llevaban, y aun conservan, los nombres familiares de "El Vizconde" y "La Vizcondesa".

Por estas tierras anduvo, pues, aquel galante y cumplido caballero, don Cris-

tóbal del Hoyo y Solórzano, Vizconde de Buen-Paso, de cuyas aventuras y donaires se hacen lenguas todas las crónicas. Y andaría, seguramente, en aquella época en que, cansado de sus correrías por el mundo, pensaba filosóficamente, con certera ironía, "que dos amigos de gusto valían más que cien, y dos damas sin embustes o dos pastoras con medias más que doscientas con mil caprichos y doscientas necedades."

Y recorrería a diario sus viñas, visitaría sus bodegas y tornaría a meterse en su casa de campo, perfumada por los azahares de los naranjos, a repartir, cuando lo había, el sobrante de sus dineros entre los pobres, "sin el embuste de darles de comer carnes ciertos días, sino pan y arenques, camisas y sayos..."

Era en los años prósperos del comercio de los vinos, los acreditados "vidueños" y "malvasías" de Tenerife, más célebres que los de Grecia y de Falerno, de estima tan universal, que hubo de instituirseles como premio del rey de Inglaterra al mejor vate del reino. Y es fama que, cada año, el laureado poeta percibía, como galardón y recompensa, un regalo de cien libras esterlinas... y una barrica de vino de Tenerife.

Al norte de las citadas fincas de "El Vizconde" y "La Vizcondesa", y en la encrucijada del viejo camino de herradura que conducía de la Orotava a Buenavista, se alza una pequeña ermita, —la de Nuestra Señora de la O—, y en sus cercanías un corpulento pino, con un rústico altar de mampostería rodeando el tronco, y sobre el altar tres cruces de madera, medio carcomidas por el tiempo. ¡He allí el Pino de Buen-Paso, de tan luenga edad, que se le considera coetáneo de la Conquista!

De este árbol y de la ermita situada en sus alrededores, nos suministra algunos datos el culto cronista icodense, Emeterio Gutiérrez, tan conocedor de todo lo tradicional y típico de su región, y tinerfeñista de verdadero abo-lengo.

El anciano pino ha sido siempre considerado como "árbol sagrado" por los vecinos del lugar, que sostienen la tradición, heredada de los más remotos tiempos, de que en el ara de tosca piedra que rodea el agrietado tronco del árbol, ofició una misa el capellán que acompañaba a las tropas conquistadoras cuando éstas, tras las paces solemnes de los Realejos, destacaron sus avanzadas hacia el antiguo reino de Bellicar.

Respecto a la ermita se ignora exac-

tamente la fecha de su fundación, pero existe una escritura pública, otorgada en enero de 1618, por el vecino de Dautte, Gaspar Jorge, instituyendo un tributo a favor del santuario de Buen-Paso, sobre una huerta de viña y lagar en el término de Los Silos.

El 13 de diciembre, festividad de la Virgen, se recogía limosna con la Cruz alzada y demás símbolos religiosos en una casa que el capitán Martínez Alayón poseía en Icod, para lo cual había dispuesta una sala en la parte baja del edificio. Y de allí fué trasladada la imagen a la ermita de Buen-Paso, que a la sazón se hallaba en reparaciones, continuando después su culto en el primitivo santuario.

X

Desde aquella fecha—va ya para más de tres siglos—el pino de Buen-Paso y la Virgen de la O han vivido, puede decirse, en estrecha e inseparable vecindad, juntos en la soledad de la campiña, acariciados por las mismas brisas de las cumbres cercanas.

Desde entonces también, cada año, la pequeña ermita se acicala de blanco y se engalana con palmas y laureles para celebrar su fiesta mayor, el día de Santiago.

Una abigarrada multitud de labrado-

res invade la plaza de la ermita, y a la hora de la procesión se apiña tras las andas enramadas de la Virgen. Danzas y tamboriles acompañan su marcha, lenta, ceremoniosa, hacia el cruce del antiguo camino de herradura, sombreado por las ramas del pino centenario, que parece extender sus brazos acogedores sobre la alegre romería. Póstranse los viejos de rodillas, persigúnanse las mozas, y ante las tres cruces del altar de piedra donde se dice ofició el capellán de las tropas conquistadoras su primera misa, la multitud prorrumpe en aclamaciones y "ajijides". ¡Viva, viva el pino de Buen-Paso!...

La escena tiene sabor de égloga virgiliana. Repica alegremente la esquila en la espadaña de la ermita; reverbera el sol de Julio sobre la campiña alborozada, y flotan al aire los pañuelos de las mozas, en profusión de colores: blancos, gualdas, anaranjados, rojos encendidos... En la lejanía, sobre la mancha verde de los pinares que cubre las lavas del volcán, alza el Teide su cono gigante entre una gola de nubes. Susurra el viento en la copa del pino, y sus ecos, de acentos musicales,—sinfonía de silbos, de cadencias varias—, parece como una salmodia del viejo árbol a la Virgen de la O.

Torna la comitiva a la plaza de la

ermita; se aleja el rumor de los tambores y el “tajaraste”, y vuelve a sumirse el pino en el silencio y soledad de su retiro. ¡Hasta el año siguiente, que reaparezca la romería con sus músicas pastoriles y sus mozas risueñas!...

×

¡Pino del Buen Paso! ¡Inseparable guardián de la Virgen de la O! ¡Cor: qué emoción se despedían de él los emigrantes, al alejarse del Valle, rumbo a las Américas, con su hatillo de ilusiones y recuerdos al hombro!

¡Adiós, pino de Buen-Paso,
adiós, Santa Catalina!...



El pino de Buen-Paso, en Iéod.

Otros pinos históricos

Entre los antiguos pinos de Tenerife, igualmente asistidos de tradición religiosa, hemos de mencionar, por su relieve histórico, el que se eleva junto a la vieja iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, en la pintoresca Villa de la Victoria de Acentejo.

Al joven historiador tinerfeño, Buenaventura Bonnet, uno de nuestros más reputados eruditos, se debe la divulgación de interesantes antecedentes de este pino, que puede catalogarse, como su congénere de Buen-Paso, entre los árboles merecedores de la veneración y respeto del pueblo isleño.

“En el lugar—nos dice—donde ganó la célebre batalla el conquistador Fernández de Lugo, dispuso el general que se

levantara una ermita, dedicada a la Virgen de los Angeles. La ermita era primero de piedra seca, y como no pudiera resistir el peso de las campanas, se aprovechó una de las gruesas ramas de un alto pino que junto al sagrado lugar existía para sostener una campana que anunciara a los fieles los oficios divinos”.

Investigando en el archivo de la Iglesia de la Victoria, el señor Bonnet halló una disposición del Obispo Cervera, ordenando se cortaran los gajos del pino que caían sobre el camarín de la Iglesia, ante la amenaza de una considerable ruina para el edificio; que se tapiara a cal y canto la ventana del camarín que miraba a la parte del osario y que se cortara también el laurel que estaba por demás en aquel sitio...

“Las reformas del prelado—termina diciendo el señor Bonnet—se cumplieron al pie de la letra. Hemos tenido ocasión de ver la ventana del camarín tapiada que se destaca perfectamente del resto de la pared, y el pino conserva aún el muñón de donde salía una rama en dirección a la iglesia, que fué sin duda la que sostuvo en otro tiempo la campana de la humilde ermita de piedra seca.”

La Villa de la Victoria se ufana de conservar este pino venerable, testigo

de uno de los episodios más culminantes de la Conquista: el triunfo de las armas castellanas de Fernández de Lugo tras la jornada trágica de la Matanza de Acentejo.

×

Otro pino histórico, el de la Villa de Teror, de tradición tan conocida, ha dejado recuerdo imperecedero por su legendaria fama, avivada por la fe religiosa y el culto de que fué objeto durante varias centurias en la isla de Gran Canaria.

La vieja y donosa leyenda corre todavía de boca en boca en el pueblo de Teror. Una luz en lo alto de un pino que infunde temor a los gentiles. Un prelado animoso, don Juan de Frías, que sube a la copa del árbol y encuentra una hermosa estatua de Nuestra Señora, de unos cinco palmos de alto, sobre una peana de piedra blanca, y a su alrededor dos pequeños dragos, entre verdes festones de culantrillo, “tan fresco y tan lozano como si estuviese en un peñasco, regado de algún manantial.”

Al pie del pino, que era muy frondoso y de ancho tronco, corría una fuente, “hasta que habiéndola cercado de piedras un cura ávido, y puéstole llave para que contribuyesen con limosnas los que acudían a sus necesidades a buscar

el remedio, no tardó la codicia en secar aquella piscina saludable.”

Del descubrimiento famoso, hecho por don Juan de Frías en la copa del centenario árbol, surgió la fervorosa devoción que el pueblo canario viene profesando desde entonces a la Virgen del Pino, Patrona de la Gran Canaria, tan lodada en romances y en viejas coplas populares.

La Virgen del Pino es mía,
que en el pinar me la hallé,
cogiendo ramos de pinos
para su hijo Manuel...

cantan aún las romerías en recuerdo del memorable suceso, y la antigua copla pone temblores de emoción en los labios de los isleños ausentes, que llevan siempre sobre sus pechos una medalla o un recuerdo de la Virgen del Pino..., la de la lucesito encendida en medio del solitario pinar.

Una mañana del mes de abril de 1684, el vecindario de la Villa de Teror se despertó con la sorpresa de ver que el viejo pino inclinaba su tronco sobre las paredes del santuario de la Virgen, que se había edificado junto a él; sacóse precipitadamente la imagen de la Iglesia, y a los pocos momentos el árbol se derrumbaba con estrépito.

Los historiadores, al narrar el suceso,

atribuyen la ruina del pino a habersele convertido en campanario y no poder resistir los gajos la pesada carga.

X

Y hemos de mencionar, por último, otro pino de nombradía histórica, el de la Villa de El Paso, en la isla de La Palma, que se considera igualmente contemporáneo de la Conquista. En su tronco se hallaba tallado un nicho con una pequeña imagen a la que rendían culto los campesinos.

“Un leñador de la vecindad,—contaba M. Berthelot—, adelatábase todas las noches, recogido y silencioso, hacia la capilla para encender un farol. Cuando se pasaba, al entrar la noche, al lado del Pino santo, la lámpara que velaba solitaria en medio de la oscuridad, daba una impresión de recogimiento. Varios leñadores, que acababan de terminar su faena, regresaban cantando a la aldea.

—Estos árboles—me dijo uno a quien pregunté—son el sustento de nuestras familias; nuevos, nos suministran sus ramas y su resina; viejos, nos aprovechamos de su madera.

—¿Y cuándo se acaben? ¿Quién os alimentará?—les dije.

—Los pequeños se hacen grandes, y nuestros hijos hallarán otros.

—¿Respetaréis al menos el Pino Santo?

A esta pregunta, el buen hombre se detuvo, y luego dijo:

—Esos no nos pertenecen a nosotros.

—¿A quién entonces?

—¡A la Virgen!—exclamó humildemente, quitándose el sombrero.”

×

La veneración religiosa que estos árboles inspiraban al campesino canario, les preservó de la codicia y contribuyó a que prolongaran su existencia durante siglos mientras caían a centenares, cercenados por el hacha o barridos por las llamas de los incendios, los pinos que embellecían nuestras cumbres. ¡Pobres víctimas propiciatorias de la zafiedad rural!



El pino de la Victoria de Acentejo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ALCOSA

Los dragos milenarios

¡Dragos!... He aquí a los magnates de nuestra flora. Recios, ciclópeos, sombríos, todo en ellos tiene un sello característico de grandeza, de monumento prehistórico, que no lograron remover ni reducir a pavesas las fraguas de los volcanes. Fuertes e incommovibles en sus sillares de roca, ahincan sus raíces en el corazón de la tierra, y el jugo que la sorben lo convierten en savia de color de púrpura.

¡Qué adustez tan especial tienen estos árboles milenarios, que no han logrado "familiarizarse" con el pueblo! Recluidos generalmente en solitarios lugares, a extramuros de los pueblos, en oquedades sombrías como los del barranco del Infierno, en Adeje, o en las escarpas

de las rocas, como los de "Los dos riscos", de Taganana, dijérase que les atrae la soledad. Misántropos del reino vegetal, dan siempre, al contemplarlos, una sensación de rigidez, de aplomo, de consistencia pétrea. Pasan los ciclones sobre ellos, y ni siquiera estremecen sus ramas. Los vientos se desflecan en sus hojas cortantes y aceradas como dagas, y acálianse sus rumores bajo la copa sombría, de recia urdimbre, como si temieran despertar al monstruo dormido...

Apologistas ilustres—Humboldt, Dumont D'Urville, Leopoldo de Buch, Lecerq, entre otros—han ensalzado su belleza, considerándolos como una de las especies más curiosas del mundo vegetal. Por su parte, el conocido escritor español, Eugenio Noel, lamentábase de que todos hablasen de ellos, menos los escritores nacionales. Lo mejor que se ha escrito sobre la vegetación de Canarias, decía, es extranjero, alemán casi siempre. "Y, no obstante, —añadía—, vale la pena de trasladarse a Iccó, aun con los ojos llenos del deslumbramiento de la Orotava, y ver al Teide desde el drago, desde su sombra legendaria y prehistórica contemplar aquel cono impasible, lleno de sol, que sacude los nervios con bárbara valentía. Desde ninguna parte el Teide

es más bello. Y hasta esa belleza parece prestársela el árbol. Dignos el uno del otro, este gigante vivo inspira la idea de que ha de perpetuarse en el tiempo más, mucho más, que la mole muerta del enorme picacho.”

Y un ilustre botánico, gran enamorado de nuestros árboles, el doctor Masferrer, recordando que los aborígenes del Archipiélago veneraban el drago como un genio bienhechor, decía que debiera castigarse al que se atreviera a cortarles algún gajo y premiar, en cambio, al que mejores y mayor número de ejemplares hubiese propagado en cierto espacio de tiempo. Y añadía que donde existió el célebre drago de la Orotava debiera erigirse un *monumento histórico*, con cuatro jóvenes dragos que señalaran en su alrededor los cuatro puntos cardinales.

X

La edad de estos monstruos vegetales ha sido objeto de grandes disquisiciones científicas. Todas coinciden en que tales árboles existían mucho antes de la Conquista, corroborándolo las escrituras de datas que hicieron los conquistadores al repartir las tierras ocupadas por los bosques, respetando los dragos. Piazzi Smith cifraba la edad del antiguo drago de la Orotava en

cuatro o cinco mil años, y como prueba de su antigüedad se cita el testimonio de Cadamosto, de que al visitar Tenerife, a mediados del siglo XV, ya se encontraba el árbol en decadencia.

Otro tema de discusión científica ha sido la procedencia de esta especie. Algunos la consideraron oriunda de las Indias orientales o del Norte de Africa. Otros, como los señores Webb y Berthelot, tan conocedores de la flora canaria, a la que dedicaron largos y minuciosos estudios, coinciden en que se trata de una especie indígena comprendida en las del primer clima, y particular de nuestro Archipiélago, así como de la Madera y Porto Santo.

No ha faltado tampoco algún historiador, dado a la fantasía y a la leyenda, que ha creído ver en estos árboles el fabuloso Dragón de las Hespérides, guardador de las manzanas de oro, ni quien, más explícito aún, asegurase haber descubierto, a través de su lente, la imagen del monstruo terrible reflejada en el interior del fruto.

En cuanto a su clasificación botánica, algunos autores los incluyen en la familia de las palmas; otros, en la de los lirios por la forma de sus brazos, redondos y lisos, de cuyos dedos parte la hoja, "semejante a la del lirio cárdeno", y casi todos los consideran per-

ténecientes a la clase de los espárragos por la especial estructura de su tronco sin madera, de sustancia esponjosa, que utilizaban los indígenas para rodelas o construcción de corchos para abejas.

X

Entre los dragos que más celebridad han tenido en la isla debe citarse, en primer lugar, el que existía en el antiguo jardín de Franchy, en la Villa de la Orotava. Su fama trascendió a todos los países del mundo, y en libros y crónicas aparece mencionado como una de las grandes maravillas de la Naturaleza.

Piazzzi Smith, que lo muestra en curiosa estampa litográfica, le dedica extensas páginas en sus impresiones de viaje. ¡Pobre y anciano árbol, exclama, cuyo tronco está hueco! Cuando Lugo y sus conquistadores, en 1496, establecieron allí el dominio español, su tronco sirvió de capilla para la celebración de los santos misterios: antes sirvió para las reuniones drúidicas entre las tribus guanches por muchos siglos. ¡Cuán frágil no está ahora! Una tempestad, en 1819, arrancó una rama, y más recientemente unos bárbaros cortaron un trezo grandísimo de su hueco tronco para el museo de Botánica de Kew. Así que, en vez de cre-

cer en anchura, este árbol se iba aniquilando, hasta que el señor Marqués del Sauzal, propietario inteligente, entró en posesión de él.

Por su parte, el naturalista Le Dru, de la expedición francesa del año 1796, dice: "Ví en el jardín de Franchy un drago, el más hermoso de cuantos hay en las islas, y quizás en todo el globo: tiene 20 metros de altura, trece de circunferencia en su parte media, y veinte y cuatro en su base."

Entre los gajos de su elevada copa había una mesa, con asientos para catorce personas, en la cual se sirvió un banquete el año 1792, en honor de la embajada inglesa, presidida por lord Macartney, que hacía viaje para el Extremo Oriente. La distinguida comitiva pudo albergarse perfectamente en el amplio espacio que dejaban los cuatro grandes brazos del árbol, donde se improvisó una sólida plataforma con galería exterior para el servicio y una cómoda escalera para subir a ella.

Desde los "ventanales" del original comedor, abiertos a los cuatro vientos, pudieron admirar los ilustres comensales los distintos paisajes del Valle, desde las lejanas cumbres de los Realejos hasta las orillas de la costa, orlada de blancas espumas. ¡Un espectáculo que sólo podía ofrecerles Tenerife con su

gigantesco drago y su maravilloso escenario!

En junio de 1819, un violento huracán destruyó la soberbia copa del drago, quedando únicamente el tronco, en el que se colocó una plataforma para tapar la hendidura abierta e impedir la infiltración de las aguas, y así se conservó hasta el año 1867, en que otro huracán acabó de destruir el histórico árbol, verdadero monumento de la Naturaleza, que causaba la admiración de propios y extraños.

X

Otro de los dragos notables de la Isla, por su majestuoso porte y su amplia y bien contorneada copa,—el de Santo Domingo, en La Laguna—, era el horóscopo de los campesinos para sus barruntos del tiempo. Si el árbol florecía por el lado norte, el año era de lluvia en los altos; si por el sur, tiempo de costa. Y ¡ay de nuestros campos cuando los dragos no florecían! A este propósito, un observador anotó el hecho de que el año 1851, que fué de espantosa sequía en la Isla, florecieron todos los dragos al llegar el mes de agosto. Al siguiente invierno, las lluvias fueron generales en las islas, y costas y medianías se cubrieron de verdes sembrerías.

De este drago, como de los demás, se extraía por incisiones en el tronco un jugo resinoso de color encarnado, que al contacto del aire se solidificaba en la corteza; tal era la famosa "sangre de drago", de la que decía un escritor extranjero: "Estando la luna llena sudan estos árboles una goma clara y colorada, mucho más astringente que el "sanguis draconis", que nos viene de Goa y de otras partes de las Indias orientales, porque los judíos, que son los droguistas de esos lugares, para ganar y engañar lo fálsifican y multiplican con tantos ingredientes que de una libra hacen cuatro".

Este preciado producto fué objeto de un gran comercio con los antiguos romanos y hasta el siglo XIX con muchos países de Europa que lo utilizaban para curas medicinales, fabricación de tintes y barnices y especialmente para usos dentríficos. La industria llegó a ser de tal importancia que se estableció diezmos sobre ella, proporcionando considerables ingresos al erario insular.

El escritor Bory de Saint-Vincent, que en 1804 visitó el drago de La Laguna, decía hablando de la famosa droga isleña: "La mayor parte de los viajeros de nuestra expedición de exploradores, adquirieron en La Laguna, en un con-

vento donde había unas encantadoras religiosas, paquetes con residuos vegetales de color encarnado (“sang de dragón”), que les recomendaban para la conservación de dientes y encías. El mejor elogio que puede hacerse de la pequeña mercancía es que las jóvenes religiosas tenían todas la “boca fresca y bella”.

X

De los demás supervivientes de la especie, que son motivo de orgullo para Tenerife por el interés que despiertan entre cuantos extranjeros visitan la Isla, corresponde el título de honor al drago de Icod, considerado como el más antiguo del Archipiélago.

Los naturalistas han coincidido casi todos en asignarle una edad de más de 3.500 años. Su base tiene un perímetro de doce metros y la altura del tronco, hasta la copa, más de catorce metros.

Hasta tal extremo es famoso y digno de estudio este árbol, que siendo ministro de Fomento el señor Gasset, en un Decreto que publicó sobre Parques Nacionales, en febrero de 1917, decía: “Igualmente deben catalogarse todas las demás particularidades aisladas notables de la Naturaleza patria, como grutas, cascadas, desfiladeros, y los ár-

boles que por su legendaria edad, como el Drago de Icod, por sus tradiciones regionales, como el "Pino de las tres ramas", junto al santuario de Queralt, o por su simbolismo histórico, como el Arbol de Guernica, gozan ya del respeto popular."

El gigantesco drago, consignaba también en un informe oficial el ingeniero jefe de Montes, señor Ballester, "simboliza el ocaso de una flora antidiluviana, tan próxima a ser del dominio paleontológico, que acaso sean estos ejemplares que nos restan en Canarias y otros muy contados del continente africano, la última representación del paso de esta colosal especie por nuestro planeta."

El año 1907, con motivo de una visita que hicieron a esta Isla los profesores y alumnos del Colegio Politécnico de Zurich, estuvieron en Icod ocho días dedicados a estudiar el drago y sus características más esenciales. De dichos estudios dedujeron que su edad era de 2.500 años.

En los últimos tiempos, el árbol ha sido objeto de solícitos cuidados por parte de la Municipalidad de Icod, lo que habla muy alto de la cultura de sus habitantes, contrastando con la enemiga que en pasadas épocas se sentía en Tenerife por todo lo que re-

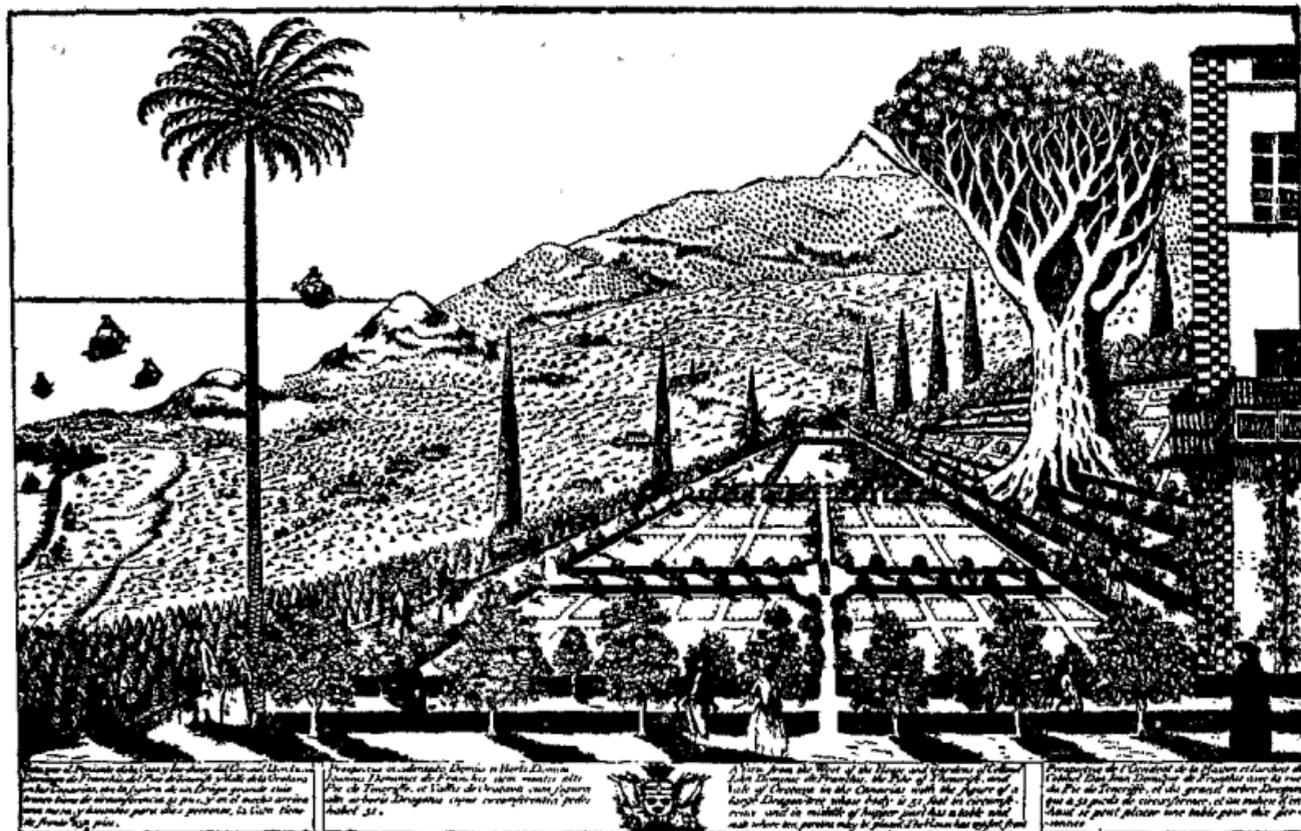
presentaba belleza y ornato para nuestra tierra. Refiere a este propósito el señor Masferrer, el siguiente episodio:—Hace ya no sé cuántos años que al propietario del hermoso drago de Icod se le había ocurrido cortar el árbol porque le perjudicaba. Acertó en aquel mismo tiempo a ir a Tenerife un naturalista inglés que, con el propósito de ver todo lo que de notable tiene la isla, fué a Icod con el principal objeto de estudiar aquel famoso ejemplar de drago.—“Muy a tiempo ha venido usted, le dijeron al llegar a Icod. Dentro de poco no habría podido usted satisfacer los deseos de ver el citado árbol, ya que su dueño lo va a cortar de un día a otro.” “¡Ah!—exclamó sorprendido el inglés—en este caso ya no sólo me interesa ver el árbol, sino que quisiera, además, tener el gusto de conocer a su dueño.”—“¿Y para qué?”, le preguntaron.—“Para pedir su retrato, que pienso publicar en alguno de los periódicos ingleses ilustrados, poniéndole al pie: “Fulano de Tal, canario civilizado aún, que acaba de cortar el más hermoso drago de Tenerife.”

Afortunadamente, el histórico árbol sigue en pie, venerado y admirado de todos, y continúa exhibiéndose al visitante, con su rugoso tronco carcomi-

do por los siglos, como una de las más notables curiosidades de la Isla.

Admirable vestigio del pasado, bien puede decirse de él, como de la vieja encina de Gabriela Mistral:

“El peso de los nidos fuerte no te ha
[agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir,
no ha agitado tu fronda sensible otro
[cuidado
que ser ancha y espesa para saber cu-
[brir.”



El antiguo jardín de Franchy, en la Orotava

Palmeras canarias

No se concibe un paisaje canario donde no luzca la silueta grácil, ondulante y bella de la palmera. Sin su penacho alegre, nuestras campiñas parecen vestir de luto. En cambio, cuando su verde abanico se recorta en el cielo azul, hasta los lugares más sombríos, de ambiente más melancólico, se tornan plácidos y sonrientes.

¡Palmeras canarias! Puede decirse que no había un palmo de tierra en las islas que no contara con uno de estos emblemas de paz, airón señero, guías y jalones del caminante... De ahí que se prodigara tanto su nombre en nuestro suelo: Valle del Palmar, El Palmito, Palmitales, Río de las Palmas... Abundaban en todas las latitudes. En las

altas colinas y en los hondos barrancos; en el regazo de los valles y a las orillas del mar. Solas, en parejas o en grupos. Algunas ocultas en las umbrías de los bosques, otras al lado de corpulentos dragos, como una bella silueta femenina junto a la recia masculinidad de nuestros árboles milenarios. Castas doncellas seducidas por los hércules de nuestra flora, que parecen acercarse a éstos con temor...

¡Palmeras canarias! Antiguas atalayas guerreras..., ¿qué sería de nuestra tierra sin la nota de color y belleza de sus airosos penachos?

X

La historia de nuestras palmeras arranca de los tiempos más remotos. Desde las expediciones del siglo catorce, ya hacen mención los cronistas de los grandes bosques que existían en Gran Canaria. Posteriormente, a la llegada de los conquistadores a aquella Isla, decidieron dar el nombre de Las Palmas a la incipiente ciudad, antes llamada del Guinguada, en atención, según el P. Sosa, a haberse hallado tal número de palmeras, "muchas tan desmedidas en lo alto, que parecían se avecinaban con las estrellas; algunas de las cuales, añade, conservan hoy sus ciudadanos, lo uno por ser de quienes to-

mó la ciudad tan remontado nombre, y lo otro porque sirve su altura en muchas ocasiones de fijo norte para que los mareantes vengan por ellas en conocimiento del parage en que se hallan.”

También fué de renombre histórico el palmar de Fuerteventura, ya mencionado en anteriores páginas. Era conocido por el “Río de las Palmas”, y he aquí cómo lo describen los cronistas que acompañaban a Gadifer en su primera incursión en aquella Isla. Marchaban por la orilla del arroyo cuando se encontraron los expedicionarios con Ramonet de Lenedan que les esperaba “ a la entrada de las palmeras”. Esta entrada se hallaba tan cerrada, que era una maravilla; tendría de largo dos tiros de piedra, y de ancho dos o tres lanzas. Allí les fué preciso quitarse los zapatos para no resbalar sobre las piedras del pavimento, que se hallaban tan lisas, que no era posible sostenerse en ellas sino con pies y manos, y aun era preciso que los de detrás apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante. Después de este paso, entraron en un valle, llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua. En este valle se podían contar más de ochocientas palmeras, que lo cubrían con su sombra, separadas en grupos de

ciento y ciento veinte, de más de veinte brazas de alto, y cargadas de hermosos racimos de dátiles, que era una delicia verlas. Y en aquel sitio se detuvieron unos momentos a descansar, bajo las sombras de las palmeras, a la orilla de uno de los arroyos...

X

En Tenerife sobresalían los grandes núcleos de palmeras de la Matanza, la Victoria, Santa Ursula, Buenavista y el Valle del Palmar, hoy totalmente yermo de arboleda después de ser uno de los lugares de la Isla de más fecunda y productiva vegetación.

Con ello perdió nuestro suelo, al par que la galanura y belleza de estos árboles, las ópimas cosechas de dátiles que eran sustento y riqueza de sus habitantes.

En otras islas, como en la Gomera, además de los frutos, era objeto de una importante industria el jugo de la palma, que proporcionaba grandes cantidades de miel (cerca de una barrica cada árbol), y un sabroso licor, conocido por "garapo", de agradable sabor a limón.

Y, sin embargo, este árbol tan útil, y de tan alto valor ornamental, va desapareciendo de nuestras islas.

Uno de los ejemplares más históri-

cos, la llamada "Palma de la Conquista", en el pueblo de Alajeró, fué derribado hace unos años "para convertir su tronco en tablones destinados a la venta."

Y otro ejemplar notable por su antigüedad, el que existía en el jardín del Marqués del Sauzal, en la Orotava, cayó abatido por un huracán en el año 1918. Tenía una altura de veintinueve metros y había resistido hasta entonces los más furiosos temporales sin perder su bello y gallardo perfil.

×

¡Palmeras canarias! Antiguas atalayas guerreras..., ¿qué sería de nuestra tierra sin la nota de color y belleza de sus airosos penachos?



Palmeras canarias

Los álamos de San Diego del Monte

Cuantas descripciones han llegado hasta nosotros sobre el primitivo bosque de San Diego—la pequeña floresta lagunera, de gratas umbrías, solaz de los ojos y del espíritu—coinciden en ponderar sus bellezas y las del espléndido marco que le rodeaba. Perspectiva alegre y dominante, una espesa arboleda de robles, castaños y laureles, poblada de millares de aves canoras—mirlos y capirotos, horneros y canarios—, una fuente, al filo de la cumbre, vertiendo sus arroyos entre grandes helechos, y tendida al pie del collado la extensa laguna cubierta en parte de mocaneras y madroños.

Tal era, según todos los testimonios, el cuadro que ofrecía San Diego del

Monte, recostado en las faldas de la verde colina, bajo la clara luz del cielo de la Vega. Y si hemos de dar crédito también a un ilustre viajero y escritor inglés, Edmond Scory, que a finales del siglo XVI residía en Tenerife, a la belleza del paisaje se unía el más agradable pasatiempo, por el gran número de halcones que todas las tardes volaba sobre el lago y que los negros, con sus ondas, hacían levantar al lanzarse feroces sobre los pájaros.

Este mismo autor, al hacerse lenguas de tales espectáculos, refería el caso de uno de aquellos halcones nacido en la Isla, que el Virrey o Comandante general había enviado como presente al Duque de Lerma, y que, en un vuelo, regresó desde Andalucía a Tenerife en dieciseis horas, y fué recogido, medio muerto, "trayendo las pihuelas del Duque que tenía puestas al tiempo que desapareció."

×

Transformada después la selva en cenobio de una comunidad franciscana, comienzan a abrirse los primeros senderos del bosque, a clarearse sus malezas, a filtrarse el sol a través de la compacta fronda, entretejida de yedras y jibalveras. Y por las húmedas vertientes las sendas abiertas entre el bos-

caje, “confusas calles de verde laberinto”, se afanan en llegar a lo alto del cerro. Allí estaba el regalo y la frescura de la fuente, y hacia ella se dirigían ansiosos los pasos de estos primeros moradores de la selva: abejas místicas que comenzaban a labrar su panal entre las quebradas de las rocas y los troncos de los árboles.

×

Abajo, en la Vega, transformábase también el panorama. Ya las aguas no cubrían la extensa llanura; ahora se replegaban al lecho de los barrancos o al refugio de las albercas. Ya las tierras hinchadas de humedad lucían a su capricho las galas y colores de cada estación: verdes de henos, azules de heliotropos, amarillos de retamas, rojos de amapolas... Ya cada recodo, cada rincón de la Vega, tenía su característica y su nombre: las Gavias, con sus eras; la Madre del Agua—miniatura del lago—, con sus juncos y sus garzas emigradoras, de blancos plumajes; la Fuente de Cañizares, con sus dalias y girasoles...

×

En tanto, arriba, en San Diego del Monte, crecían ya lozanos los álamos al socaire del santuario, bajo la cruz

de la espadaña. Más que para exorno, parecían puestos allí para custodios de la fe. No habían sentido todavía el rigor de los cierzos ni habían presenciado los atuendos guerreros, como aquellos otros árboles de las fronteras montañas, testigos de episodios bélicos y gestas memorables. La vida, a su alrededor, se deslizaba siempre igual, contemplativa y monótona, sin mutaciones ni disonancias. Siempre las mismas escenas e idénticos personajes. Y entre las diversas siluetas, una de trazos vigorosos e inconfundibles: aquella figura, tan familiar y característica, de Juan de Jesús, el rústico monje—tuerto, jiboso y de raído sayal—, que para habitación había fabricado una pequeña choza, techada de paja, al cobijo de los álamos. Todas las mañanas, a la misma hora, veíasele bajar de la fuente, con su cántaro al hombro, y sus plantas desnudas sorteando las escabrosidades y las guijas del áspero camino, orillado de zarzas. Otras veces guardando las bardas de los asaltos de los brutos que pacían en la llanura: “unos mastines que apocaban las limosnas de los pobres y proponían los medios de su multiplicación a los mozos que vivían en aquel recogimiento, tan abstraídos y apartados de las imaginaciones del vicio.” Temo-

res que él, en su burda filosofía, explicaba de este modo: “¿Los mozos no son mozos? ¿No son hijos de Adán?”

X

¡Cuántas veces, en el rigor de las sequías, se le vió verter el agua de su cántaro al pie de los álamos de la ermita! ¡Y cuántas, también, a la sombra de la arboleda, oyósele aquella oración suya, al sonar la campana: “Bendita sea la hora en que mi Señor encarnó, nació y se llamó Jesús!”

Y así, entre estos vulgares quehaceres y sus diarias y cruentas mortificaciones, veintisiete años de vida en la clausura, con sólo una escapada por semana para coleccionar limosnas de pan. ¡Pan de trigo, de abundantes migas, que siempre sobraba en las tahonas de la ciudad y en el yantar de todos los vecinos!

X

Con la desaparición del lego famoso, comenzó a retraerse de San Diego del Monte aquella su brillante parroquia de personajes ilustres—Capitanes generales, corregidores y caballeros cruzados—y de aristocráticas damas y devotas doncellas que acudían a contar sus cuitas al Siervo milagrero, que a los pecadores caídos socorría y a los dudo-

sos iluminaba con sus consejos. Y comenzó también, al correr de los años, la decadencia y ruina del santo lugar. Poco a poco fueron ahuyentándose sus moradores o extinguiéndose de vejez y privaciones, y el que había sido confortable cenobio, lugar de grato recogimiento, terminó por desaparecer del todo.

X

Ya los senderos del bosque quedaban libres a las plantas profanadoras; ya había enmudecido la campana en la vieja espadaña; ya los mastines que pacían en la llanura podían asaltar las bardas, sin estorbo alguno. Y vino la devastación sin piedad, la obra destructora del bosque y del histórico santuario, preciada fundación del regidor Juan de Ayala. Oigamos a un gran artista y escritor del país, el inolvidable Manuel Picar, clamando indignado contra tanto expolio: "Una mano profana—decía—ha maltratado las pinturas murales del vestíbulo del Convento, y otra mano ignorante o criminal ha llenado de arañazos y raspaduras las de más valor de la Casita del Siervo. Un horno de tejas y ladrillos aniquiló las últimas raíces de los árboles del monte. Lector: Si eres artista, si sabes tributar un recuerdo al pasado,

si tus ojos tienen lágrimas, no vayas a San Diego del Monte...”

×

Y el hacha, por una parte, y el fuego, por otra, fueron mermando la arboleda, destruyendo y reduciendo a pavesas los robles y castaños. centenarios, reliquias de la flora isleña.

Quedaron en pie los árboles de la ermita, los “álamos blancos” del poeta:

“Esos álamos que altivos
sus copas alzan al cielo”...

Arboles ungidos de recuerdos; viejos custodios de la fe, tristes y sombríos, que bajo las nieblas del invierno parecen verter lágrimas por nuestras tradiciones muertas... ¡Amables tradiciones de la tierra que en San Diego del Monte tenían su refugio a la sombra de los álamos blancos!...



Los álamos de San Diego del Monte

Los álamos de San Francisco, en La Laguna

Eran tres arboledas vecinas: la del cerro del Bronco, de laureles, hayas y pequeños matorrales; la de los álamos blancos, al comienzo del camino de Las Mercedes, que se extendía en dos filas hasta el Tanque Grande, la antigua glorieta, donde los labradores se reunían al caer de la tarde en sosegadas tertulias, y la de los álamos negros de la plaza de San Francisco, aledaña al convento de San Miguel de las Victorias. Con sus amplias y simétricas copas parecían estos árboles como grandes florones bordeando el inmenso tapiz verde de la plaza.

Al pequeño bosque del cerro del Bronco acostumbraban ir algunos cazadores furtivos; al paseo de los ála-

mos blancos la multitud dominguera a desentumecerse de los fríos del invierno, buscando el halago tibio del sol de la Vega. Bajo los álamos negros, todo era silencio y soledad. Si acaso veíase alguna que otra clueca, arrastrando un zapato roto, y detrás la numerosa cría, entre las hojas secas de los árboles, desparramadas sobre el césped. Y algunas sayas negras, de devotas del Cristo, que con rápido andar marchaban hacia la Iglesia, pasando por el sendero húmedo y sombrío de los álamos...

×

¡Plaza de San Francisco! Escenario de memorables episodios, de tradiciones y recuerdos, su ambiente histórico ha perdurado hasta nuestros días. Historia que comienza con espeluznantes cuentos de aquelarre,—como aquel del difunto inquisidor raptado por misteriosos endriagos a través de una claraboya del convento—, y que se prolonga después en interminable sucesión de acontecimientos cívicos y religiosos, alardes militares, fiestas solemnes, alegres saraos... Y entre tanto esplendor y tantos regocijos, el reverso de algunos sucesos trágicos, como el terrible aluvión del año 1713, el pavoroso incendio del convento, en 1810, o aquel triste episodio del fusilamien-

to de un cabo de la Milicia, por muerte de un alférez del Regimiento de América... Sombras trágicas que no tardaron en desvanecer los ecos de las algarabías populares con sus fiestas de toros, patos, cañas y comedias, o con sus máscaras y tãpadas de las rumbosas verbenas...

Pero ninguna de estas efemérides alcanzó el destacado relieve de los grandes alardes militares que se sucedían en esta plaza en los tiempos en que las Canarias eran como plazas fronterizas, "siempre armadas para rechazar al enemigo, siempre en vela para no dejarse insultar". De aquellas brillantes paradas partieron los famosos Tercios para Flandes, Extremadura y Portugal, con sus bizarros capitanes y lucido ornato de guerra, que habían de cubrirse de gloria en inolvidables jornadas.

X

Y hubo, entre tantos episodios marciales, un momento de exaltada emoción y de ardor patriótico, que bien merece destacarse entre aquellos que tuvieron por escena la vieja plaza. Eran los días de zozobra y peligro en que la escuadra del almirante Blake rondaba las aguas del puerto de Santa Cruz, al acecho de la flota española del general

Egues, que portaba los caudales de América. La Isla toda, sobre las armas, aprestábase a la lucha. La plaza de San Francisco hervía de tropa milicianana, y era la consigna que al oirse el disparo de un cañón en uno de los castillos de Santa Cruz partiera en el acto para acudir a la defensa de la capital contra el enemigo extranjero.

Los acontecimientos no tardaron en precipitarse. Un patache llegado al puerto anunciaba que más de treinta barcos ingleses se acercaban a las aguas de Tenerife. Unas horas después el disparo del cañón confirmaba la presencia de la escuadra frente al puerto.

Resonaron en la plaza los ecos de los clarines de guerra, y, ya lista la tropa para la marcha, vióse venir por los portales del Convento un grupo de milicianos, enardecido de entusiasmo bélico. Al frente de ellos, un joven alférez enarbolaba un paño de color morado con franja de oro. ¡El velo del Cristo! E incorporándose a la tropa, con la improvisada bandera en alto, marchó a la cabeza de la Milicia, camino de Santa Cruz...

Al siguiente día, tras el rudo combate de victorioso final, la tropa tornaba a la plaza de San Francisco. ¡El velo del Cristo, aureolado de triunfo, volvía a su destino, mientras repicaban jubi-

losas las campanas en la torre del santuario!

×

Todo, como se ve, es emoción y recuerdo en el ambiente lleno de silencio y soledad de esta antigua plaza de San Francisco, que adornan los álamos negros...

¡Alamos sombríos, de históricas memoranzas, que todas las noches, bajo el cielo tachonado de estrellas, velan al Cristo de los Adelantados!... ¡El Cristo de los tinerfeños!



Los álamos de la Plaza de San Francisco, en La Laguna

El castaño de las siete pernadas

A mi querido y respetable amigo, don Francisco Miranda, tinerfeño benemérito, artista, y gran difusor de la cultura desde su antigua Librería de la Orotava.

Refugio de gigantescos árboles, las vertientes de las cumbres de la Orotava tuvieron fama por la belleza y el vigor de su flora. Sus pinos, sus cedros, sus castaños, de una corpulencia desmedida, eran como pregones portentosos de las maravillas de la selva canaria, próxima a extinguirse.

De lejos venía la avalancha destructora, arrasando las arboledas, sembrando el exterminio y la muerte, como una

nueva horda de Atila, y ya se sentían en los bosques vecinos los golpes de las hachas como anuncio siniestro de su fatal e inevitable destino. Pronto iban a desaparecer también aquellos gigantes, viejos moradores de las cumbres, que siglo tras siglo habían resistido, impávidos y fuertes, los más desatados vendavales. Ya se les acercaba la hora de doblar su cerviz, bajo la cuchilla de los verdugos... Y fueron cayendo uno tras otro, con breves intervalos, segados por la implacable guadaña. Los primeros en sucumbir dejaban a los otros la tortura de ver cómo crujían y se desgajaban los troncos heridos o cómo crepitaban sus maderas entre las furias de las llamas. ¡Hasta que caían ellos también! ¡Ultimos "abencerrajes" de la cruenta cruzada!

X

Hasta los comienzos del siglo dieciocho la selva del Valle de la Orotava conservaba en gran parte el esplendor y lozanía de los primitivos tiempos. En 1728, según informe del regidor D. José de Anchieta, la masa forestal se extendía desde la Fuente del Madroño para arriba, y hallábanse igualmente cubiertas de árboles silvestres las tierras situadas por encima de la llamada Vereda de los Mulos. Mas ya a mediados

de dicho siglo, comenzó la desaforada destrucción del bosque, y en un Consistorio celebrado el año 1752, el propio regidor formulaba una enérgica protesta contra las grandes talas que se estaban realizando en la floresta de la Orotava. Ejemplares notables de castaños, barbusanos, sabinas, mocanes y pinos, fueron inmolados a la codicia y la rapiña de los leñadores, al amparo de la indiferencia e insensibilidad del país, que entonces como después adoleció de la falta de una dirección consciente y celosa del interés general. A partir de aquella fecha el expolio fué continuo. Hasta consumir totalmente su obra de destrucción, puesta al desnudo en los grandes calveros de nuestras montañas, despojadas de todo ropaje de vegetación. Zonas de esterilidad que muestran sus desiertas lomas como vientres infecundos, despanzurrados por bárbaras plantas...

×

Quedaron únicamente las huellas, los restos aislados de la desaparecida selva. Ahora ya sólo se conserva el marco espléndido, de insuperable belleza, que la rodeaba. Marco que siempre mueve a admiración a los viajeros y a los artistas. Uno de ellos, de tan fina percepción como el académico belga Jules

Leclercq, gran exaltador de nuestra tierra, decía hablando de estos bellos parajes de los altos de la Orotava: "Desde las alturas a que hemos llegado vemos desplegarse a nuestros pies, con todas sus armonías y sus campestres gracias, el inmenso Valle de la Orotava desde los ribazos de Santa Ursula hasta las lejanas villas de Los Realejos. Es uno de los panoramas más maravillosos que se pueden contemplar. La vegetación se transforma a ojos vistos: pasamos súbitamente de la zona tórrida a la templada, de los trópicos a los Alpes." Y añadía que lo que más hacía creer que estaba en los Alpes eran las cabras que pacen en esta región, agitando las campanillas que penden de sus cuellos, y que vistas al través de la bruma semejan vacas pequeñas, de grandes que son.

¡Aguamansa, Monte-Verde, Los Organos!... Paisajes donde la luz, el color, los árboles, las brumas y el ambiente todo tienen un matiz, una emoción y un espíritu distintos a los demás paisajes canarios.

En ellos, seguramente, debió morar el Dragón de las Hespérides.

×

Tierra de antiguos castañeros, aun conserva la Orotava el prestigio de es-

tos árboles que parecían haberse dado cita en esta región para manifestarse en toda su viril y arrogante prestancia.

¡Castaño del Marqués de la Candia! ¡Castaño de Aguamansa, el de las siete pernadas!... ¡Quién no oyó ponderar su fama? Del primero se conserva aún su tronco seco como recuerdo del centenario árbol, tan vinculado a la noble casa, que se placía en abrir las puertas de su jardín para mostrarlo a la admiración de los visitantes extranjeros. Sus gajos eran tan corpulentos, que fué preciso construir un soporte para que no se viniese al suelo uno de aquéllos. Y se dió el caso curioso de que del fondo de la pared que servía de puntal surgióse un brote que al cabo de los años se convirtió en hermoso árbol. Ambos, padre e hijo, sucumbieron hace ya algún tiempo, quedando solamente el tronco del más viejo. Y los actuales poseedores del Jardín, señores de Cologan, demostrando su veneración y amor al árbol familiar, de tantos recuerdos para ellos, han rodeado el decrepito tronco de una verja de floridas enredaderas. Digno sudario del admirable ejemplar, que se calcula tenía más de cuatro siglos de edad.

Todo era opulencia en este árbol: hasta sus espléndidas cosechas de castañas, que en algunos años excedieron

de quince fanegas. Y su fruta, sabrosa y de gran tambaño, disputábase la compradoras por ser la que más fama tenía en todo el Valle.

×

De mayor corpulencia aún que el citado ejemplar del Marqués de la Candia, es el castaño de Aguamansa, popularmente conocido por "El de las siete pernadas".

También de antiquísimo origen, mide más de doce metros de circunferencia, y a poca altura de su tronco parten siete grandes gajos, todos de considerable grueso, de los que proviene el nombre de las siete pernadas, que hoy han quedado reducidas a cinco, pues dos han sido destrozadas por los vientos. Entre ellas había instalada en otros tiempos una mesa para cinco personas, a la que se subía por unos escalones de piedra, y en la cual acostumbraban merendar los turistas.

El castaño se halla enclavado en una finca que perteneció a López Doya Gallego, al que le fué concedida por el noveno Adelantado, abuelo del Marqués de la Candia, don Juan Máximo Franchy, y se decía que en este árbol fueron ahorcados varios reos en los tiempos de los primitivos Justicias de la Isla.

Ultimamente era el árbol predilecto de las clases populares, que en torno del añoso tronco celebraban divertidos ágapes y ruidosas zambras. Y lo frecuentaba, sobre todo, la gente moza, ávida de divertimento y buena suerte, porque existía entre ella la tradición de que bajo las ramas del castaño habían encontrado siempre feliz augurio los devaneos amorosos. ¡Cuántas miradas relampagueantes de pasión y de ilusiones se han cruzado a la sombra del viejo árbol! ¡Y cuántas veces, también, se habrán dicho los que hallaron en él la buena suerte, la soñada ventura!:

—¿Te acuerdas?... ¡Aquel día, en el “Castaño de las siete pernadas“!...



El castaño de las siete pernadas

Los antiguos cedros

Moradores como los pinos de los lugares más escabrosos e inaccesibles, sobrios y resistentes como aquéllos, los cedros canarios, hoy casi desaparecidos del todo, eran uno de los ornatos principales de las cumbres canarias.

Altos, vigorosos, de follaje siempre verde y lozano, competían en antigüedad y reciedumbre con los árboles más seculares de nuestros bosques. Extintos completamente en las islas de Gran Canaria y la Gomera, donde habían sido objeto de una explotación continua y despiadada, con egoístas fines comerciales, quedaron únicamente como vestigios de la especie los pocos ejemplares que hasta el pasado siglo se conserva-

ban en las zonas más altas de Tenerife.

El célebre botánico alemán Von Fritsch decía que recordaba con alegría un magnífico y antiguo cedro que debió su nombre a una fuente y a una de las montañas situadas al Oeste del Pico de Teide. Este árbol tenía un tronco de cinco y medio metros de circunferencia. Y el profesor Schneck nos habla de otro espléndido árbol visto por su colega Hans Mayer en el "Morro del Cedro", a una altura de 2.438 metros sobre el nivel del mar. Existe, efectivamente, en Las Cañadas, un sitio denominado "La Degollada del Cedro", en el que debió existir alguno de aquellos maravillosos ejemplares de la antigua flora canaria.

×

Nuestro paisano, el doctor don Jorge V. Pérez, ilustre personalidad científica, miembro del "Royal Horticultural Society", de Londres, de la Sociedad Nacional de Aclimatación de Francia y Delegado en Tenerife de "L'Aliance Stientifique Universelle", dedicó asiduos estudios al cedro canario (nuestro "Juníperus Cedrus"), y vivamente interesado por la conservación y propagación de la notable especie, se dedicó a la busca de pequeños cedros en los dis-

tintos montes de la isla, para obtener su reproducción, viendo al fin realizados sus afanes. En 1903 encontró dos pequeños cedros al pie de unos viejos ejemplares que existían en la cumbre de Arafo, conservándolos en macetas hasta el año 1906. Afortunadamente, los dos arbolitos que logró salvar eran uno macho y otro hembra, consiguiendo obtener de ellos magníficas semillas que distribuyó entre diferentes botánicos del mundo.

En sus informaciones a las Sociedades científicas de que formaba parte, nuestro ilustrado paisano consignaba algunos interesantes detalles del historial científico de estos viejos árboles isleños, cuya clasificación en botánica ha sido siempre muy difícil de obtener.

X

Según la opinión del profesor Henry, el cedro "Juniperus" de las Canarias es una especie muy variable, pues examinando los ejemplares que existen en el Jardín Botánico de Londres encontró una gran diferencia entre los cedros procedentes de nuestras islas, coleccionados por Barker Webb y Bourgeau, y los cultivados por el señor Pérez en la Villa de la Orotava. Comparados además los cedros de las Azores y los de Tenerife, se encuentran igual-

mente diferencias bastante acentuadas.

A juicio de los célebres botánicos Barker Webb y Carriere, las variedades más notables e interesantes de nuestros cedros eran las de Las Cañadas del Teide y La Caldera de La Palma; es decir, las de las partes más altas y secas de las islas, que son su clima más adecuado, su morada predilecta.

Por último, el doctor don Jorge V. Pérez destacaba las especiales cualidades de la madera de nuestros cedros —olorosa e incorruptible, y de una resina balsámica de gran utilidad, la “cedria”, empleada para preservar los libros de la polilla—, que entre otras aplicaciones se recomendaba para la industria de los lápices.

X

Continuando la meritoria labor del honorable tinerfeño, que tanto se afanó por la conservación de nuestra flora, su ilustre viuda, doña Constanza Carnochán, viene consagrada desde hace años al mismo laudable empeño de su esposo de fomentar la reproducción de los cedros, convirtiendo su hermosa quinta en un verdadero laboratorio de semillas y pequeñas plantas, que luego distribuye entre los amantes del árbol, para que el cedro canario, de

tan vieja tradición, tan admirado en el mundo científico, vuelva a engalanar nuestras cumbres y a perfumar los campos con sus suaves, y deleitosos aromas.

Labor que merece los mayores elogios, por el entusiasmo, el desinterés y la perseverancia de la señora Carnochán, que oriunda de otros países demuestra por el nuestro un desvelo más constante que el de los propios nativos. ¡Admirables manos femeninas, que tan amorosamente se dedican a verter la semilla fresca y jugosa sobre los eriales de nuestro suelo!

¡Que los cedros que ella restituya a la tierra esquilmada y yerma, bendigan algún día, cuando crezcan lozanos en nuestras cumbres, la memoria de la benemérita dama extranjera!



Antiguos cedros canarios

El laurel del Jardín de Nava

Laureles... También tienen un gran ascendiente histórico y tradicional en las islas. Diversos en sus especies, fecundos por naturaleza, puede decirse que constituyen, con las hayas y los brezos, (la "erica arbórea", de innumerables variedades), el "estado llano" del bosque canario, la clase más prolífica. Sin la majestuosidad de nuestros dragos ni la arrogancia de nuestros pinos, tienen, sin embargo, un alto linaje, que se pierde en los más remotos tiempos. De laurel eran las coronas de nuestros menceyes en los días de sus grandes pompas; de laurel el adorno de las tiendas de los conquistadores al alzar por primera vez su pabellón

en nuestras playas de Añaza. Y un laurel era el árbol elegido por el pueblo indígena para sus adoraciones gentílicas entre las umbrías tachonadas de rayos de sol.

Conocida es también la leyenda que atribuye a Perseo, "el héroe africano venido de los confines del Atlas", el hallazgo en las Islas Afortunadas de la "persea" o laurel, consagrado después en Egipto a la divinidad del Sol, "que todos los días se ocultaba detrás de las Hespérides, de donde procedía el árbol simbólico". Leyenda que el escritor Bory de Saint Vincent comentaba en el sentido de que aquella "persea" habría que buscarla en los bosques de La Laguna, no entre las especies que los botánicos tienen por tales, que proceden del Nuevo Mundo y no coinciden con las descritas en los textos antiguos.

×

"*Laurus canariensis*" o "laurus persea", la leyenda, como se ve, les da un singular relieve en la historia de nuestra flora. Y a fe que lo merecen por su antigüedad y su arraigo en el suelo canario. Meridionales en su origen, eligieron primeramente los lugares menos escabrosos y los climas más suaves y templados para establecer sus

dominios; luego treparon por las vertientes de nuestras montañas, buscando las tierras blandas y húmedas de los bosques, para sentar por último sus reales entre las demás Lauríferas: los tilos, los viñátigos y los barbusanos. Nuestro monte del Agua García, la bella floresta tinerfeña, famoso ha sido por su fronda de laureles, tan fecundos y lozanos, que sus retoños se agrupan y se sueldan a veces a los viejos troncos, elevándose a considerables alturas sobre las grandes masas de helechos y brezos que les rodean, en espesa maraña. Sobrío espectáculo que a un ilustre botánico extranjero hizo recordar los hermosos bosques de las islas del Pacífico.

Al igual que a nuestros pinos canarios, la tradición les rodeó de milagrosas aureolas. Y la leyenda nos ha legado el recuerdo de un gigantesco laurel, famoso en su época, que se alzaba en la cumbre de San Pedro de Buenavista, a poco más de una legua de la Villa de Apurón (hoy Santa Cruz de la Palma). En su tronco, al cortarlo un negro, aparecieron dos cruces que luego fueron objeto de veneración en la pequeña ermita del lugar, donde aun se conservan. Y las devotas romerías prosternábanse cada año ante las san-

tas reliquias. ¡Las cruces gemelas del tronco del laurel!

Arbol simbólico, de arraigada tradición isleña, puede decirse que en cada fronda, en cada santuario, en cada rincón de nuestro suelo, jamás faltó la sombra amable y familiar del laurel. Hoy, empobrecidos y diezmados, casi extintas ya algunas de sus especies, como los recios barbusanos que sombreaban las fuentes de los bosques, sólo aguardan la hora de su total desaparición... ¡Insaciable enemiga a todo lo que es gala y atributo de la tierra!

×

Indiferentes e insensibles ante la historia de nuestros árboles, ni siquiera queda el recuerdo de aquel laurel patricio del antiguo Jardín de Nava, en La Laguna.

En la calle más típica y blasonada de la vieja ciudad—la del ancho arroyo tapizado de verde césped, sobre la que parecía gravitar todo el silencio de su largo pasado histórico—, el secular laurel era como un símbolo y un blasón de la época. El recuerdo viviente de uno de los períodos más fecundos y gloriosos de la ciudadanía tinerfeña.

¡Jardín de Nava! Areópago isleño y

jardín de *Academus* a la vez. Asilo y solaz de aquella pléyade de patricios ilustres, verdaderos nobles por su prosapia y por su intelecto, que presidía el inolvidable Marqués de Villanueva del Prado, don Alonso de Nava Grimón, perteneciente a una estirpe que legó al país figuras tan esclarecidas como don Alonso Vázquez de Nava, héroe de la Conquista de Granada; don Tomás y don Alonso de Nava, defensores de Tenerife contra las escuadras de Blake y de Gennings; don Benito de Nava-Grimón, del Consejo de Su Majestad y Oidor de la Coruña; su hermano don Alonso, de la Real Armada Española, muerto gloriosamente en el sitio de Lérida; don Diego de Nava, Capitán General de Quito de Indias; don Domingo de Nava y Porlier, Teniente general de la Armada, héroe del combate de las Malvinas, y sus hermanos don Tomás y don Pedro, Virrey y Capitán general de la Nueva España, el primero, y Mecenaz de las Letras canarias y primer Director de la Económica, el segundo.

Y, por último, nuestro sexto Marqués, don Alonso de Nava, presidente de la Junta Suprema de Canarias y Vocal después de la del Reino; promotor de la Universidad de San Fernando y fundador del Jardín Botá-

nico de Tenerife, en el que invirtió cuantiosas sumas. (¡Más de cuarenta mil pesos! Así se practicaba entonces el apostolado del árbol.)

Jefe del partido legitimista de la Isla en los tiempos de las guerras napoleónicas, sus actividades políticas las compartió con sus aficiones científicas y literarias, aportando a nuestras letras obras que enriquecieron notablemente la bibliografía canaria.

Pero su mayor desvelo, su entrañable amor fué el árbol: el fomento de la flora canaria. Y al par que el Jardín Botánico, su obra imperecedera, máximo exponente de su espíritu patriótico y de su devoción por la tierra, creó otro Jardín en La Laguna, en la señorial calle del Laurel (hoy de Anchietta), que además de lugar de recreo, lo fué de reunión de magnas asambleas y gratas tertulias científicas y literarias.

De este jardín decía uno de sus visitantes, el doctor Bello y Espinosa: "Recuerdo haber estado varias veces, siendo niño, en el jardín de Nava, y puedo asegurar que jamás he visto en parte alguna un sitio tan delicioso en espacio tan reducido. Había allí altísimos árboles, entre ellos un enorme til, o laurel, que formaba él solo una elevada y dilatada glorieta, donde no

penetraba el sol. Calles sombrías, calles radiantes de luz y flores; preciosos compartimientos donde lucían las especies más lindas y variadas; setos vivos de mirtos y boj, tallados según la moda de la época; un elegante estanque central; todo se hallaba reunido allí y distribuído con un gusto exquisito. Pero la época se hizo antiflorista: el jardín fué también arrasado, el estanque regado y las prosaicas patatas mostraron su verde ramaje en surcos paralelos, sin esperanzas de mejores tiempos.”

Y con el jardín desapareció también, a los pocos años, el frondoso laurel, nuestro árbol patricio, que daba nombre a la amplia y solitaria calle, proyectando su sombra sobre los muros del florido y acogedor recinto.

×

En este jardín, de altísimos árboles y apacible ambiente, celebráronse comicios tan importantes como aquellos de la Junta Suprema de Canarias, en los que se adoptaron medidas de tanta resonancia pública como la destitución y expulsión del país del Comandante general, marqués de Casacigal, por considerarlo pernicioso para la causa que representaba y defendía la Junta. Y fué en este Jardín de Na-

va, por tantas circunstancias histórico-co, donde tuvo lugar aquella solemne ceremonia cívica, que describe esta curiosa acta del Cabildo, del año 1810:

“En forma de Ciudad, precedidos de los Reyes de Armas y del clarinero, salieron de las Casas Consistoriales los señores de la Diputación, para dirigirse a la casa y jardín del Marqués de Villanueva del Prado, en la calle del Laurel, donde la Suprema celebraba sus sesiones.

Al llegar a la puerta principal, sita en la referida calle, pasaron a recibir a la Diputación dos oficiales del Batallón de Canarias, los que la condujeron hasta la puerta, que da acceso al salón de sesiones.

Dos señores vocales recibieron allí a la Diputación, entrando con ella en el referido salón, en cuyo momento se pusieron en pie todos los miembros de la Suprema.

El señor Conde del Valle de Salazar tomó la palabra, pronunciando un discurso en el que expresó las fundadas esperanzas que abrigaba el Cabildo de Tenerife, a quien tenía el honor de representar, de que la Excm^a. Junta cumpliría sus altos fines en las azarosas circunstancias porque pasaba la Nación.

Al expresado discurso del señor Con-

de del Valle, contestó el señor Marqués de Villanueva del Prado, con otro discurso de altos tonos patrióticos.

Al terminarse la ceremonia, fué acompañada y conducida la Corporación hasta la puerta principal, guardándose la misma etiqueta y los mismos honores que se habían observado al entrar, por los señores vocales y por los dos oficiales del Batallón de Canarias.”

X

En aquellos magnos comicios, a la sombra del histórico laurel, y entre los setos de mirtos, los patricios isleños que presidía el distinguido prócer lagunero se juramentaban después para defender la causa de España contra la invasión de los ejércitos franceses. “Vencer éstos o morir—decían—ha de ser como el símbolo de los canarios.”

¡Grandes hombres aquellos que en tal forma practicaban sus deberes cívicos! ¡Y gran figura la de nuestro don Alonso de Nava Grimón, excelso ciudadano, amante de las Ciencias, de las Letras y de los Arboles!...

Su más cumplido elogio se encierra en aquel epitafio, dictado por el propio Marqués, cuando ya se le acercaba la hora de la muerte:

“Probó las numerosas vanidades del hombre: vanidad de las riquezas, vanidad de la vida y los amigos, vanidad de la prole y ascendencia, vanidad del estudio y del renombre; y en sólo Dios hallar la dicha espera”

X

¡Laureles canarios!... ¡Laureles del Jardín de Nava, del bosque de Las Mercedes y de San Pedro de Buenavista, el de las Cruces del Negro!... ¡Arboles simbólicos, de siempre fresca lozanía, tan enraizados en nuestro suelo!... Ya que no hemos sabido impedir la obra de exterminio de sus enemigos, conservemos, por lo menos, sus legendarias tradiciones, su prestigio histórico y poético.

Y forjémonos la ilusión de que algún día, en tiempos más sosegados, habremos de encontrar en el secreto de nuestras frondas, aquel famoso laurel que Perseo llevó de las Afortunadas. ¡El de las leyendas egipcias, que adornaba las sienes de los faraones!



Puerta de entrada al antiguo jardín de Nava

El mocán de la fuente

Mocanes... Arbol favorito del pueblo indígena, es acaso el que más evoca a la extinta raza. Agreste y esquivo por naturaleza, ocúltase generalmente en las quebradas de los montes, buscando el cobijo de los grandes árboles, o el frescor de las fuentes. Sus hojas menudas y dentadas, en forma de lanza, sus florecillas blancas y sus bayas de color rojo oscuro, le dan un aspecto característico, inconfundible.

Bajo su sombra, el espíritu se siente movido a la evocación y al ensueño. Y parece como si viéramos desfilar ante nuestros ojos, como una estampa viva de los tiempos bucólicos, las verdes llamas con sus apiñados rebaños; las mozas de largas basquiñas apañando

las mieses; más allá un pastor apacientando sus ovejas mientras tañe la flauta de caña o suena su tamboril de drago; por un estrecho sendero, orillado de pitas, un anciano de luengas barbas y noble alcurnia vigilando sus predios; en la puerta de una cueva, un viejo alfarero fabricando sus gánigos de barro, mientras otros adoban los cueros, y al caer de una tarde estival las hogueras que se encienden en las cumbres anunciando las fiestas del "Beñesmén", los días gratos de la recolección... ¡Y las mocaneras, de verdoso follaje, alfombrando la hierba con sus florecillas blancas y sus gayas moradas, de fruto en sazón!

De todo esto parece que nos hablan, en su recogimiento sombrío y su hurañez selvática, estos supervivientes de la flora canaria, guardadores de tantos recuerdos históricos.

X

La predilección que los indígenas sentían por este árbol, debíase, según es sabido, a la utilidad que les reportaban sus frutos, elemento primordial en sus frugales mantenimientos. El zumo de las bayas maduras ("yoyas", en el idioma guanche), que convertían en sabrosas mieles, no sólo era factor integrante de sus rústicos sistemas de ali-

mentación, sino producto medicinal al que fiaban la curación de muchas de sus enfermedades. De ahí la prodigalidad de la especie en las antiguas florestas y en cuantos rincones podía buscársele acomodo. Eran, como los madroños, los frutales más abundantes y preferidos: el árbol "guanchinesco" por excelencia.

Por sus singulares características fué siempre motivo de estudio para los botánicos extranjeros. Uno de ellos, enviado por el rey de Inglaterra en 1784, la dió a conocer en Europa con el nombre de "Visnea mocanera", haciendo notar que de más de 150 especies exóticas que había encontrado en Tenerife, "este árbol le puso en confusión, estimándolo como un tesoro del más alto precio."

Numerosos lugares de las islas—fuentes, barrancos, peñas, etc.—, llevan su nombre desde tiempos inmemoriales. Pero donde más se les suele encontrar es en las cercanías de los nacientes, como si sintiesen atracción por el agua fresca y pura de los montes, que a través de las rocas vierten su chorro sobre juncos y berrillos.

×

Uno de estos árboles, el más antiguo que se cree existe en Tenerife,—el de la fuente de la Mocanera, en Tegueste—,

se alza en medio del monte de aquel pueblo, dominando desde su altura el espléndido paisaje del valle. Parece situado de intento para presidir el panorama lleno de luz y de belleza que ofrece la dilatada vega con sus blancas ermitas y su desparramado caserío entre cercas cubiertas de geranios y rosales silvestres.

¡Valle de Tegueste! Cuna de tradiciones isleñas, baluarte de la raza desde los tiempos del rey guerrero, “famoso por su prontitud en echarse sobre los enemigos como un águila”, y asiento hasta nuestros días de hidalgas costumbres, de tan limpio y pacífico historial, que no en vano se ufanaban sus moradores de no haber tenido jamás carcelerías. Pues si algún vecino—contaba el prebendado Pereira Pacheco—había de ser penado o corregido, destinábasele por el alcalde a estar detenido día y noche en los poyos que tiene la Iglesia a los dos lados de la puerta hacia la plaza, sin necesidad de custodia.

Valle, además, enmarcado por altas colinas y frondosos montes, ¡ya casi totalmente desaparecidos!, en los que abundaban las especies más típicas del país: Viñáticos y madroñeros, barbuanos y aceviños, creceros y dragos, laureles y sañguinos, sauces y follados,

álamos y codesos, escobones y marmilanes, almácigos y naranjos silvestres... Surcado por fragosos barrancos, cubiertos de ñameras, y fecundado por las aguas de profusas fuentes, diseminadas por valles y cordilleras: El Caidero, Palo Blanco, Cocón, Alvarianes, Los Alamos, Fuente Fría... Y, entre todas ellas, la de raudal más copioso, la de mayor renombre en el vecindario. ¡La fuente de la Mocanera!

Allí, junto a la pequeña cascada, sintiendo el halago constante del surtidor de plata que ha horadado su tronco, filtrándose entre sus raíces, se yergue aún el agreste mocán, firme en sus espigones, más alto que ninguno. ¡Allí está el patriarca del bosque, dominando el valle, mientras lamen sus plantas las aguas de la fuente y alegran su senectud las canturias de los pájaros!

¡Mocán de la fuente! En presencia del centenario árbol, tan callado y sombrío, se sienten deseos de recitar la "Canción de Guanina", la antigua letrilla que decía:

"Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán."

Los ojos de la doncella,
muy bella,
al guerrero contemplaron,

y cegados se quedaron.
¡Tan hermoso era el guerrero!
¡Tan hermoso era el galán!

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Era el hijo del mencey,
un rey,
vecino de nuestra tierra,
que mil bellezas encierra,
y, sin embargo..., aquí vino
a buscar otra el galán.

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

No me miró con desdén,
Romén,
(que este es su nombre, avecillas),
vosotras, cual yo, sencillas,
también, cual yo, le amaréis,
que es muy bello mi galán.

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Oh!, tu amor es mi tesoro.
¡Te adoro!

Tu amor es mi solo bien.
Ay!, cuántas tardes, Romén,
si tardas, mis avecillas,
cual yo tristes se pondrán.

“pues callan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Si queréis sentir toda la emoción de estos poemas de la raza, visitad la fuente de la Mocanera. En ella encontraréis aun al patriarca del bosque, alto y fornido, jubiloso de ver cómo verdean las sementeras y granan los trigos en el antiguo señorío de aquel rey guerrero, presto siempre a caer como un águila sobre los adversarios...



El mocán de la fuente de Tegueste

El “baobab” del callejón del Judío

Nuestro informador, un santacruce-ro de la vieja cepa y de feliz retentiva, se nos brinda amablemente a actuar de "cicerone" en nuestra búsqueda de datos sobre el famoso "baobab" del antiguo callejón del Judío.

Habrá que remontarnos, nos dice, a 56 años atrás. En esa época no había desaparecido el tal callejón, cuyo nombre se ignora de donde provenía: acaso de algún sórdido usurero, nigromántico, prestamista o vendedor de baratijas, que solían elegir sus guaridas en los recovecos de la ciudad. Más que un callejón propiamente dicho, era un pasadizo, de menos de dos metros de ancho, que comunicaba la calle del Pilar con la del Norte, desembocando en la plaza del Príncipe.

De noche, el aspecto de la callejuela, alumbrada por la macilenta luz de un vetusto farol, era de una lobreguez imponente. Sólo algún que otro contado transeunte se aventuraba a adentrarse en la "boca de lobo", y eso a trueque de tener que importunar, a veces, amorosos coloquios, pues cuentan que el lugar gozaba de la predilección de los tenorios locales. Igualmente solía utilizarse como campo de Agramante, y a él acudían a dirimir sus contiendas los aficionados al mamporro, especialmente en las noches de fiestas y jolgorios en la Alameda, de donde partían casi siempre las trifulcas que iban a ventilarse en el oscuro callejón. Mas nunca hubo que achacarle complicidad en crimen alguno que mancillase su nombre, de pacíficos antecedentes y tradicional abolengo.

Pero lo que dió a este sitio máxima notoriedad fué el exótico y curioso árbol, existente en una huerta propiedad de los señores Mendizábal y más tarde del señor Pallés, que proyectaba sobre la estrecha vía sus gruesas ramas tentaculares, de las que pendían grandes racimos de voluminosos frutos.

×

Este árbol, conocido por el "baobab", —único ejemplar existente a la sazón

en la provincia—, llegó a adquirir tanto nombre, que figuraba como una de las más interesantes curiosidades del país en el “carnet” de todos los turistas de la época. Y era frecuente ver en Santa Cruz las caravanas de extranjeros, jinetes en los “clásicos” rucios, que iban a visitar el “baobab”. Era, con las banderas de Nelson, la atracción especial de los viajeros británicos. Y una fuente de ingresos reservada a los “golfos” del pueblo, que rapiñaban la fruta para vendérsela a los ingleses.

Tal era el tráfico turístico en el citado callejón, que nuestros municipales decidieron adecentar su aspecto. Y mandaron a recomponer los muros, llenos de agujeros y de mugre, y a sustituir el incómodo “encallabuzado” del piso por un pavimento de baldosas de las que había en la calle del Castillo, ya bastante deterioradas por el uso, pero desde luego la más recomendable solución a juicio del respetable Concejo de la ciudad. Completaron la mejora el arreglo y embadurnado de las desvencijadas puertas del solar donde radicaba el árbol; sitio muy concurrido también, por que en él funcionaban dos industrias que atraían bastante clientela: una de fabricación de velas de sebo y otra de pacas de cerrillo para exportar.

Veamos ahora cuál era el mérito del árbol en cuestión. Tratábase de un curioso ejemplar de "bombácea", de la que se conocen, según los botánicos, tres especies distintas: una, en Australia, de flores amarillentas; otra, en Madagascar, de flores encarnadas; y otra, en la costa occidental de Africa desde el Congo al Cabo Verde, y también en algunas regiones cálidas del Asia, de flores blancas.

A esta última especie pertenecía el "baobab" del callejón del Judío, que nada tenía que envidiar, al decir también de los botánicos, a otros colosos de la vegetación, de igual especie, que el célebre naturalista Adanson halló en su recorrido por el Senegal, el Sudán y Abisinia. Árboles, algunos de éstos, que en opinión de dicho profesor tenían una existencia de cerca de seis mil años...

Masferrer, Rodríguez Núñez y otros autorizados escritores que publicaron varios artículos sobre el "baobab" tinerfeño, nos suministran datos interesantes sobre las características e historial de estos árboles. De mediana altura (cuatro o cinco metros), los troncos, en cambio, llegan hasta diez metros de circunferencia. En el interior de algunos de ellos pueden acomodarse holgadamente de veinte a treinta personas. El fruto, que en Santa Cruz se

conocía por “pan de machango” y entre los negros de Africa por “pan de mono”, suele tener hasta treinta y cinco centímetros de largo. La pulpa, desecada, constituía la renombrada “tierra de Lemnos” que los antiguos médicos usaban para combatir distintas afecciones, y los polvos de las hojas secas eran asimismo un gran preservativo contra las fiebres malignas. También se utilizaba mucho la fibra de la corteza, que por lo resistente empleabanla los indios en la confección de sogas. De ahí la frase de los bengalíes: “Seguro como un elefante sujeto por una cuerda de “baobab.”

En Africa se le venera como un árbol sagrado, y según refieren algunos exploradores científicos, sus troncos sirven de morada fúnebre a los “guerriots” (músicos y poetas), con la particularidad de que los cuerpos se desecan perfectamente, convirtiéndose en momias sin haber sufrido preparación alguna. Ello hizo decir al escritor Figuier: “Extraña poesía la de ese pueblo que sepulta a sus poetas entre el cielo y la tierra, encerrándolos en el interior del rey de los vegetales”.

Por último, hemos de mencionar el importante testimonio de Humboldt, que hablando de estos árboles dice que

son "el monumento orgánico más antiguo de nuestro planeta".

×

Con estos antecedentes, y tratándose de un ejemplar único en Canarias, no es extraño el interés científico que suscitaba el "baobab" de Santa Cruz y la curiosidad con que acudían a visitarlo los viajeros, atraídos por la fama del árbol del callejón del Judío.

Sin embargo, la incompreensión y el afán reformista de nuestros antiguos gestores municipales, causaron un daño irreparable a la ciudad, haciendo desaparecer el notable ejemplar, verdadera maravilla de nuestra flora exótica. Influidos por un falso concepto del urbanismo acordaron el ensanche del estrecho callejón para trazar la nueva calle del Adelantado; reforma que traía consigo la expropiación de una parte de la huerta, y, lo que era más sensible, la desaparición del árbol.

El acuerdo municipal suscitó grandes protestas. Los periódicos que entonces se publicaban, ("Las Noticias", "El Memorándum", "La Opinión", "La Última Hora" y "El Zurriago"), emprendieron ruidosas campañas; salieron a la palestra los más ardientes defensores del "baobab", (Bethencourt Alfonso, Masferrer, Elías Zerolo, Miguel

Maffiotte y otros); reunióse en sesión permanente la Sociedad Económica de Amigos del País, y, en medio del ardor de la polémica y del aturdimiento de los ediles; un tanto indecisos al principio, la opinión sensata de un entusiasta tinerfeño, don Eduardo Rodríguez, se expresaba en estos términos: "Sería de lamentar que el único y notable ejemplar de "baobab" que existe en nuestra provincia, o por lo menos, el único que ha llegado a tener la magnitud de sus congéneres del continente africano, desapareciera por el ensanche de una calle. Creemos que sería muy fácil, si el árbol quedase en el centro de aquélla, formar a su alrededor un enverjado. Todo menos privar a la población de un objeto histórico que miran con interés los extranjeros. No necesitaremos apuntar aquí que el célebre ciprés de Oajaca (Méjico) y otros árboles notables bajo distintos puntos de vista, han sido conservados, aunque se encontraban en el mismo caso que nuestro "baobab".

Razonamiento estéril y tardío. A los pocos días las piquetas iniciaban su obra demoledora. Desapareció la cerca de la huerta, y, ya libre de obstáculos, al descubierto el enorme tronco del "baobab", comenzó el hacha a hundir sus afilados aceros en las entrañas del

coloso; tarea larga y difícil que se prolongó varias jornadas ante la fría indiferencia de un grupo de espectadores. Fueron todas las exequias que se hicieron al pobre árbol, tan admirado de los extraños.

Más tarde, un letrero en la esquina de la nueva calle, anunciaba la consumación del sacrilegio: "Calle del Adelantado".

¡Qué escarnio y qué ironía! Mejor hubiera sido este rótulo: "Calle del Ajusticiado".

Tal es la historia del "baobab" del callejón del Judío. Un nombre más que añadir al largo y cruento martirologio de nuestros árboles notables, sacrificados y destruidos con saña inconcebible.

×

Como adición a esta crónica, recogemos la anécdota que, a propósito del "baobab" tinerfeño, nos relata Antonio Martí en una interesante apostilla a nuestro artículo, inserto en "La Prensa":

"Tiene la evocación un intenso y hondo sabor de cosa de la tierra. Llena de gratas sugerencias de un pasado que todavía no puede calificarse de remoto, pues hay vivos aún bastantes tes-

tigos de sus episodios y comentaristas de sus recuerdos peregrinos.

Uno de ellos, hablándome del famoso "baobab", cuya desaparición diera lugar a tantas protestas en Santa Cruz, me contaba la anécdota o leyenda que voy a referir, como mismo la oyera él narrar a la viejecita de blancos cabellos y manos sarmentosas, muchos años antes, una noche de invierno, junto a la brasa roja del hogar...

—No es fábula ni cuento, mi hijo— decía ella—; a mí me lo contaron hace años y hasta los nombres me dijeron de la gente a quien le ocurrió. Pero, ¡válgame Dios si puedo jurarlo! Puedo asegurar, sí, que no mentía quien me lo dijo, y así mi ánima se salve como creo en la verdad del caso lo mismo que creo en Dios.

Y fué, según ella contaba, que en la casa que hacía esquina frente al "pan de Machango",—que así se llamaba por entonces el viejo "baobab" en Santa Cruz—, a la entrada del "Callejón del Judío", vivía una familia que, como regalo exótico de un pariente o amigo, guardaba en el traspatio, bien asegurada con cadenas, una mona de gran tamaño, y, al decir de la gente, fiera e indómita con exceso.

También había en la casa un niño de corta edad, a quien todos los días

una criada sacaba al patio a tomar el sol y en una galería fronterá colocaba después, en su cunita blanca y tibia, cuando llegaba la hora de dormir.

Día tras día seguía la mona con curiosas miradas las idas y venidas de la criada y sus manipulaciones con el chiquitín. Hasta que cierta tarde...

—¡La Virgen Santísima me valga!—, se interrumpía siempre la vieja Antonia, que así se llamaba la narradora—; una tarde, no se sabe si por desgraciado olvido o por travesura de alguna persona ruin, la cadena que sujetaba a la mona se escapó de la argolla donde se fijaba, y el bicho vióse en libertad...

Dicen que lo primero que hizo fué lo que tantas veces había visto hacer. No había nadie en el patio a la sazón. Sólo el chiquitín durmiendo en su cunita, blanca y tibia, en el rincón más soleado del corredor. La mona se dirigió a él, tomándolo en brazos, y trepó, sin soltarlo, hasta el tejado de la casa. Alguien advirtió lo que ocurría y no tardó en dar la voz de alarma. Pronto la gente se reunió en el lugar del suceso, siguiendo, con la emoción natural, los movimientos del cuadrumano. La madre del pequeñuelo se desesperaba viendo el peligro que corría. Nadie se atrevía a subir donde la mona estaba, ni

había forma de cogerla sin poner en peligro la vida del pequeñín.

De pronto se vió algo curioso: Corriendo por el filo de la pared el animal saltaba hasta la esquina que daba frente al “baobab”, y de un brinco cruzaba el callejón, trepando, sin soltar el niño, hasta lo más alto del árbol. Allí estuvo hasta que con engaños lograron atraerlo a la huerta y aprisionarlo nuevamente, librando al niño por un azar en verdad milagroso.

Y decía la viejecita al terminar su relato, que nunca llegamos a saber la parte de historia y la de leyenda que podría tener:

—Cuentan que la mona, al subirse al árbol, arrancó una fruta, y abriéndola con las uñas y los dientes daba de comer al niño su pulpa blanca y suave. Como que era un árbol de su tierra y el maldito animal se creía, a lo mejor, que era su cría la que llevaba a cuestas.”



El "baobab" del callejón del Judío

El almendro de Gracia

No precisamente como árbol histórico, pero sí como árbol tradicional, evocador de toda una época, bien merece figurar en esta sección el almendro de Santa María de Gracia.

Con su tronco ya casi carcomido, sus brazos escuálidos y sus hojas macilentas, todavía se yergue en el jardín de la antigua casa de los Estévanes, como un valetudinario que añora tristemente su lozanía perdida. Hoy, falto de savia y de vigor, apenas si logra disimular sus achaques con algún brote florido al llegar los días primaverales. Pero sus raíces—raíces hondas—continúan firmes y ahincadas en la tierra, esforzándose en sostener la carga de decrepitud que pesa sobre

ellas. Y en pie está todavía el anciano almendro, "recio como las patrias rocas".

Ningún marco más adecuado para lo que este árbol tiene de simbolismo isleño, que el paisaje que le rodea, de sello netamente canario. Un barranco poblado de euforbias y retamas; una ermita rodeada de chumberas, y un denso ambiente de soledad y misterio en que todo,—las brisas, los pájaros, hasta la esquila del santuario—, parece que suena a ecos y lamentos del pasado... ¡Santa María de Gracia! La atalaya guerrera, en el repecho del camino, como un vigía alerta a los peligros y sorpresas del mar. Después, la irrupción bélica, las tiendas de los conquistadores apostadas en su altozano, y, tras las jornadas triunfales y las paces solemnes, el sagrado refugio, la oración vespertina y la bulliciosa romería camino de la pequeña iglesia enramada de laureles.

¡Santa María de Gracia!... Una loma, una cerca, una ermita y unos árboles fluctuando a los embates del viento: tenebrosas siluetas en las sombras de la noche, que infundían pavor al caminante. Esta estampa, tan sobria y sugeridora, que desde niños llevábamos impresa en la retina, ha sido totalmente desdibujada con mutilaciones y

torpes remiendos. Y el histórico lugar ha perdido toda su pátina de antigüedad, de vieja acuarela tinerfeña. (¿Qué diría, si viera tanta profanación artística, nuestro inolvidable y llorado pintor Valentín Sanz, el gran paisajista de la tierra?)

×

De la primitiva estampa sólo quedan ya algunos perfiles borrosos, y del alegre marco este vestigio triste del almendro, y la solitaria mansión de los Estévanez, hermética y sombría entre las húmedas paredes, sin el calor ni el auge de los antiguos moradores. Recordando la hidalga estirpe, nuestro pensamiento se afana en reconstituir el noble cuadro, que parecía sacado del lienzo de un pintor del siglo XVIII. Damas venerables, de ojos azules y serenos, resplandecientes de bondad bajo el severo marco de sus cofias; risueñas damiselas, llenas de candor, de sencillez y de gracia juveniles; varones ilustres, bizarros militares, marinos, escritores, artistas y poetas como Ricardo Murphy y Diego Estévanez, románticos y soñadores, muertos en temprana edad..., todos congregados bajo "la dulce, fresca, inolvidable sombra del almendro." ¡Y el viejo árbol, erguido entre los rosales de la huerta,

viendo cómo se iban unos y venían otros, los descendientes, a renovar la tradición familiar!

Se explica, pues, el dolorido acento y el sabor de nostalgia que tienen aquellos versos de don Nicolás Estévez, escritos desde su expatriación de París, ya en los postreros años de la vida del gran luchador, ministro de la República del 73:

Tempestades rugientes

de la vida y la lucha y las pasiones,
me transplantaron de mis dulces lares,
llevándome por climas inclementes
y procelosos mares,
como van por el aire los alciones
envueltos en ciclones.

Y entretanto mi almendro solitario,
cada vez más lozano y más florido
en el solar canario,
cuando yo encanecido,
pasadas las alegres ilusiones,
desciendo los postreros escalones
que conducen al reino del olvido.

Innumerables son los recuerdos que sugiere el tradicional almendro, en su dilatada existencia de cerca de dos centurias. En 1788, ya hacía mención de él, en documentos que se conservan de dicha época, doña Isabel Pówer de Meade. Y consta también el dato de que el año 1797, con motivo del ataque de Nelson

al puerto de Santa Cruz, una hija de aquélla, doña Isabel Meade de Murphy, distinguida dama irlandesa, de católico abolengo, temiendo un saqueo por parte de los invasores, ocultó su dinero y sus joyas, preciados recuerdos de familia, en un pozo que se halla aún al pie del almendro. Y desde el balcón de la casa, frontero al mar, presencié la maniobra de la flota inglesa y vió los fagonazos de los cañones en las noches que precedieron a la gloriosa jornada del 25 de julio.

Testigo fué también de las expansiones y juegos infantiles de un hijo ilustre de Santa Cruz, el más tarde conde de Lucena y duque de Tetuán, general don Leopoldo O'Donnell y Jorris, que en Gracia pasó un largo período de su niñez.

Presidió igualmente algunos cónclaves políticos, y acaso oyera las confidencias de aquellos conspicuos desterrados del año 48—Victor Pruneda, jefe de los republicanos de Aragón, el conde de San Juan, el brigadier Moreno de las Peñas, los generales Orive y Ramírez, el capitán Solans y tantos otros—correligionarios de don Francisco Estévanéz, exaltado progresista, del que decía don Nicolás que era tanto su entusiasmo por la causa que, apenas se habían quitado el luto de uno de sus tíos, les hizo

vestir de negro por el fusilamiento de Zurbano, aquel bravo caudillo de la Independencia y luego conspirador y mariscal de campo con Espartero.

×

A la sombra del almendro recibió el mismo D. Nicolás las lecciones de su primer maestro, Manuel Villavicencio. “Y aun recuerdo—decía en su donoso estilo humorístico—las polémicas sostenidas en mi casa cuando mi abuela recomendaba que me enseñaran latín, a lo que mi padre se oponía, por considerarlo inútil. Al fin cedió mi padre, y recibí lecciones de un señor Benítez; pero los esfuerzos de este último no dieron resultado. Mi pobre abuela no consiguió que su nieto llegara a saber latín... si bien aprendí lo suficiente para comprender que mi maestro tampoco lo sabía.”

Doce años después, ya oficial del Regimiento de Antequera, volvió don Nicolás a convivir con el almendro de la infancia en gratas vacaciones y tertulias con sus inseparables amigos de la “peña” o sociedad “volcanista”, como él la llamaba, de la calle de la Noria, (Agustín Guimerá, Francisco León, Ramón Gil-Roldán, Gaspar Fernández y otros), que frecuentemente acudían a

visitarle en su retiro de Gracia, entonces conocido por la casa de Geneto.

Más tarde, nuevos y distintos tertulios: los del inolvidable periodista don Patricio Estévez. Músicos, pintores, poetas, publicistas, sacerdotes... Teobaldo Power, Valentín Sanz, Almeida, Alfonso Dugour, Elías y Antonio Zérol, Francisco María Pinto, Moure, Tabares, y tantos otros que constituían la flor y nata de la intelectualidad insular en los tiempos en que el veterano director de "La Ilustración de Canarias" y el "Diario de Tenerife", era el caudillo y el alma del movimiento literario del país. El más entusiasta, el más modesto y desinteresado, el de arrestos siempre juveniles, que en su vivir humilde y hasta precario algunas veces, supo llevar dignamente el limpio blasón de su apellido.

Pero la mayor popularidad y nombradía del almendro se la dió, como todos sabemos, la tan divulgada estrofa de don Nicolás:

 Mi patria no es el mundo,
 mi patria no es Europa,
 mi patria es de un almendro
 la dulce, fresca, inolvidable sombra...

Estrofa que don Miguel de Unamuno, al visitar nuestra isla, comentaba iró-

nicamente en una de aquellas frases tan suyas, tan mordaces:

—Si, sí; está bien el verso. Pero discrepo del poeta. Un hombre que no tiene más patria que un almendro merece que lo ahorquen en él...

Pero en esa estrofa, motivo de la frase del sabio catedrático, alienta sin duda un hondo, sencillo y noble sentimiento del terruño. El mismo que inspiró a nuestro gran músico Teobaldo Pówer, que al componer sus "Cantos Canarios" les puso como lema los versos de Estévanez, y estampados quedaron para siempre en la primera página de su obra, máxima exaltación de todo lo que tiene de sentimental y emotiva el alma de nuestro pueblo.

X

Ecós y aromas de la tierra, recuerdos del pasado, remembranzas tristes, días de paz y de ventura... ¡cuántas, cuántas cosas inolvidables evoca el almendro de Santa María de Gracia!



El almendro de Gracia

Los naranjos del Instituto

De todas las poblaciones canarias ninguna, acaso, donde el árbol haya tenido la veneración y popularidad que en La Laguna. Con ello la antigua capital tinerfeña respondía a las normas trazadas por sus primeros regidores que en sabias ordenanzas establecieron este mandato: "Que la conservación de los árboles es cosa tan necesaria a la República, que más no puede ser, por lo que las leyes, pragmáticas y capítulos de las Cortes de estos Reinos han proveído y mandado que no sean talados ni cortados como no deban"... "Iten más: que ninguna persona sea osada de cortar árbol alguno sin licencia y mandato de la Justicia y Regimiento, o a lo menos de la Jus-

ticia con un Regidor Diputado, cuando el corte no fuere grande, so pena de 400 maravedís por cada árbol, hasta seis, y de allí arriba, pague la pena doblada, o sea desterrado desta Isla por un año.”

Este respeto y esta pleitesía al árbol en la histórica ciudad, llegaron a constituir, a través de los tiempos, una exaltada devoción cívica. Así, por lo menos, se deduce de los rótulos, tan sugerentes, de la mayoría de sus calles: calle del Pino, calle de los Alamos, calle del Ciprés, calle del Laurel o del Jardín, calle del Olivo, calle del Almendro, calle de la Higuera, calle del Peral, calle de la Palma... Y unidos a estos nombres, los de tantos árboles y arboledas de popular tradición: el drago de Santo Domingo, los álamos de San Francisco, los cipreses de San Lázaro... Y aquellos famosos pinos de la Mesa Mota, reclusos en la soledad de la cumbre, al septentrión de la montaña... Pinos centenarios, castrados por los incendios, resistentes y tenaces en su agonía, que nuestro llorado vate Zerolo invocaba, ya enfermo y dolorido, en sus postreros días:

“Y que arrullen mi sueño en La
[Laguna
los pinos que coronan la montaña”...

En este recuento de legendarios árboles laguneros, cuyos nombres aprendimos a balbucear en la infancia, no pueden olvidarse los que acaso sean los más simbólicos y representativos de las tradiciones culturales de la ciudad: los viejos naranjos del Instituto... ¿Cómo no mencionarlos si su recuerdo va tan íntimamente unido a la historia y a los afanes de nuestra juventud? Aun los vemos, lozanos y floridos entre los rosales y arrayanes del patio, tendiendo sus brazos acogedores a las bisoñas huestes estudiantiles que por primera vez hollaban las losas de los claustros. ¡Bandas de alondras revoloteando en torno de los venerables troncos, que iban a posarse después en las distintas aulas!

¡Amables e históricos naranjos, que asistieron al bautizo espiritual de tantas generaciones canarias!... ¿Cómo podíamos olvidarlos?

×

Difícil será precisar desde qué tiempos exornan estos árboles el patio del Instituto. ¿Una centuria? ¿Dos centurias? Opiniones autorizadas, entre ellas la del difunto profesor señor Ossuna, coinciden en suponerlos coetáneos de aquella fugaz Universidad Agustiniiana (1744), que marca una de las efemé-ri-

des más salientes en la historia del célebre convento del Espíritu Santo, plantel de sabios teólogos, algunos tan eminentes como el P. Anchieta y los hermanos Machado, y de mártires también, como aquel joven eremita, Luis de Aguirre, que según la versión histórica fué quemado vivo por los moros, en una trágica noche de Navidad, con diecinueve compañeros de la Orden que se hallaban en el convento de Guecija, de la provincia de Granada.

Todo, en el pasado histórico de esta casa, fué ambiente de estudio, tradición intelectual, y un afán constante de agrandar y perfeccionar el marco donde se desenvolvían sus actividades. Desde la fabricación de aquella pequeña morada, obra del conquistador Jorge Grimón (1501), hasta el feliz remate del suntuoso templo de San Agustín (1782), cuántos esfuerzos de la benemérita comunidad por proporcionarse un albergue digno de su misión evangelizadora y educadora. Se explica, pues, aquel dramático final del anciano Prior que al ver coronada su empresa, y en vísperas de la solemne inauguración del nuevo templo, sucumbió repentinamente de la emoción y alegría que le produjo el fausto suceso.

¡Y qué torpe y obstinada porfía la de todos aquellos que, poniendo en jue-

go sus intrigas e influencias pugnaban por arrebatarse a los agustinos su bien ganado predominio en la enseñanza! “¡Qué cosa triste, decía Viera, ver que unos sujetos literatos se empeñaban en desvanecer las utilidades que suelen atraer los estudios a los pueblos que los cultivan!”

×

Desaparecido, al fin, para desdicha de las ciencias y de las letras, aquel ilustre cenobio agustino, orgullo de la Provincia de Santa Clara de Montefalco en Canarias, quedó, no obstante, la profunda huella de su labor: quedó su obra—esta magnífica, amplia y confortable residencia del Instituto—; quedó su valiosa biblioteca, y quedó este poético patio del primitivo convento, con sus elegantes columnas de toba encarnada, sus altas crujiás y sus frondosos naranjos. Estampa sugestiva, rematada por la esbelta silueta de la torre que asoma su cúpula, sobre los húmedos tejados, por uno de los ángulos del patio; estampa que tanto se ha divulgado en lienzos y acuarelas, tema socorrido de profesionales y “amateurs”. ¡Cómo seducía a don Miguel de Unamuno este “remanso de quietud”! Patio de encanto, le llamaba, “una isla de espíritu que convida a escribir una

larga, muy larga y minuciosa crónica, contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta, tal cual se pudiera ir sacando de viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras! Porque de esas mil pequeñeces—añadía—consta la vida, la verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano y desde luego más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas.”

En estos patios, tan propicios al ensueño y la leyenda, aseguraban algunos que se hallaban escondidos los tesoros de los frailes. Y cuentan que manos codiciosas hurgaron varias veces al pie de los naranjos en busca de los soñados caudales. También hubo quien se los imaginó ocultos bajo las losas sepulcrales de los priores del convento, y cierto día apareció rota y violada una de ellas. Pero los tesoros no fueron hallados. Y en el ambiente de misterio de los claustros continuó flotando, durante muchos años, aquel interrogativo de la leyenda: ¿Dónde esconderían los frailes sus tesoros?

X

Estaba reservado a nuestros días el dolor de ver desaparecer los antiguos naranjos: ocho ejemplares, de altos

troncos y copioso ramaje, distribuídos por mitad en cada patio del convento. Unos de fruta ácida, pequeña; otros de grandes y jugosas naranjas, que equitativamente se distribuían, al llegar la sazón, en esta forma: las de un naranjo para los profesores; las de otro para los alumnos externos, en cuyo número nos contábamos como afortunados partícipes, y las de los restantes para el Colegio de internos, anexo al Instituto. Una distribución, como se ve, que implicaba un sentido liberal y armónico en el reparto de la codiciada fruta.

Actualmente, sólo queda en pie uno de los ocho naranjos. Los demás han sucumbido en los últimos tiempos, abrumados por la carga de sus años.

Al evocarlos hoy, parece como si nuestro espíritu tornara a los días en que los viejos árboles nos brindaban el aroma y dulzor de su fruta, helada por las escarchas. Y una pléyade de desaparecidas figuras surge ante nosotros. Todas de nombres gratos y familiares: Don Quintín, Don Eugenio, Don Mateo, Don Telesforo... Ossuna, Cabrera-Pinto, Ruíz Macías, Calvo, Zerolo, Manrique, Domingo Bello... y otros muchos profesores, amigos, compañeros... Y entre tantos recuerdos inolvidables, el de aquel poeta, aquejado

de tedio, enfermo del alma,—Guillermo Perera—, el cantor de la tierra... Parece que le estamos oyendo recitar sus estrofas en el recogimiento de los claustros, a la lumbre del sol de invierno que se filtraba por las copas de los naranjos...

¡Y con qué emoción, después de tantos años, oímos ahora aquella voz queda, lenta, apagada, del infortunado poeta!

“De la vetusta torre, las tres campanas
eran como un emblema de humanas
vidas:
con igual son reían por las mañanas
que lloraban de tarde dichas perdidas.”

... ..

¡Naranjos del Instituto!... ¡Naranjos de los recuerdos!... ¿Cómo os podíamos olvidar?...



Patio de los Naranjos, del Instituto

A modo de epílogo

Al dar término a nuestras "siluetas" de árboles históricos y representativos de la tierra, interéсанos hacer constar que sólo nos ha guiado un propósito de divulgación, sin pretensiones literarias ni alardes de conocimientos botánicos, de los que nos hallamos totalmente ayunos.

Hemos querido exaltar el recuerdo de los viejos árboles,—de los que sucumbieron y de los que aún son gala y adorno de nuestro suelo—, para inculcar esta misma acendrada devoción que nosotros sentimos por ellos, a las generaciones juveniles, si estas páginas, por casualidad, cayeren en sus manos.

Para ellas, principalmente, las hemos escrito con la esperanza de que habrán de ser más sensibles a las bellezas de la tierra, considerando el árbol, no sólo como elemento estético, sino como símbolo espiritual, signo de tradición y de cultura. Y habría que recordar aquí lo que decía el gran escritor uruguayo, José Enrique Rodó: "que de un divino juego de niños en las playas del archipiélago helénico, y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento..., todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo."

Pues bien; digamos a estas juventudes isleñas: Hay que vestir de nuevo, con el verde y florido ropaje de otros tiempos, el suelo que desvistieron manos inconscientes, zafias o malvadas. Hay que combatir la doble sequedad de la tierra y de las almas, y echar a voleo la semilla en los surcos nuevos. Hay que restituir a nuestras montañas lo que a ellas, exclusivamente, pertenecía: su arbolado; sus pinos, sus cedros, sus laureles, la frescura de sus sombras y la alegría de sus pájaros cantores... E imponer este lema, esta norma cívica: cada hombre, cada niño, un árbol. Cada pueblo, cada comarca, un bosque. Mejor aún: por cada árbol,

una mano para protegerlo y multiplicarlo, y de cada planta hacer cien.

×

¡Arboles!... ¡Con qué emoción hemos recordado a los "caídos", a los que tuvieron que doblar su cerviz bajo el furor de la guadaña asesina! ¡Y con qué alegría hemos festejado a los sobrevivientes, cargados de años y de recuerdos, con sus testas alzadas aún a la lumbre solar, erguidas con ese gesto arrogante de las cabezas patricias!

Si los árboles hablasen entre sí; si sus movimientos y vibraciones se pudiesen traducir en lenguaje escrito, fotografiado o proyectado sobre una pantalla, como vaticinan las teorías de algunos autores científicos, ¡cuántos anatemas y recriminaciones tendríamos que oírles! ¡Y qué gran libro se escribiría sobre su tragedia! Pero ya que no podemos penetrar en su silencio, rindámosles, por lo menos, tributo de veneración y desagravio. Hagamos como esos pobladores de las aldeas vienesas que cada año acuden en peregrinaje ante sus árboles seculares con ofrendas votivas, y les velan en el silencio de la noche mientras les piden la buena suerte, la salud para la prole y la abundancia para las cosechas.

×

¡Arboles!... Lozania, gracia, arrullo, tradición, adorno siempre nuevo y siempre grato... A su sombra se cobijaron todas las civilizaciones. ¡Todas, menos la nuestra, que de su sombra hizo un sudario, un manto de aridez!

Ya lo anunciaba, con visión profética y dolorida, aquel gran apóstol del árbol y sabio apologista de nuestra flora, el inolvidable don Sabino Berthelot, cuyas cenizas, por fortuna, reposan entre nosotros: "Llegarán tiempos en que estas islas Fortunadas, donde la Naturaleza había derramado tantos encantos, se convertirán en áridas rocas en medio del Océano; nuestras floras repetirán los árboles y plantas que las cubrían, y la posteridad no se atreverá a darles crédito."

Contra estas sombrías perspectivas debemos rebelarnos todos. Y unirnos en defensa del árbol y del bosque con el sagrado ideal de la tierra por divisa.

En esa cruzada corresponde el puesto de vanguardia a la juventud, que es impulso, sensibilidad y rebeldía innata. A ella, pues, van dirigidas estas crónicas, que hemos escrito con la misma profunda emoción que sentiríamos al recordar a hijos invictos de la raza.

Ahora, que otras plumas más autorizadas que la nuestra divulguen las excelencias y maravillas de esta flora

canaria, de la que es fama se llegaron a clasificar 1.352 especies, pertenecientes a 512 géneros diferentes, de las cuales 465 viven exclusivamente en las islas, lo que demuestra los singulares dones, únicos en el planeta, que la Naturaleza prodigó sobre este archipiélago.

X

Y como no cabe decir, sobre este tema del árbol, nada más sabio, filosófico y aleccionador, que lo que reza el conocido proverbio: “nadie debe morir sin haber tenido un hijo, escrito un libro y plantado un árbol”, añadámosle, para terminar, esta apostilla del poeta: “Y si no somos bastante sanos para engendrarlo, prescindamos del hijo; del libro, si no somos bastante inteligentes para escribirlo; pero, en cambio, plantemos siempre un árbol. Y si es posible, dos árboles más: uno por el hijo que no tuvimos, y otro por el libro que no nos fué dado escribir.”

¡Arboles!... ¡Alegría de la tierra; brazos fraternos, siempre acogedores, siempre abiertos..., que sus sombras brinden paz y amor a nuestras almas!...

Indice

PAGINAS

Los árboles, por Viera y Clavijo	3
¡Bárbaros!, por F. González Díaz	11
Las palmas de Santa María de Betancuria	17
La palma de la Torre del Conde	27
Los Tilos de Moya	37
Los dragos gemelos	45
El Garoé	53
“Este es el árbol, amigo”...	63
Los pinos “gordos”	73
El pino de Buen-Paso	81
Otros pinos “santos”	91

PAGINAS

Los dragos milenarios	99
Palmeras canarias	113
Los álamos de San Diego del Monte	121
Los álamos de San Francisco, en La Laguna	131
El castaño de las siete per-nadas	139
Los antiguos cedros.....	149
El laurel del Jardín de Nava	157
El mocán de la fuente	169
El "baobab" del callejón del Judío	179
El almendro de Gracia.....	193
Los naranjos del Instituto ...	203
A modo de epílogo	213